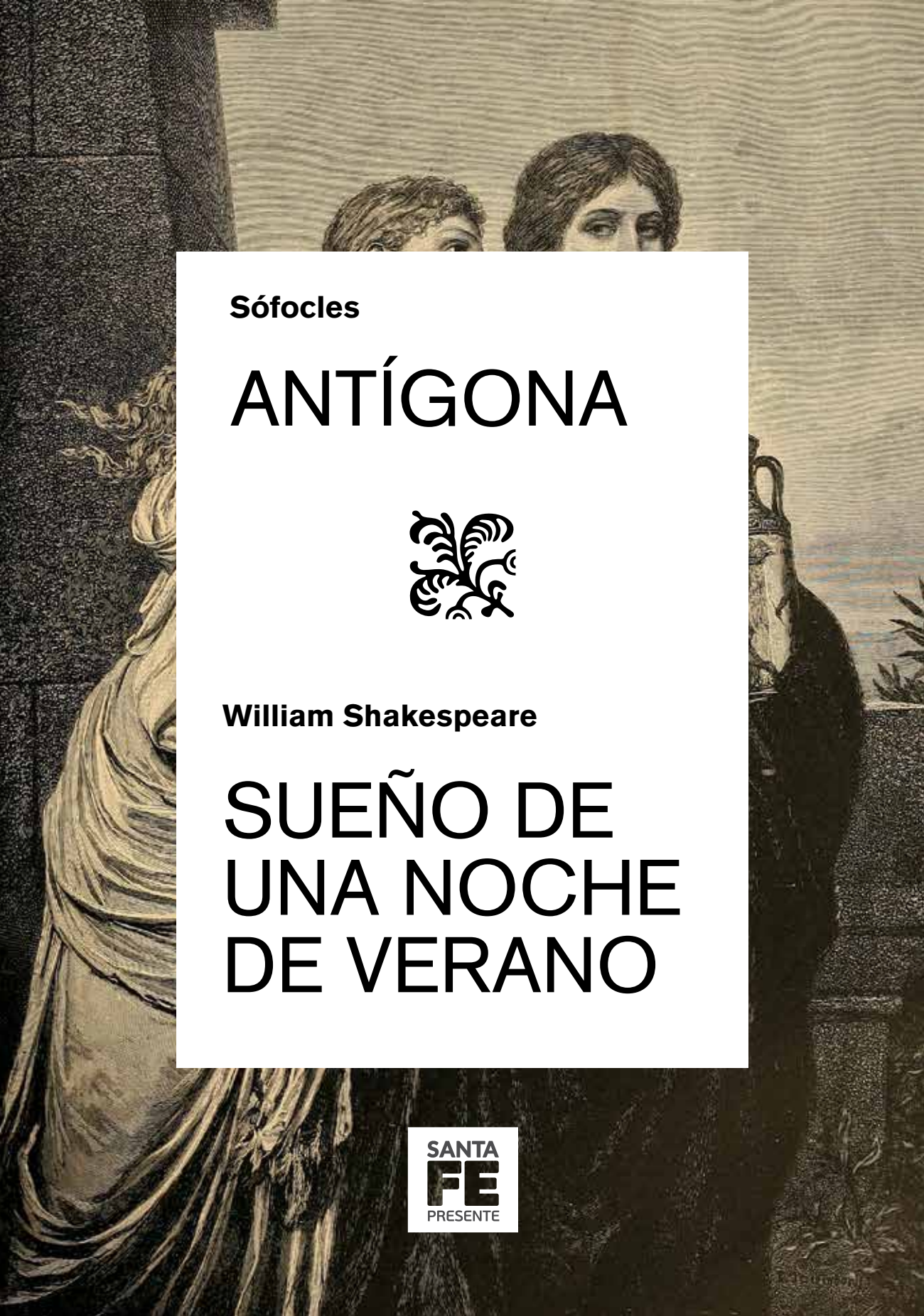




Sófocles

ANTÍGONA



William Shakespeare

SUEÑO DE UNA NOCHE DE VERANO

SANTA
FE
PRESENTE



Sofocles, Sofocles

Antígona. Sueño de una noche de verano / Sofocles Sofocles ; William Shakespeare ; ilustrado por Emil Teschendorff ; William Harvey. - 1a ed. - Santa Fe : Ministerio de Educación de la Provincia de Santa Fe, 2017.

162 p. : il. ; 24.5 x 17 cm.

Traducción de: Luis Astrana Marín.

ISBN 978-987-1026-28-9

I. Teschendorff, Emil, ilus. II. Harvey, William, ilus. III. Astrana Marín, Luis, trad. IV. Título.

CDD 862

Antígona y Sueño de una noche de verano

Este libro es una producción del Ministerio de Educación de la Provincia de Santa Fe.



Autoridades

Gobernador de la Provincia de Santa Fe

Ing. Miguel Lifschitz

Ministra de Educación de la Provincia de Santa Fe

Dra. Claudia Balagué

Coordinación Editorial

Esp. Carina Gerlero

Lic. Norma Abrahan

Lic. Diego Gurvich

Lic. Marcela Rosales

Lic. María del Huerto Pini

Traducción: Luis Astrana Marín

Ilustraciones: Emil Teschendorff, William Harvey

Edición: Agustín Alzari

Edición de textos: Carlos Ferreyra

Diseño: Liliana Agnellini y Verónica Franco

Corrección: Milena Bertolino

Ilustración de tapa: Emil Teschendorff

© Ministerio de Educación de la Provincia de Santa Fe, 2018.

Sófocles

ANTÍGONA



William Shakespeare

SUEÑO DE UNA NOCHE DE VERANO

Los libros encierran cuentos, novelas, historias de las ideas, conocimiento infinito y se constituyen como elementos fundamentales para el desarrollo cultural de los pueblos. Desde el Gobierno de la Provincia de Santa Fe queremos impulsar que esos contenidos sean liberados en cada aula, en cada casa, con el objetivo de incentivar la imaginación, el aprendizaje y promover el diálogo. Por ello avanzamos con esta iniciativa que se basa en retomar aquellos clásicos de la literatura como una forma de aportar al desarrollo educativo y cultural de los santafesinos entendiendo que esta articulación hace posible la transformación social.

La política educativa santafesina se basa en la inclusión educativa, el desarrollo de aprendizajes socialmente significativos y la escuela como el escenario privilegiado donde niñas, niños, jóvenes, docentes y familias se encuentran a construir un lenguaje común. La experiencia de la lectura compartida, como instancia dialógica, promueve los valores de la igualdad, el respeto por las opiniones, permite el consenso, el disenso, la argumentación y la reflexión. Pero, sin duda, lo más importante es que promueve la construcción de ciudadanía y los valores esenciales de la convivencia en comunidad.

Espero que a lo largo de sus vidas tengan la oportunidad de muchas lecturas compartidas, de muchas tertulias literarias, que los hagan crecer como protagonistas de sus propias historias y nos hagan crecer a todos como sociedad democrática.

Ing. Miguel Lifschitz
Gobernador de Santa Fe

Cada encuentro con un libro es una explosión de sentidos. Las manos se deslizan por la página en una caricia que enseguida se convertirá en chasquidos que la pasan hacia adelante; los ojos hacen una mirada para abarcarlo todo, y luego se detienen a disfrutar formas y colores; muy cerca de la cara, el aroma inconfundible “a libro” que transporta a las noches de cuentos al borde del sueño.

Luego, se desata la avidez por recorrer letras e imágenes, incluidos los blancos silencios, para saber qué dice este libro. Entonces comienza un viaje al centro de la imaginación del que nunca volvemos siendo los mismos.

Después de la experiencia de leer un libro, después del motor de la curiosidad que acelera el ritmo para saber quién está, cómo es, qué hace, cómo termina... después de la experiencia de imaginar tantas historias a partir de una, se transforma lo que sabemos, lo que creemos, lo que sentimos sobre cada pedacito del mundo.

Y justo en ese punto, el libro y la escuela se dan la mano en una alianza indisoluble e infinita.

Porque la escuela propone, al igual que los libros, sumergirse en nuevas experiencias para crecer, para crear, para transformarnos y transformar la realidad en que vivimos.

Aun en el acto individual de la lectura hay un sentido colectivo que se fortalece, porque la historia siempre es parte del patrimonio cultural de una comunidad, y porque además de la experiencia personal, cada historia moviliza al encuentro con otros para compartirla. Así acontece la magia de la transmisión, de la que la escuela, como institución social, es artífice.

En la provincia de Santa Fe, creemos que es muy importante este momento en que este libro, que atesora una historia, llega a tu encuentro en el marco de una tertulia literaria.

¿Sabés qué significa estar de tertulia? Es encontrarse con otros para conversar, para recrearse. Es como estar de fiesta. Así que en esta tertulia comienza una maravillosa experiencia para compartir en el aula, y también para llevar a casa, para disfrutar, imaginar, conversar y recrearse en familia.

Todos los que trabajamos por la educación, y por hacer con ella un mundo mejor, celebramos que con este libro en tus manos explotan todos tus sentidos. Un nuevo proceso de creatividad y aprendizajes se pone en marcha para no detenerse jamás.

Dra. Claudia Balagué
Ministra de Educación de Santa Fe

Las tertulias literarias: de las Comunidades de Aprendizaje a Escuela Abierta

Desde el Gobierno de la Provincia de Santa Fe llevamos adelante una política educativa que tiene como propósito la inclusión con calidad educativa y la escuela como institución social. En este marco, se implementan los programas Escuela Abierta y Comunidades de Aprendizaje que, en esta oportunidad, se articulan en una propuesta que involucra la edición de este libro y la implementación de una práctica pedagógica innovadora que fortalece los procesos de lectura y escritura a través de tertulias literarias en toda la provincia.

Escuela Abierta es un programa de formación permanente con miras a desarrollar nuevos conocimientos para la acción transformadora que caracteriza a todo proceso educativo. Tiene su origen en el marco de acuerdos federales, constituyéndose en la forma específica que adquiere el Programa Nacional de Formación Permanente en Santa Fe.

Desde la implementación de este Programa en 2014, el Gobierno de Santa Fe pone en valor la formación docente desde una mirada centrada en las instituciones educativas, con carácter colectivo y contextualizado, donde emergen la reflexión compartida y los acuerdos institucionales como aspectos centrales en el desarrollo de la tarea y profesión docente para todos los niveles y modalidades del sistema educativo santafesino. El proceso de formación propuesto posibilita compartir material bibliográfico actualizado y conferencias de especialistas en distintos temas que atraviesan la educación tales como: “Nuevos formatos de enseñanza”; “Educación, territorio y comunidad”; “Autoevaluación institucional”; “Participación, convivencia y ciudadanía”, “Trayectorias estudiantiles”, “Educación Sexual Integral” y la “Prevención de Consumos Problemáticos de Sustancias y Adicciones”.

Actualmente, el desafío se basa en trabajar la enseñanza y el aprendizaje de la lectura, la escritura y la comprensión de textos. Entendiendo que estos aprendizajes de complejidad creciente no se reducen a una técnica sino que habilitan la posibilidad de constituir un pensamiento crítico, la construcción de ciudadanía y de un proyecto individual y colectivo de emancipación.

Así, se propone un trabajo coordinado con Comunidades de Aprendizaje, un programa que surge de una iniciativa articulada con el Centro de Implementación de Políticas Públicas para la Equidad y el Crecimiento (CIPPEC) y el Instituto Natura, basado a su vez en la participación de la comunidad en el proceso educativo y en cuyo seno cobran sentido las tertulias literarias como estrategia específica que permite otro modo de acceder a la lectura; otro modo de acceder a los clásicos universales de la cultura.

De la experiencia desarrollada aprendimos que las tertulias literarias son una estrategia pedagógica que permite tomarse el tiempo y construir el espacio para escuchar y escucharse, para construir un pensamiento reflexivo, para pensar, crear e imaginar con otros distintos escenarios ante situaciones cambiantes.

En esta nueva etapa, realizamos este y otros libros y los acercamos a los niños, niñas, adolescentes, jóvenes y adultos que atraviesan el sistema educativo de Santa Fe y a sus docentes; desarrollamos una formación docente que fortalece su implementación en las escuelas y acompañamos con los equipos territoriales de Escuela Abierta y Comunidades de Aprendizaje a las escuelas en este nuevo desafío; que no es ni más ni menos que el desafío de educar ciudadanos solidarios, libres, críticos y comprometidos.

¿Cómo hicimos el libro?

Los libros tienen un autor, pero son el fruto de la mirada atenta de otras muchas personas. Antes de que llegue a las manos del lector, el autor tuvo que escribirlo (¡en el caso de Sófocles y Shakespeare, lo hicieron hace cientos y hasta miles de años!), el ilustrador hacer los dibujos, el editor revisar el texto y las imágenes, el diseñador buscarles el mejor lugar en la página, y finalmente, cuando todos quedaron contentos, el corrector debe luchar por encontrar las erratas, esas esquivas criaturas que se esconden, como piojitos, entre las hojas de los libros. Una vez terminado el trabajo, se envía a la imprenta donde lo fabrican.

Para esta edición nos hemos propuesto que el lector se encuentre con un diseño clásico, muy claro, especialmente pensado para permitir una fluida lectura de textos teatrales en grupo o en solitario. Los personajes se destacan en la hoja y se los puede encontrar con facilidad. Las ilustraciones de *Sueño de una noche de verano*, tan sugerentes por sus líneas y climas, pertenecen a un artista del grabado llamado William Harvey, quien las hizo en Inglaterra (¡hace 175 años!), para una de las más famosas ediciones que tuvo la obra de Shakespeare a lo largo de su historia.

Sófocles

ANTÍGONA



PERSONAJES

ANTÍGONA, hija de Edipo.

ISMENE, hija de Edipo.

CREONTE, rey, tío de Antígona e Ismene.

EURÍDICE, reina, esposa de Creonte.

HEMÓN, hijo de Creonte.

TIRESIAS, adivino.

Un guardián.

Un mensajero.

Coro de ancianos nobles de Tebas, presididos por el CORIFEO.



La escena, frente al palacio real de Tebas con escalinata. Al fondo, la montaña. Cruza la escena Antígona, para entrar en el palacio. Al cabo de unos instantes, vuelve a salir, llevando del brazo a su hermana Ismene, a la que hace bajar las escaleras y aparta del palacio.

ANTÍGONA. — Hermana de mi misma sangre, Ismene querida, tú que conoces las desgracias de la casa de Edipo, ¿sabes de alguna de ellas que Zeus no haya cumplido después de nacer nosotras dos? No, no hay vergüenza ni infamia, no hay cosa insufrible ni nada que se aparte de la mala suerte, que no vea yo entre nuestras desgracias, tuyas y mías; y hoy, encima, ¿qué sabes de este edicto que dicen que el estratega acaba de imponer a todos los ciudadanos? ¿Te has enterado ya o no sabes los males inminentes que enemigos tramaron contra seres queridos?

ISMENE. — No, Antígona, a mí no me ha llegado noticia alguna de seres queridos, ni dulce ni dolorosa, desde que nos vimos las dos privadas de nuestros dos hermanos, por doble, recíproco golpe fallecidos en un solo día. Después de partir el ejército argivo, esta misma noche, después no sé ya nada que pueda hacerme ni más feliz ni más desgraciada.

ANTÍGONA. — No me cabía duda, y por esto te traje aquí, superado el umbral del palacio, para que me escucharas, tú sola.

Ismene. — ¿Qué pasa? Se ve que lo que vas a decirme te ensombrece.

ANTÍGONA. — Y, ¿cómo no, pues? ¿No ha juzgado Creonte digno de honores sepulcrales a uno de nuestros hermanos, y al otro tiene en cambio deshonorado? Es lo que dicen: a Etéocles lo ha parecido justo tributarle las justas, acostumbradas honras, y lo ha hecho enterrar de forma que en honor lo reciban los muertos, bajo tierra. El pobre cadáver de Polinices, en cambio, dicen que un edicto dio a los ciudadanos prohibiendo que alguien le dé sepultura, que alguien lo llore, incluso. Dejarle allí, sin duelo, insepulto, dulce tesoro a merced de las aves que busquen donde cebarse. Y esto es, dicen, lo que el buen Creonte tiene decretado, también para ti y para mí, sí, también para mí; y que viene hacia aquí, para anunciarlo con toda claridad a los que no lo saben, todavía, que no es asunto de poca monta ni puede así considerarse, sino que el que transgreda alguna de estas órdenes será reo de muerte, públicamente lapidado en la ciudad. Estos son los términos de la cuestión: ya no te queda sino mostrar si haces honor a tu linaje o si eres indigna de tus ilustres antepasados.

ISMENE. — No seas atrevida. Si las cosas están así, ate yo o desate en ellas, ¿qué podría ganarse?

ANTÍGONA. — ¿Puedo contar con tu esfuerzo, con tu ayuda? Piénsalo.

ISMENE. — ¿Qué ardida empresa tramas? ¿Adónde va tu pensamiento?

ANTÍGONA. — Quiero saber si vas a ayudar a mi mano a alzar al muerto.

ISMENE. — Pero, ¿es que piensas darle sepultura, sabiendo que se ha públicamente prohibido?

ANTÍGONA. — Es mi hermano, y también tuyo, aunque tú no quieras; cuando me prendan, nadie podrá llamarme traidora.

ISMENE. — ¡Y contra lo ordenado por Creonte, ay, audacísima!

ANTÍGONA. — Él no tiene potestad para apartarme de los míos.

ISMENE. — Ay, reflexiona, hermana, piensa: nuestro padre, cómo murió, aborrecido, deshonorado, después de cegarse él mismo sus dos ojos, enfrentado a faltas que él mismo tuvo que descubrir. Y después, su madre y esposa, que las dos palabras le cuadran, pone fin a su vida en infame, entrelazada soga. En tercer lugar, nuestros dos hermanos, en un solo día, consuman, desgraciados, su destino, el uno por mano del otro asesinados. Y ahora, que solas nosotras dos quedamos, piensa qué ignominioso fin tendremos si violamos lo prescrito y trasgredimos la voluntad o el poder de los que mandan. No, hay que aceptar los hechos: que somos dos mujeres, incapaces de luchar contra hombres; y que tienen el poder los que dan órdenes, y hay que obedecerlas, éstas y todavía otras más dolorosas. Yo, con todo, pido, sí, a los que yacen bajo tierra su perdón, pues que obro forzada, pero pienso obedecer a las autoridades: esforzarse en no obrar como todos carece de sentido, totalmente.

ANTÍGONA. — Aunque ahora quisieras ayudarme, ya no lo pediría: tu ayuda no sería de mi agrado. En fin, reflexiona sobre tus convicciones: yo voy a enterrarle y, habiendo así obrado bien, que venga la muerte: amiga yaceré con él, con un amigo, convicta de un delito piadoso. Por más tiempo debe mi conducta agradar a

los de abajo que a los de aquí, pues mi descanso entre ellos ha de durar siempre. En cuanto a ti, si es lo que crees, deshonor lo que los dioses honran.

ISMENE. — En cuanto a mí, yo no quiero hacer nada deshonoroso, pero de natural me faltan fuerzas para desafiar a los ciudadanos.

ANTÍGONA. — Bien, tú te escudas en este pretexto, pero yo me voy a cubrir de tierra a mi hermano amadísimos hasta darle sepultura.

ISMENE. — ¡Ay, desgraciada, cómo temo por ti!

ANTÍGONA. — No, por mí no tiembles; tu destino, prueba a enderezarlo.

ISMENE. — Al menos, el proyecto que tienes, no se lo confíes a nadie de antemano; guárdalo en secreto que yo te ayude en esto.

ANTÍGONA. — ¡Ay, no, no; grítalo! Mucho más te aborreceré si callas, si no lo pregonas a todo el mundo.

ISMENE. — Caliente corazón tienes, hasta en cosas que hielan.

ANTÍGONA. — Sabe, sin embargo, que así agrado a los que más debo complacer.

ISMENE. — Sí, si algo lograras... Pero no tiene salida, tu deseo.

ANTÍGONA. — Puede, pero no cejaré en mi empeño, mientras tenga fuerzas.

ISMENE. — De entrada, ya, no hay que ir a la caza de imposibles.

ANTÍGONA. — Si continuas hablando en ese tono, tendrás mi odio y el odio también del muerto, con justicia. Venga, déjanos a mí y a mi funesta resolución que corramos este riesgo, convencida como estoy de que ninguno puede ser tan grave como morir de modo innoble.

ISMENE. — Ve, pues, si es lo que crees; quiero decirte que con ir demuestras que estás sin juicio, pero también que amiga eres, sin reproche, para tus amigos.

(Sale Ismene hacia el palacio; desaparece Antígona en dirección a la montaña. Hasta la entrada del coro, queda la escena vacía unos instantes.)

CORO.

Rayo de sol, luz la más bella —más bella, sí, que cualquiera de las que hasta hoy brillaron en Tebas la de las siete puertas—, ya has aparecido, párpado de la dorada mañana que te mueves por sobre la corriente de Dirce. Con rápida brida has hecho correr ante ti, fugitivo, al hombre venido de Argos, de blanco escudo, con su arnés completo, Polinices, que se levantó contra nuestra patria llevado por dudosas querellas, con agudísimo estruendo, como águila que se cierne sobre su víctima, como por ala de blanca nieve cubierto por multitud de armas y cascos de crines de caballos. Por sobre los techos de nuestras casas volaba, abriendo sus fauces, lanzas sedientas de sangre en torno a las siete puertas, bocas de la ciudad, pero hoy se ha ido, antes de haber podido saciar en nuestra sangre sus mandíbulas y antes de haber prendido pinosa madera ardiente en las torres, coronas de la muralla, tal fue el estrépito bélico que se extendió a sus espaldas: difícil es la victoria cuando el adversario es la serpiente.

Zeus odia la lengua de jactancioso énfasis, y al verles cómo venían contra nosotros, prodigiosa avalancha, engreídos por el ruido del oro, lanza su tembloroso rayo contra uno que, al borde último de nuestras barreras, se alzaba ya con gritos de victoria.

Como si fuera un Tántalo, con la antorcha en la mano, fue a dar al duro suelo, el que como un bacante en furiosa acometida, entonces, soplabla contra Tebas vientos de enemigo arrebató. Resultaron de otro modo las cosas: rudos golpes distribuyó, uno para cada uno, entre los demás caudillos, Ares, empeñado, propicio dios.

Siete caudillos, sobre las siete puertas apostados, iguales contra iguales, dejaron a Zeus, juez de la victoria, tributo broncéneo totalmente; menos los dos míseros que, nacidos de un mismo padre y una misma madre, levantaron, el uno contra el otro sus lanzas, armas de principales paladines, y ambos lograron su parte en una muerte común. Y, pues, exaltadora de nombres, la Victoria ha llegado a Tebas, rica en carros, devolviendo a la ciudad la alegría, conviene dejar en el olvido las lides de hasta ahora, organizar nocturnas rondas que recorran los templos de los dioses todos; y Baco, las danzas en cuyo honor conmueven la tierra de Tebas, que él nos guíe.

(Sale del palacio, con su séquito, Creonte.)

CORIFEO. — Pero he aquí al rey de esta tierra, Creonte, hijo de Mene-

ceo, que se acerca, nuevo caudillo por las nuevas circunstancias reclamado; ¿qué proyecto debatiendo nos habrá congregado, a esta asamblea de ancianos, que aquí en común hemos acudido a su llamada?

CREONTE. — Ancianos, el timón de la ciudad que los dioses bajo tremenda tempestad habían conmovido, hoy de nuevo enderezan rumbo cierto. Si yo por mis emisarios os he mandado aviso, a vosotros entre todos los ciudadanos, de venir aquí, ha sido porque conozco bien vuestro respeto ininterrumpido al gobierno de Layo, y también, igualmente, mientras regía Edipo la ciudad; porque sé que, cuando él murió, vuestro sentimiento de lealtad os hizo permanecer al lado de sus hijos.

Y pues ellos en un solo día, víctimas de un doble, común destino, se han dado muerte, mancha de fratricidio que a la vez causaron y sufrieron, yo, pues, en razón de mi parentesco familiar con los caídos, todo el poder, la realeza asuma.

Es imposible conocer el ánimo, las opiniones y principios de cualquier hombre que no se haya enfrentado a la experiencia del gobierno y de la legislación. A mí, quienquiera que, encargado del gobierno total de una ciudad, no se acoge al parecer de los mejores sino que, por miedo a algo, tiene la boca cerrada, de tal me parece, y no sólo ahora, sino desde siempre, un individuo pésimo. Y el que en más considera a un amigo que a su propia patria, éste no me merece consideración alguna; porque yo, sépalo Zeus, eterno escrutador de todo, ni puedo estarme callado al ver que se cierne sobre mis conciudadanos no salvación, sino castigo

divino, ni podría considerar amigo mío a un enemigo de esta tierra, y esto porque estoy convencido de que en esta nave está la salvación y en ella, si va por buen camino, podemos hacer amigos.

Estas son las normas con que me propongo hacer la grandeza de Tebas, y hermanas de ellas las órdenes que hoy he mandado pregonar a los ciudadanos sobre los hijos de Edipo; a Etéocles, que luchando en favor de la ciudad por ella ha sucumbido, totalmente el primero en el manejo de la lanza, que se lo entierre en una tumba y que se le propicie con cuantos sacrificios se dirigen a los más ilustres muertos, bajo tierra; pero a su hermano, a Polinices digo, que, exiliado, a su vuelta quiso por el fuego arrasar, de arriba a abajo, la tierra patria y los dioses de la raza, que quiso gustar la sangre de algunos de sus parientes y esclavizar a otros; a éste, heraldos he mandado que anuncien que en esta ciudad no se lo honra, ni con tumba ni con lágrimas: dejarle insepulto, presa expuesta al azar de las aves y los perros, miserable despojo para los que lo vean. Tal es mi decisión: lo que es por mí, nunca tendrán los criminales el honor que corresponde a los ciudadanos justos; no, por mi parte tendrá honores quienquiera que cumpla con el estado, tanto en muerte como en vida.

CORIFEO. — Hijo de Meneceo, obrar así con el amigo y con el enemigo de la ciudad, éste es tu gusto, y sí, puedes hacer uso de la ley como quieras, sobre los muertos y sobre los que vivimos todavía.

CREONTE. — Y ahora, pues, como guardianes de las órdenes dadas...

CORIFEO. — Imponle a uno más joven que soporte este peso.

CREONTE. — No es eso: ya hay hombres encargados de la custodia del cadáver.

CORIFEO. — Entonces, si es así, ¿qué otra cosa quieres aún recomendarlos?

CREONTE. — Que no condescendáis con los infractores de mis órdenes.

CORIFEO. — Nadie hay tan loco que desee la muerte.

CREONTE. — Pues ésa, justamente, es la paga; que muchos hombres se han perdido, por afán de lucro.

(Del monte viene un soldado, uno de los guardianes del cadáver de Polinices. Sorprende a Creonte cuando estaba subiendo ya las escaleras del palacio. Se detiene al advertir su llegada.)

GUARDIÁN. — Señor, no te diré que vengo con tanta prisa que me falta ya el aliento ni que he movido ligero mis pies. No, que muchas veces me han detenido mis reflexiones y he dado la vuelta en mi camino, con intención de volverme; muchas veces mi alma me decía, en su lenguaje: “Infeliz, ¿cómo vas a donde en llegando serás castigado?”... “¿Otra vez te detienes, osado? Cuando lo sepa por otro Creonte, ¿piensas que no vas a sufrir un buen castigo?”... Con tanto darle vueltas iba acabando mi camino con pesada lentitud, y así no hay camino, ni que sea breve, que no resulte largo. Al fin venció en mí la decisión de venir hasta ti y aquí estoy, que, aunque nada podré explicarte, hablaré al

menos; y el caso es que he venido asido a una esperanza, que no puede pasarme nada que no sea mi destino.

CREONTE. — Pero, veamos: ¿qué razón hay para que estés así desanimado?

GUARDIÁN. — En primer lugar te explicaré mi situación: yo ni lo hice ni vi a quien lo hizo ni sería justo que cayera en desgracia por ello.

CREONTE. — Buen cuidado pones en enredar tus palabras, atento a no ir directo al asunto. Evidentemente, vas a hacernos saber algo nuevo.

GUARDIÁN. — Es que las malas noticias suelen hacer que uno se retarde.

CREONTE. — Habla, de una vez, acaba, y luego vete.

GUARDIÁN. — Ya hablo, pues: vino alguien que enterró al muerto, hace poco: echó sobre su cuerpo árido polvo y cumplió los ritos necesarios.

CREONTE. — ¿Qué dices? ¿Qué hombre pudo haber, tan osado?

GUARDIÁN. — No sé sino que allí no había señal que delatara ni golpe de pico ni surco de azada; estaba el suelo intacto. Duro y seco, y no había roderas de carro: fue aquello obra de obrero que no deja señal. Cuando nos lo mostró el centinela del primer turno de la mañana, todos tuvimos una desagradable sorpresa: el cadáver había desaparecido, no enterrado, no, pero con una leve capa de polvo encima, obra como de alguien que quisiera evitar una ofensa a los dioses... Tampoco se veía señal alguna de fiera ni de perro que se hubiera acercado al cadáver, y menos

que lo hubiera desgarrado. Entre nosotros hervían sospechas infamantes, de unos a otros; un guardián acusaba a otro guardián y la cosa podía haber acabado a golpes de no aparecer quien lo impidiera; cada uno a su turno era el culpable pero nadie lo era y todos eludían saber algo.

Todos estábamos dispuestos a coger con la mano un hierro candente, a caminar sobre fuego, a jurar por los dioses que no habíamos hecho aquello y que no conocíamos ni al que lo planeó ni al que lo hizo. Por fin, visto que, de tanta inquisición, nada sacábamos, habló uno de nosotros y a todos de terror nos hizo fijar los ojos en el suelo, y el caso es que no podíamos replicarle ni teníamos forma de salir bien parados, de hacer lo que propuso: que era necesario informarte a ti de aquel asunto y que no podía ocultársete; esta opinión prevaleció, y a mí, desgraciado, tiene que tocarme la mala suerte y he de cargar con la ganga y heme aquí, no por mi voluntad y tampoco porque querráis vosotros, ya lo sé, que no hay quien quiera a un mensajero que trae malas noticias.

CORIFEO. — (*A Creonte.*) Señor, a mi hace ya rato que me ronda la idea de si en esto no habrá la mano de los dioses.

CREONTE. — (*Al coro.*) Basta, antes de hacerme rebosar en ira, con esto que dices; mejor no puedan acusarte a la vez de ancianidad y de poco juicio, porque en verdad que lo que dices no es soportable, que digas que las divinidades se preocupan en algo de este muerto. ¿Cómo iban a enterrarle, especialmente honrándole como benefactor a él, que vino a quemar las columnatas de sus

templos, con las ofrendas de los fieles, a arruinar la tierra y las leyes a ellos confiadas? ¿Cuándo viste que los dioses honraran a los malvados? No puede ser. Tocante a mis órdenes, gente hay en la ciudad que mal las lleva y que en secreto de hace ya tiempo contra mí murmuran y agitan su cabeza, incapaces de mantener su cuello bajo el yugo, como es justo, porque no soportan mis órdenes; y estoy convencido, éstos se han dejado corromper por una paga de esta gente que digo y han hecho este desmán, porque entre los hombres, nada, ninguna institución ha prosperado nunca tan funesta como la moneda; ella destruye las ciudades, ella saca a los hombres de su patria; ella se encarga de perder a hombres de buenos principios, de enseñarles a fondo a instalarse en la vileza; para el bien y para el mal igualmente dispuestos hace a los hombres y les hace conocer la impiedad, que a todo se atreve.

Cuantos se dejaron corromper por dinero y cumplir estos actos, realizaron hechos que un día, con el tiempo, tendrán su castigo. *(Al guardián.)* Pero, tan cierto como que Zeus tiene siempre mi respeto, que sepas bien esto que en juramento afirmo: si no encontráis al que con sus propias manos hizo esta sepultura, si no aparece ante mis propios ojos, para vosotros no va a bastar con sólo el Hades, y antes, vivos, os voy a colgar hasta que confeséis vuestra desmesurada acción, para que aprendáis de dónde se saca el dinero y de allí lo saquéis en lo futuro; ya veréis como no se puede ser amigo de un lucro venido de cualquier parte. Por ganancias que de vergonzosos actos derivan pocos quedan a salvo

y muchos más reciben su castigo, como puedes saber.

GUARDIÁN. — ¿Puedo decir algo o me doy media vuelta, así, y me marcho?

CREONTE. — Pero, ¿todavía no sabes que tus palabras me molestan?

GUARDIÁN. — Mis palabras, ¿te muerden el oído o en el alma?

CREONTE. — ¿A qué viene ponerte a detectar con precisión en qué lugar me duele?

GUARDIÁN. — Porque el que te hiere el alma es el culpable; yo te hiero en las orejas.

CREONTE. — ¡Ah, está claro que tú naciste charlatán!

GUARDIÁN. — Puede, pero lo que es este crimen no lo hice.

CREONTE. — Y un charlatán que, además, ha vendido su alma por dinero.

GUARDIÁN. — Ay, si es terrible, que uno tenga sospechas y que sus sospechas sean falsas.

CREONTE. — ¡Sí, sospechas, enfatiza! Si no aparecen los culpables, bastante pregonaréis con vuestros gritos el triste resultado de ganancias miserables.

(Creonte y su séquito se retiran. En las escaleras pueden oír las palabras del guardián.)

GUARDIÁN. — ¡Que encuentren al culpable, tanto mejor! Pero, tanto si lo encuentran como si no, que en esto decidirá el azar, no hay peligro, no, de que me veas venir otra vez a tu encuentro. Y ahora que me veo salvado contra toda esperanza, contra lo que pensé, me siento obligadísimo para con los dioses.

CORO.

Muchas cosas hay portentosas, pero ninguna tan portentosa como el hombre; él, que ayudado por el noto tempestuoso llega hasta el otro extremo de la espumosa mar, atravesándola a pesar de las olas que rugen, descomunales; él, que fatiga la sublimísima divina tierra, inconsumible, inagotable, con el ir y venir del arado, año tras año, recorriéndola con sus mulas.

Con sus trampas captura a la tribu de los pájaros incapaces de pensar y al pueblo de los animales salvajes y a los peces que viven en el mar, en las mallas de sus trenzadas redes, el ingenioso hombre que con su ingenio domina al salvaje animal montaraz; capaz de uncir con un yugo que su cuello por ambos lados sujete al caballo de poblada crin y al toro también infatigable de la sierra; y la palabra por sí mismo ha aprendido y el pensamiento, rápido como el viento, y el carácter que regula la vida en sociedad, y a huir de la intemperie desapacible bajo los dardos de la nieve y de la lluvia: recursos tiene para todo, y, sin recursos, en nada se aventura hacia el futuro; sólo la muerte no ha conseguido evitar, pero sí se ha agenciado formas de eludir las enfermedades inevitables.

Referente a la sabia inventiva, ha logrado conocimientos técnicos más allá de lo esperable y a veces los encamina hacia el mal, otras veces hacia el bien. Si cumple los usos locales y la justicia por divinos juramentos confirmada, a

la cima llega de la ciudadanía; si, atrevido, del crimen hace su compañía, sin ciudad queda: ni se siente en mi mesa ni tenga pensamientos iguales a los míos, quien tal haga.

(Entra el guardián de antes llevando a Antígona.)

CORIFEO. — No sé, dudo si esto sea prodigio obrado por los dioses... *(Al advertir la presencia de Antígona.)* Pero, si la reconozco, ¿cómo puedo negar que ésta es la joven Antígona? Ay, mísera, hija de mísero padre, Edipo, ¿qué es esto? ¿Te traen acaso porque no obedeciste lo legislado por el rey? ¿Te detuvieron osando una locura?

GUARDIÁN. — Sí, ella, ella es la que lo hizo; la cogimos cuando lo estaba enterrando... Pero, Creonte, ¿dónde está?

(Al oír los gritos del guardián, Creonte, recién entrado, vuelve a salir con su séquito.)

CORIFEO. — Aquí: ahora vuelve a salir, en el momento justo, del palacio.

CREONTE. — ¿Qué sucede? ¿Qué hace tan oportuna mi llegada?

GUARDIÁN. — Señor, nada hay que pueda un mortal empeñarse en jurar que es imposible; la reflexión desmiente la primera idea. Así, me iba convencido por la tormenta de amenazas a que me sometiste: que no volvería yo a poner aquí los pies; pero, como la alegría que sobreviene más allá de y contra toda esperanza no

se parece, tan grande es, a ningún otro placer, he aquí que he venido, a pesar de haberme comprometido a no venir con juramento, para traerte a esta muchacha que ha sido hallada componiendo una tumba. Y ahora no vengo porque se haya echado a suertes, no, sino porque este hallazgo feliz me corresponde a mí y no a ningún otro. Y ahora, señor, tú mismo, según quieras, la coges y ya puedes investigar y preguntarle; en cuanto a mí, ya puedo liberarme de este peligro: soy libre, exento de injusticia.

CREONTE. — Pero, ésta que me traes, ¿de qué modo y dónde la aprestasteis?

GUARDIÁN. — Estaba enterrando al muerto: ya lo sabes todo.

CREONTE. — ¿Te das cuenta? ¿Entiendes cabalmente lo que dices?

GUARDIÁN. — Sí, que yo la vi a ella enterrando al muerto que tú habías dicho que quedase insepulto: ¿o es que no es evidente y claro lo que digo?

CREONTE. — ¿Y cómo fue que la sorprendierais y cogierais en pleno delito?

GUARDIÁN. — Fue así la cosa: cuando volvimos a la guardia, bajo el peso terrible de tus amenazas, después de barrer todo el polvo que cubría el cadáver, dejando bien al desnudo su cuerpo ya en descomposición, nos sentamos al abrigo del viento, evitando que al soplar desde lo alto de las peñas nos enviara el hedor que despedía. Los unos a los otros con injuriosas palabras despiertos y atentos nos teníamos, si alguien descuidaba la fatigosa vigilancia. Esto duró bastante tiempo, hasta que se constituyó en mitad del cielo la brillante esfera solar y el calor quemaba; entonces, de

pronto, un torbellino suscitó del suelo tempestad de polvo, pena enviada por los dioses, que llenó la llanura, desfigurando las copas de los árboles del llano, y que impregnó toda la extensión del aire; sufrimos aquel mal que los dioses mandaban con los ojos cerrados, y cuando luego, después de largo tiempo, se aclaró, vimos a esta doncella que gemía agudamente como el ave condolidada que ve, vacío de sus crías, el nido en que yacían, vacío. Así, ella, al ver el cadáver desvalido, se estaba gimiendo y llorando y maldecía a los autores de aquello. Veloz en las manos lleva árido polvo y de un aguamanil de bronce bien forjado de arriba a abajo triple libación vierte, corona para el muerto; nosotros, al verla, presurosos la apresamos, todos juntos, en seguida, sin que ella muestre temor en lo absoluto, y así, pues, aclaramos lo que antes pasó y lo que ahora; ella, allí de pie, nada ha negado; y a mí me alegra a la vez y me da pena, que cosa placentera es, sí, huir uno mismo de males, pero penoso es llevar a su mal a gente amiga. Pero todas las demás consideraciones valen para mí menos que el verme a salvo.

CREONTE. — (*A Antígona.*) Y tú, tú que inclinas al suelo tu rostro, ¿confirmas o desmientes haber hecho esto?

ANTÍGONA. — Lo confirmo, sí; yo lo hice, y no lo niego.

CREONTE. — (*Al guardián.*) Tú puedes irte a dónde quieras, ya sin el peso de mi inculpación.

(*Sale el guardián.*)

(A *Antígona*.) Pero tú, dime brevemente, sin extenderte; ¿sabías que estaba decretado no hacer esto?

ANTÍGONA. — Sí, lo sabía: ¿cómo no iba a saberlo? Todo el mundo lo sabe.

CREONTE. — Y, así y todo, ¿te atreviste a pasar por encima de la ley?

ANTÍGONA. — No era Zeus quien me la había decretado, ni Diké, compañera de los dioses subterráneos, perfiló nunca entre los hombres leyes de este tipo. Y no creía yo que tus decretos tuvieran tanta fuerza como para permitir que sólo un hombre pueda saltar por encima de las leyes no escritas, inmutables, de los dioses. Su vigencia no es de hoy ni de ayer, sino de siempre, y nadie sabe cuándo fue que aparecieron. No iba yo a atraerme el castigo de los dioses por temor a lo que pudiera pensar alguien; ya veía, ya, mi muerte, ¿y cómo no?, aunque tú no hubieses decretado nada; y, si muero antes de tiempo, yo digo que es ganancia; quien, como yo, entre tantos males vive, ¿no sale acaso ganando con su muerte? Y así, no es, no, desgracia para mi tener este destino; y en cambio, si el cadáver de un hijo de mi madre estuviera insepulto y yo lo aguantara, entonces, eso sí me sería doloroso; lo otro, en cambio, no me es doloroso: puede que a ti te parezca que obré como una loca, pero, poco más o menos, es a un loco a quien doy cuenta de mi locura.

CORIFEO. — Muestra la joven fiera audacia, hija de un padre fiero; no sabe ceder al infortunio.

CREONTE. — (*Al coro*.) Sí, pero sepas que los más inflexibles pensamientos son los más prestos a caer: el hierro que, una vez coci-

do, el fuego hace fortísimo y muy duro, a menudo verás cómo se resquebraja, lleno de hendiduras; sé de fogosos caballos que una pequeña brida ha domado; no cuadra la arrogancia al que es esclavo del vecino; y ella se daba perfecta cuenta de la suya, al transgredir las leyes establecidas; y, después de hacerlo, otra nueva arrogancia: ufanarse y mostrar alegría por haberlo hecho. En verdad que el hombre no soy yo, que el hombre es ella si ante esto no siente el peso de la autoridad; pero, por muy de sangre de mi hermana que sea, aunque sea más de mi sangre que todo el Zeus que preside mi hogar, ni ella ni su hermana podrán escapar de muerte infamante, porque a su hermana también la acuso de haber tenido parte en la decisión de sepultarle. (*A los esclavos.*) Llamadla. (*Al coro.*) Sí, la he visto hace poco, fuera de sí, incapaz de dominar su razón; porque, generalmente, el corazón de los que traman en la sombra acciones no rectas, antes de que realicen su acción, ya resulta convicto de su arteria. Pero, sobre todo, mi odio es para la que, cogida en pleno delito, quiere después darle timbres de belleza.

ANTÍGONA. — Ya me tienes; ¿buscas aún algo más que mi muerte?

CREONTE. — Por mi parte, nada más; con tener esto, lo tengo ya todo.

ANTÍGONA. — ¿Qué esperas, pues? A mí, tus palabras ni me placen ni podrían nunca llegar a complacerme; y las mías también a ti te son desagradables. De todos modos, ¿cómo podía alcanzar más gloriosa gloria que enterrando a mi hermano? Todos éstos, te dirían que mi acción les agrada, si el miedo no les tuviera cerrada la boca; pero la tiranía tiene, entre otras muchas ventajas, la de

poder hacer y decir lo que dé la gana.

CREONTE. — De entre todos los Cadmeos, este punto de vista es sólo tuyo.

ANTÍGONA. — Que no, que es el de todos; pero ante ti cierran la boca.

CREONTE. — ¿Y a ti no te avergüenza, pensar distinto a ellos?

ANTÍGONA. — Nada hay vergonzoso en honrar a los hermanos.

CREONTE. — ¿Y no era acaso tu hermano el que murió frente a él?

ANTÍGONA. — Mi hermano era, del mismo padre y de la misma madre.

CREONTE. — Y, siendo así, ¿cómo tributas al uno honores impíos para el otro?

ANTÍGONA. — No sería ésta la opinión del muerto.

CREONTE. — Si tú lo honras igual que al impío...

ANTÍGONA. — Cuando murió no era su esclavo: era su hermano.

CREONTE. — Que había venido a arrasar el país; y el otro se opuso en su defensa.

ANTÍGONA. — Con todo, Hades requiere leyes igualitarias.

CREONTE. — Pero no que el que obró bien tenga la misma suerte que el malvado.

ANTÍGONA. — ¿Quién sabe si allí abajo mi acción es elogiable?

CREONTE. — No, en verdad no, que un enemigo, ni muerto, será jamás mi amigo.

ANTÍGONA. — No nací para compartir el odio sino el amor.

CREONTE. — Pues vete abajo y, si te quedan ganas de amar, ama a los muertos que, a mí, mientras viva, no ha de mandarme una mujer.

(Se acerca Ismene entre dos esclavos.)

CORIFEO. — He aquí, ante las puertas, he aquí a Ismene. Lágrimas vierte, de amor por su hermana; una nube sobre sus cejas su sonrosado rostro afea; sus bellas mejillas, en llanto bañadas.

CREONTE. — *(A Ismene.)* Y tú, que te movías por palacio en silencio, como una víbora, apurando mi sangre... Sin darme cuenta, alimentaba dos desgracias que querían arruinar mi trono. Venga, habla: ¿vas a decirme, también tú, que tuviste tu parte en lo de la tumba, o jurarás no saber nada?

ISMENE. — Si ella está de acuerdo, yo lo he hecho: acepto mi responsabilidad; con ella cargo.

ANTÍGONA. — No, que no te lo permite la justicia; ni tú quisiste ni te di yo parte en ello.

ISMENE. — Pero, ante tu desgracia, no me avergüenza ser tu socorro en el remo, por el mar de tu dolor.

ANTÍGONA. — De quién fue obra bien lo saben Hades y los de allí abajo; por mi parte, no soporto que sea mi amiga quien lo es tan solo de palabra.

ISMENE. — No, hermana, no me niegues el honor de morir contigo y el de haberte ayudado a cumplir los ritos debidos al muerto.

ANTÍGONA. — No quiero que mueras tú conmigo ni que hagas tuyo algo en lo que no tuviste parte: bastará con mi muerte.

ISMENE. — ¿Y cómo podré vivir, si tú me dejas?

ANTÍGONA. — Pregúntale a Creonte, ya que tanto te preocupas por él.

ISMENE. — ¿Por qué me hieres así, sin sacar con ello nada?

ANTÍGONA. — Aunque me ría de ti, en realidad te compadezco.

ISMENE. — Y yo, ahora, ¿en qué otra cosa podría serte útil?

ANTÍGONA. — Sálvate: yo no he de envidiarte si te salvas.

ISMENE. — ¡Ay de mí, desgraciada, y no poder acompañarte en tu destino!

ANTÍGONA. — Tú escogiste vivir, y yo la muerte.

ISMENE. — Pero no sin que mis palabras, al menos, te advirtieran.

ANTÍGONA. — Para unos, tú pensabas bien... yo para otros.

ISMENE. — Pero las dos ahora hemos faltado igualmente.

ANTÍGONA. — Ánimo, deja eso ya; a ti te toca vivir; en cuanto a mí, mi vida se acabó hace tiempo, por salir en ayuda de los muertos.

CREONTE. — (*Al coro.*) De estas dos muchachas, la una os digo que acaba de enloquecer y la otra que está loca desde que nació.

ISMENE. — Es que la razón, señor, aunque haya dado en uno sus frutos, no se queda, no, cuando agobia la desgracia, sino que se va.

CREONTE. — La tuya, al menos, que escogiste obrar mal juntándote con malos.

ISMENE. — ¿Qué puede ser mi vida, ya, sin ella?

CREONTE. — No, no digas “ella”, no existe ya.

ISMENE. — Pero, ¿cómo?, ¿matarás a la novia de tu hijo?

CREONTE. — No ha de faltarle tierra que pueda cultivar.

ISMENE. — Pero esto es faltar a lo acordado entre él y ella.

CREONTE. — No quiero yo malas mujeres para mis hijos.

ANTÍGONA. — ¡Ay, Hemón querido! Tu padre te falta al respeto.

CREONTE. — Demasiado molestas, tú y tus bodas.

CORIFEO. — Así pues, ¿piensas privar de Antígona a tu hijo?

CREONTE. — Hades, él pondrá fin a estas bodas.

CORIFEO. — Parece, pues, cosa resuelta que ella muera.

CREONTE. — Te lo parece a ti, también a mí. Y, venga ya, no más demora; llevadlas dentro, esclavos; estas mujeres conviene que estén atadas, y no que anden sueltas: huyen hasta los más valientes, cuando sienten a la muerte rondarles por la vida.

(Los guardas que acompañaban a Creonte, acompañan a Antígona e Ismene dentro del palacio. Entra también Creonte.)

CORO.

Felices aquellos que no prueban en su vida la desgracia. Pero si un dios azota de males la casa de alguno, la ceguera no queda, no, al margen de ella y hasta el final del linaje la acompaña. Es como cuando contrarios, enfurecidos vientos tracios hinchán el oleaje que sopla sobre el abismo del profundo mar; de sus profundidades negra arena arremolina, y gimen ruidosas, oponiéndose al azote de contrarios embates, las rocas de la playa.

Así veo las penas de la casa de los Labdácidas cómo se abaten sobre las penas de los ya fallecidos: ninguna generación liberará a la siguiente, porque algún dios la aniquila, y no hay salida. Ahora, una luz de esperanza cubría a los últimos vástagos de la casa de Edipo; pero, de nuevo, el hacha homicida de algún dios subterráneo la siega, y la locura en el hablar y una Erinias en el pensamiento.

¿Qué soberbia humana podría detener, Zeus, tu poderío? Ni el sueño puede apresarle, él, que todo lo domina, ni la duración infatigable del tiempo entre los dioses. Tú, Zeus, soberano que no conoces la vejez, reinas sobre la centelleante, esplendorosa serenidad del Olimpo.

En lo inminente, en lo porvenir y en lo pasado, tendrá vigencia esta ley: en la vida de los hombres, ninguno se arrastra, al menos por largo tiempo, sin ceguera. La esperanza, en su ir y venir de un lado a otro, resulta útil, sí, a muchos hombres; para muchos otros, un engaño del deseo, capaz de confiar en lo vacuo: el hombre nada sabe, y le llega cuando acerca a la caliente brasa el pie. Resulta ilustre este dicho, debido no sé a la sabiduría de quién: el mal parece un día bien al hombre cuya mente lleva un dios a la ceguera; brevísimo es ya el tiempo que vive sin ruina.

(Sale Creonte del palacio. Aparece Hemón a lo lejos.)

CORIFEO. — *(A Creonte.)* Pero he aquí a Hemón, el más joven de tus vástagos: ¿viene acaso dolorido por la suerte de Antígona, su prometida, muy condolido al ver frustrada su boda?

CREONTE. — Al punto lo sabremos, con más seguridad que los adivinos. *(A Hemón.)* Hijo mío, ¿vienes aquí porque has oído mi última decisión sobre la doncella que a punto estabas de esposar y quieres mostrar tu furia contra tu padre?, ¿o bien porque, haga yo lo que haga, soy tu amigo?

HEMÓN. — Padre, soy tuyo, y tú derechamente me encaminas con tus benévolos consejos que siempre he de seguir; ninguna boda puede ser para mí tan estimable que la prefiera a tu buen gobierno.

CREONTE. — Y así, hijo mío, has de guardar esto en el pecho: en todo estar tras la opinión paterna; por eso es que los hombres piden engendrar hijos y tenerlos sumisos en su hogar: porque devuelvan al enemigo el mal que les causó y honren, igual que a su padre, a su amigo; el que, en cambio, siembra hijos inútiles, ¿qué otra cosa podrías decir de él, salvo que se engendró dolores, motivo además de gran escarnio para sus enemigos?

No, hijo, no dejes que se te vaya el conocimiento tras el placer, a causa de una mujer; sabe que compartir el lecho con una mala mujer, tenerla en casa, esto son abrazos que hielan... Porque, ¿qué puede herir más que un mal hijo? No, despréciala como si se tratara de algo odioso, déjala; que se vaya al Hades a encontrar otro novio. Y pues que yo la hallé, sola a ella, de entre toda la ciudad, desobedeciendo, no voy a permitir que mis órdenes parezcan falsas a los ciudadanos; no, he de matarla. Y ella, que le vaya con himnos al Zeus que protege a los de la misma sangre. Porque si alimento el desorden entre los de mi sangre, esto constituye una pauta para los extraños. Se sabe quién se porta bien con su familia según se muestre justo a la ciudad. Yo confiadamente creo que el hombre que en su casa gobierna sin tacha quiere también verse bien gobernado, él, que es capaz en la inclemencia del combate de mantenerse en su sitio, modélico y noble compañero de los de su fila; en cambio, el que, soberbio, a

las leyes hace violencia, o piensa en imponerse a los que manda, éste nunca puede ser que reciba mis elogios

Aquél que la ciudad ha instituido como jefe a éste hay que oírle, diga cosas baladíes, ejemplares o todo lo contrario. No hay desgracia mayor que la anarquía: ella destruye las ciudades, conmociona y revuelve las familias; en el combate, rompe las lanzas y promueve las derrotas. En el lado de los vencedores, es la disciplina lo que salva a muchos. Así pues, hemos de dar nuestro brazo a lo establecido con vistas al orden, y, en todo caso, nunca dejar que una mujer nos venza; preferible es, si ha de llegar el caso, caer ante un hombre: que no puedan enrostrarnos ser más débiles que mujeres.

CORIFE0. — Si la edad no nos sorbió el entendimiento, nosotros entendemos que hablas con prudencia en lo que dices.

HEMÓN. — Padre, el más sublime don que de todas cuantas riquezas existen dan los dioses al hombre es la prudencia. Yo no podría ni sabría explicar por qué tus razones no son del todo rectas; sin embargo, podría una interpretación en otro sentido ser correcta. Tú no has podido constatar lo que por Tebas se dice; lo que se hace o se reprocha. Tu rostro impone respeto al hombre de la calle; sobre todo si ha de dirigírsete con palabras que no te daría gusto escuchar. A mí, en cambio, me es posible oírías, en la sombra, y son: que la ciudad se lamenta por la suerte de esta joven que muere de mala muerte, como la más innoble de todas las mujeres, por obras que ha cumplido bien gloriosas. Ella, que no ha querido que su propio hermano, sangrante muerto,

desapareciera sin sepultura ni que lo deshicieran ni perros ni aves voraces, ¿no se ha hecho así acreedora de dorados honores? Esta es la oscura petición que en silencio va propagándose. Padre, para mí no hay bien máspreciado que tu felicidad y buena ventura: ¿qué puede ser mejor ornato que la fama creciente de su padre, para un hijo, y que, para un padre, con respecto a sus hijos? No te habitúes, pues, a pensar de una manera única, absoluta, que lo que tú dices, mas no otra cosa, esto es lo cierto. Los que creen que ellos son los únicos que piensan o que tienen un modo de hablar o un espíritu como nadie, éstos aparecen vacíos de vanidad, al ser descubiertos. Para un hombre, al menos si es prudente, no es nada vergonzoso ni aprender mucho ni no mostrarse en exceso intransigente; mira, en invierno, a la orilla de los torrentes acrecentados por la lluvia invernal, cuántos árboles ceden para salvar su ramaje; en cambio, el que se opone sin ceder, éste acaba descuajado. Y así, el que, seguro de sí mismo, la escota de su nave tensa, sin darle juego, hace el resto de su travesía con la bancada al revés, hacia abajo. Por tanto, no me extremes tu rigor y admite el cambio. Porque, si cuadra a mi juventud emitir un juicio, digo que en mucho estimo a un hombre que ha nacido lleno de ciencia innata, mas, con todo, como a la balanza no le agrada caer por ese lado, qué bueno es tomar consejo de los que bien lo dan.

CORIFEO. — Lo que ha dicho a propósito, señor, conviene que lo aprendas. (*A Hemón.*) Y tú igual de él; por ambas partes bien se ha hablado.

CREONTE. — Sí, encima, los de mi edad vamos a tener que aprender a pensar según el natural de jóvenes de la edad de éste.

HEMÓN. — No en lo que no sea justo. Pero, si es cierto que soy joven, también lo es que conviene más en las obras fijarse que en la edad.

CREONTE. — Valiente obra, honrar a los transgresores del orden.

HEMÓN. — En todo caso, nunca dije que se debiera honrar a los malvados.

CREONTE. — ¿Ah no? ¿Acaso no es de maldad que está ella enferma?

HEMÓN. — No es eso lo que dicen sus compatriotas tebanos.

CREONTE. — Pero, ¿es que me van a decir los ciudadanos lo que he de mandar?

HEMÓN. — ¿No ves que hablas como un joven inexperto?

CREONTE. — ¿He de gobernar esta tierra según otros o según mi parecer?

HEMÓN. — No puede, una ciudad, ser solamente de un hombre.

CREONTE. — La ciudad, pues, ¿no ha de ser de quien la manda?

HEMÓN. — A ti, lo que te iría bien es gobernar, tú solo, una tierra desierta.

CREONTE. — (*Al coro.*) Está claro: se pone del lado de la mujer.

HEMÓN. — Sí, si tú eres mujer, pues por ti miro.

CREONTE. — ¡Ay, miserable, y que oses procesar a tu padre!

HEMÓN. — Porque no puedo dar por justos tus errores.

CREONTE. — ¿Es, pues, un error que obre de acuerdo con mi mando?

HEMÓN. — Sí, porque lo injurias, pisoteando el honor debido a los dioses.

CREONTE. — ¡Infame, y detrás de una mujer!

HEMÓN. — Quizá, pero no podrás decir que me cogiste cediendo a infamias.

CREONTE. — En todo caso, lo que dices, todo, es a favor de ella.

HEMÓN. — También a tu favor, y al mío, y a favor de los dioses subterráneos.

CREONTE. — Pues nunca te casarás con ella, al menos viva.

HEMÓN. — Sí, morirá, pero su muerte ha de ser la ruina de alguien.

CREONTE. — ¿Con amenazas me vienes ahora, atrevido?

HEMÓN. — Razonar contra argumentos vacíos; en ello, ¿qué amenaza puede haber?

CREONTE. — Querer enjuiciarme ha de costarte lágrimas: tú, que tienes vacío el juicio.

HEMÓN. — Si no fueras mi padre, diría que eres tú el que no tiene juicio.

CREONTE. — No me fatigues más con tus palabras, tú, juguete de una mujer.

HEMÓN. — Hablar y hablar, y sin oír a nadie: ¿es esto lo que quieres?

CREONTE. — ¿Con que sí, eh? Por este Olimpo, entérate de que no añadirás a tu alegría el insultarme, después de tus reproches. (*A unos esclavos.*) Traedme a aquella odiosa mujer para que aquí y al punto, ante sus ojos, presente su novio, muera.

HEMÓN. — Eso sí que no: no en mi presencia; ni se te ocurra pensarlo, que ni ella morirá a mi lado ni tú podrás nunca más, con tus ojos, ver mi rostro ante ti. Quédese esto para aquellos de los tuyos que sean cómplices de tu locura.

(Sale Hemón, corriendo.)

CORIFEO. — El joven se ha ido bruscamente, señor, lleno de cólera, y el dolor apesadumbra mentes tan jóvenes.

CREONTE. — Dejadle hacer: que se vaya y se crea más que un hombre; lo cierto es que a estas dos muchachas no las separará de su destino.

CORIFEO. — ¿Cómo? Así pues, ¿piensas matarlas a las dos?

CREONTE. — No a la que no tuvo parte, dices bien.

CORIFEO. — Y, a Antígona, ¿qué clase de muerte piensas darle?

CREONTE. — La llevaré a un lugar que no conozca la pisada del hombre y, viva, la enterraré en un subterráneo de piedra, poniéndole comida, solo la que baste para la expiación, a fin de que la ciudad quede sin mancha de sangre, enteramente. Y allí, que vaya con súplicas a Hades, el único dios que venera: quizá logre salvarse de la muerte. O quizás, aunque sea entonces, pueda darse cuenta de que es trabajo superfluo respetar a un muerto.

(Entra Creonte en el palacio.)

CORO.

Eros, invencible en el combate, que te ensañas como en medio de reses, que pasas la noche en las blandas mejillas de una jovencita y frecuentes, cuando no el mar, rústicas cabañas. Nadie puede escapar de ti, ni aun los dioses inmortales; ni tampoco ningún hombre, de los que un día vivimos; pero tenerte a ti enloquece. Tú vuelves injustos a

los justos y los lanzas a la ruina; tú, que, entre hombres de la misma sangre, también esta discordia has promovido, y vence el encanto que brilla en los ojos de la novia al lecho prometida. Tú, asociado a las sagradas leyes que rigen el mundo; va haciendo su juego, sin lucha, la divina Afrodita.

CORIFEO. — Y ahora ya hasta yo me siento arrastrado a rebelarme contra leyes sagradas, al ver esto, y ya no puedo detener un manantial de lágrimas cuando la veo a ella, a Antígona, que a su tálamo va, pero de muerte.

(Aparece Antígona entre dos esclavos de Creonte, con las manos atadas a la espalda.)

ANTÍGONA. — Miradme, ciudadanos de la tierra paterna, que mi último camino recorro, que el esplendor del sol por última vez miro: ya nunca más; Hades, que todo lo adormece, viva me recibe en la playa de Aqueronte, sin haber tenido mi parte en himeneos, sin que me haya celebrado ningún himno, a la puerta nupcial... No. Con Aqueronte, voy a casarme.

CORIFEO. — Ilustre y alabada te marchas al antro de los muertos, y no porque mortal enfermedad te haya golpeado, ni porque tu suerte haya sido morir a espada. Al contrario, por tu propia decisión, fiel a tus leyes, en vida y sola, descienes entre los muertos al Hades.

ANTÍGONA. — He oído hablar de la suerte tristísima de Níobe, la

extranjera frigia, hija de Tántalo, en la cumbre del Sípilo, vencida por la piedra que allí brotó, tenazmente agarrada como hiedra. Y allí se consume, sin que nunca la dejen, así es fama entre los hombres, ni la lluvia ni el frío, y sus cejas, ya piedra, siempre destilando, humedecen sus mejillas. Igual que ella, me adormece a mí el destino.

CORIFEO. — Pero ella era una diosa, de divino linaje, y nosotros mortales y de linaje mortal. Pero, con todo, cuando estés muerta ha de oírse un gran rumor: que tú, viva y después, una vez muerta, tuviste tu sitio entre los héroes próximos a los dioses.

ANTÍGONA. — ¡Ay de mí, escarnecida! ¿Por qué, por los dioses paternos, no esperas a mi muerte y, en vida aún, me insultas? ¡Ay, patria! ¡Ay, opulentos varones de mi patria! ¡Ay, fuentes de Dircea! ¡Ay, recinto sagrado de Tebas, rica en carros! También a vosotros, con todo, os tomo como testigos de cómo muero sin que me acompañe el duelo de mis amigos, de por qué leyes voy a un túmulo de piedras que me encierre, tumba hasta hoy nunca vista. Ay de mí, mísera, que, muerta, no podré ni vivir entre los muertos; ni entre los vivos, pues, ni entre los muertos.

CORIFEO. — Superando a todos en valor, con creces, te acercaste sonriente hasta tocar el sitial elevado de Díké, hija. Tú cargas con la culpa de algún cargo paterno.

ANTÍGONA. — Has tocado en mí un dolor que me abate: el hado de mi padre, tres veces renovado como la tierra tres veces arada; el destino de nuestro linaje todo de los ínclitos Labdácidas. ¡Ay, ceguera del lecho de mi madre, matrimonio de mi madre

desgraciada con mi padre que ella misma había parido! De tales padres yo, infortunada, he nacido. Y ahora voy, maldecida, sin casar, a compartir en otros sitios su morada. ¡Ay, hermano, qué desgraciadas bodas obtuviste: tú, muerto, mi vida arruinaste hasta la muerte!

CORIFEO. — Ser piadoso es, sí, piedad, pero el poder, para quien lo tiene a su cargo, no es, en modo alguno, transgredible: tu carácter, que bien sabías, te perdió.

ANTÍGONA. — Sin que nadie me llore, sin amigos, sin himeneo, desgraciada, me llevan por camino ineludible. Ya no podré ver, infortunada, este rostro sagrado del sol, nunca más. Y mi destino quedará sin llorar, sin un amigo que gima.

(Ha saltado del palacio y se encara con los esclavos que llevan a Antígona.)

CREONTE. — ¿No os dais cuenta de que, si la dejarais hablar, nunca cesaría en sus lamentaciones y en sus quejas? Lleváosla, pues, y cuando la hayáis cubierto en un sepulcro con bóveda, como os he dicho, dejadla sola, desvalida; si ha de morir, que muera, y, si no, que haga vida de tumba en la casa de muerte que os he dicho. Porque nosotros, en lo que concierne a esta joven, quedaremos así puros, pero ella será así privada de vivir entre los vivos.

ANTÍGONA. — ¡Ay, tumba! ¡Ay, lecho nupcial! ¡Ay, subterránea morada que siempre más ha de guardarme! Hacia ti van mis pasos para encontrar a los míos. De ellos, cuantioso número ha acogido ya Perséfone, todos de miserable muerte muertos; de ellas, la mía

es la última y la más miserable; también yo voy allí abajo, antes de que se cumpla la vida que el destino me había concedido; con todo, me alimento en la esperanza, al ir, de que me quiera mi padre cuando llegue; sea bien recibida por ti, madre, y tú me aceptes, hermano querido. Pues vuestros cadáveres, yo con mi mano los lavé, yo los arreglé sobre vuestras tumbas e hice libaciones. En cuanto a ti, Polinices, por observar el respeto debido a tu cuerpo, he aquí lo que obtuve... Las personas prudentes no censuraron mis cuidados, no, porque, ni si hubiese tenido hijos ni si mi marido hubiera estado consumiéndose de muerte, nunca contra la voluntad del pueblo hubiera sumido este doloroso papel. ¿Que en virtud de qué ley digo esto? Marido, muerto el uno, otro habría podido tener, y hasta un hijo del otro nacido, de haber perdido el mío. Pero, muertos mi padre, ya, y mi madre, en el Hades los dos, no hay hermano que pueda haber nacido. Por esta ley, hermano, te honré a ti más que a nadie, pero a Creonte esto le parece mala acción y terrible atrevimiento. Y ahora me ha cogido, así, entre sus manos, y me lleva, sin boda, sin himeneo, sin parte haber tenido en esponsales, sin hijos que criar; no, que así, sin amigos que me ayuden, desgraciada, viva voy a las tumbas de los muertos: ¿por haber transgredido una ley divina?, ¿y cuál? ¿De qué puede servirme, pobre, mirar a los dioses? ¿A cuál puedo llamar que me auxilie? El caso es que mi piedad me ha ganado el título de impía, y si el título es válido para los dioses, entonces yo, que de ello soy tildada, reconoceré mi error; pero si son los demás que van errados, que los males que sufro no sean mayores

que los que me imponen, contra toda justicia.

CORIFEO. — Los mismos vientos impulsivos dominan aún su alma.

CREONTE. — Por eso los que la llevan pagarán cara su demora.

CORIFEO. — Ay de mí, tus palabras me dicen que la muerte está muy cerca, sí.

CREONTE. — Y te aconsejo que en lo absoluto confíes en que para ella no se ha de cumplir esto cabalmente.

(Los esclavos empujan a Antígona y ella cede, lentamente, mientras va hablando.)

ANTÍGONA. — ¡Oh, tierra tebana, ciudad de mis padres! ¡Oh, dioses de mi estirpe! Ya se me llevan, sin demora; miradme, ciudadanos principales de Tebas: a mí, a la única hija de los reyes que queda; mirad qué he de sufrir, y por obra de qué hombres. Y todo, por haber respetado la piedad.

(Salen Antígona y los que la llevan.)

CORO.

También Dánae tuvo que cambiar la celeste luz por una cárcel con puerta de bronce; allí, encerrada, fue uncida al yugo de un tálamo funeral. Y sin embargo, también era, ay, Antígona, hija de ilustre familia, y guardaba además la semilla de Zeus a ella descendida como lluvia de oro. Pero es implacable la fuerza del destino. Ni la felicidad, ni la guerra, ni una torre, ni negras naves al azote del mar sometidas, pueden eludirlo. Fue uncido también el irascible hijo de Driante, el rey de los edonos; por su cólera mordaz, Dioniso lo sometió, como en coraza, a una prisión de piedra; así va consumiéndose el terrible, desatado furor de su locura.

Él sí ha conocido al dios que con su mordaz lengua de locura había tocado, cuando quería apaciguar a las mujeres que el dios poseía y detener el fuego báquico; cuando irritaba a las Musas que se gozan en la flauta. Junto a las oscuras Simplégades, cerca de los dos mares, he aquí la ribera del Bósforo y la costa del tracio Salmideso, la ciudad a cuyas puertas Ares vio cómo de una salvaje esposa recibían maldita herida de ceguera los dos hijos de Fineo, ceguera que pide venganza en las cuencas de los ojos que manos sangrientas reventaron con puntas de lanzadera.

Consumiéndose, los pobres, su deplorable pena lloraban, ellos, los hijos de una madre tan mal maridada; aunque por su cuna remontara a los antiguos Erectidas, a ella que

fue criada en grutas apartadas, al azar de los vientos paternos, hija de un dios, Boréada, veloz como un corcel sobre escarpadas colinas, también a ella mostraron su fuerza las Moiras, hija mía.

(Ciego y muy anciano, guiado por un lazarillo, aparece, corriendo casi, Tiresias.)

TIRESIAS. — Soberanos de Tebas, aquí llegamos dos que el común camino mirábamos con los ojos de solo uno: esta forma de andar, con un guía, es, en efecto, la que cuadra a los ciegos.

CREONTE. — ¿Qué hay de nuevo, anciano Tiresias?

TIRESIAS. — Ya te lo explicaré, y cree lo que te diga el adivino.

CREONTE. — Nunca me aparté de tu consejo, hasta hoy al menos.

TIRESIAS. — Por ello rectamente has dirigido la nave del estado.

CREONTE. — Mi experiencia puede atestiguar que tu ayuda me ha sido provechosa.

TIRESIAS. — Pues bien, piensa ahora que has llegado a un momento crucial de tu destino.

CREONTE. — ¿Qué pasa? Tus palabras me hacen temblar.

TIRESIAS. — Lo sabrás, al oír las señales que sé por mi arte; estaba yo sentado en el lugar en donde, desde antiguo, inspecciono las aves, lugar de reunión de toda clase de pájaros, y he aquí que oigo un hasta entonces nunca oído rumor de aves: frenéticos, crueles gritos ininteligibles. Me di cuenta que unos a otros, garras homicidas, se herían: esto fue lo que deduje de sus estrepitosas alas; al

punto, amedrentarlo, tanteé con una víctima en las encendidas aras, pero Hefesto no elevaba la llama; al contrario, la grasa de los muslos caía gota a gota sobre la ceniza y se consumía, humeante y crujiente; las hieles esparcían por el aire su hedor; los muslos se quemaron, se derritió la grasa que los cubre.

Todo esto, presagios negados, delitos que no ofrecen señales, lo supe por este muchacho: él es mi guía, como yo lo soy de otros. Pues bien, es el caso que la ciudad está enferma de estos males por tu voluntad, porque nuestras aras y nuestros hogares están llenos, todos, de la comida que pájaros y perros han hallado en el desgraciado hijo de Edipo caído en el combate. Y los dioses ya no aceptan las súplicas que acompañan al sacrificio, y los muslos no llamean. Ni un pájaro ya deja ir una sola señal al gritar estrepitoso, saciados como están en sangre y grosura humana.

Recapacita, pues, en todo eso, hijo. Cosa común es, sí, equivocarse, entre los hombres, pero, cuando uno yerra, el que no es imprudente ni infeliz, caído en el mal, no se está quieto e intenta levantarse; el orgullo un castigo comporta, la necedad. Cede, pues, al muerto, no te ensañes en quien tuvo ya su fin: ¿qué clase de proeza es rematar a un muerto? Pensando en tu bien te digo que cosa dulce es aprender de quien bien te aconseja en tu provecho.

CREONTE. — Todos, anciano, como arqueros que buscan el blanco, buscáis con vuestras flechas a este hombre. (*Se señala a sí mismo.*) Ni vosotros, los adivinos, dejáis de atacarme con vuestra arte: hace ya tiempo que los de tu familia me vendisteis como una mercancía. Allá con vuestras riquezas: comprad todo el oro blanco de Sardes

y el oro de la India. Pero a él no lo veréis enterrado ni si las águilas de Zeus quieren su pasto hacerle y lo arrebatan hasta el trono de Zeus; ni así os permitiré enterrarlo, que esta profanación no me da miedo; no, que bien sé yo que ningún hombre puede manchar a los dioses. En cuanto a ti, anciano Tiresias, hasta los más hábiles hombres caen, e ignominiosa es su caída cuando en bello ropaje ocultan infames palabras para servir a su avaricia.

TIRESIAS. — Ay, ¿hay algún hombre que sepa, que pueda decir...

CREONTE. — ¿Qué? ¿Con qué máxima, de todas sabida, vendrás ahora?

TIRESIAS. — ...en qué medida la mayor riqueza es tener juicio?

CREONTE. — En la medida justa, me parece, en que el mal mayor es no tenerlo.

TIRESIAS. — Y, sin embargo, tú naciste de esta enfermedad cabal enfermo.

CREONTE. — No quiero responder con injurias al adivino.

TIRESIAS. — Con ellas me respondes cuando dices que lo que vaticino yo no es cierto.

CREONTE. — Sucede que la familia toda de los adivinos es muy amante del dinero.

TIRESIAS. — Y que gusta la de los tiranos de riquezas mal ganadas.

CREONTE. — ¿Te das cuenta de que lo que dices lo dices a tus jefes?

TIRESIAS. — Sí, me doy cuenta, porque si mantienes a salvo la ciudad, a mí lo debes.

CREONTE. — Tú eres un sagaz agorero, pero te gusta la injusticia.

TIRESIAS. — Me obligarás a decir lo que ni el pensamiento debe mover.

CREONTE. — Pues muévelo, con tal de que no hables por amor de

tu interés.

TIRESIAS. — Por la parte que te toca, creo que así será.

CREONTE. — Bien, pero has de saber que mis decisiones no pueden comprarse.

TIRESIAS. — Bien está, pero sepas tú, a tu vez, que no vas a dar muchas vueltas, émulo del sol, sin que, de tus propias entrañas, des un muerto, en compensación por los muertos que tú has enviado allí abajo, desde aquí arriba, y por la vida que indecorosamente has encerrado en una tumba, mientras tienes aquí a un muerto que es de los dioses subterráneos, y al que privas de su derecho, de ofrendas y de piadosos ritos. Nada de esto es de tu incumbencia, ni de la de los celestes dioses; esto es violencia que tú les haces. Por ello, destructoras, vengativas, te acechan ya las divinas, mortíferas Erinias, para cogerte en tus propios crímenes. Y ve reflexionando, a ver si hablo por dinero, que, dentro no de mucho tiempo, se oirán en tu casa gemidos de hombres y de mujeres, y se agitarán de enemistad las ciudades todas los despojos de cuyos caudillos hayan llegado a ellas, impuro hedor, llevadas por perros o por fieras o por alguna alada ave que los hubiera devorado. Porque me has azuzado, he aquí los dardos que te mando, arquero, seguros contra tu corazón; no podrás, no, eludir el ardiente dolor que han de causarte. (*Al muchacho que le sirve de guía.*) Llévame a casa, hijo, que desahogue éste su cólera contra gente más joven y que aprenda a alimentar su lengua con más calma y a pensar mejor de lo que ahora piensa.

(Sale Tiresias con el lazarillo.)

CORIFEO. — Se ha ido, señor, dejándonos terribles vaticinios. Y sabemos, desde que estos cabellos, negros antes, se vuelven ya blancos, que nunca ha predicho a la ciudad nada que no fuera cierto.

CREONTE. — También yo lo sé y tiembla mi espíritu; porque es terrible, sí, ceder, pero también lo es resistir en un furor que acabe chocando con un castigo enviado por los dioses.

CORIFEO. — Conviene que reflexiones con tiento, hijo de Meneceo.

CREONTE. — ¿Qué he de hacer? Habla, que estoy dispuesto a obedecerte.

CORIFEO. — Venga, pues: saca a Antígona de su subterránea morada, y al muerto que yace abandonado levántale una tumba.

CREONTE. — ¿Esto me aconsejas? ¿Debo, pues, ceder, según tú?

CORIFEO. — Sí, y lo antes posible, señor. A los que perseveran en errados pensamientos les cortan el camino los daños que, veloces, mandan los dioses.

CREONTE. — Ay de mí, a duras penas pero cambio de idea sobre lo que he de hacer; no hay forma de luchar contra lo que es forzoso.

CORIFEO. — Ve pues, y hazlo; no confíes en otros.

CREONTE. — Me voy, sí, así mismo, de inmediato. Va, venga, siervos, los que estáis aquí y los que no estáis, rápido, proveeros de palas y subid a aquel lugar que se ve allí arriba. En cuanto a mí, pues así he cambiado de opinión, lo que yo mismo até, quiero yo al presente desatar, porque me temo que lo mejor no sea pasar toda la vida en la observancia de las leyes instituidas.

CORO.

Dios de múltiples advocaciones, orgullo de tu esposa cadmea, hijo de Zeus de profundo tronar, tú, que circundas de viñedos Italia y reinas en la falda, común a todos, de Deo en Eleusis, oh, tú, Baco, que habitas la ciudad madre de las bacantes, Tebas, junto a las húmedas corrientes del Ismeno y sobre la siembra del feroz dragón. A ti te ha visto el humo, radiante como el relámpago, sobre la bicúspide peña, allí donde van y vienen las ninfas coricias, tus bacantes, y te ha visto la fuente de Castalia. Te envían las lomas frondosas de hiedra y las cumbres abundantemente orilladas de viñedos de los monjes de Nisa, cuando visitas las calles de Tebas, la ciudad que, entre todas, tú honras como suprema, tú y Semele, tu madre herida por el rayo. Y ahora, que la ciudad entera está poseída por violento mal, acude, atraviesa con tu pie, que purifica cuanto toca, o la pendiente del Parnaso o el Euripo, ruidoso estrecho. Oh, tú, que diriges la danza de los astros que exhalan fuego, que presides nocturnos clamores, hijo, estirpe de Zeus, muéstrate ahora, señor, con las tíadas que son tu comitiva, ellas que en torno a ti, enloquecidas danzan toda la noche, llamándote Yacco, el dispensador.

MENSAJERO. — Vecinos del palacio que fundaron Cadmo y Anfión, yo no podría decir de un hombre, durante su vida, que es digno de alabanza o de reproche; no, no es posible, porque el azar

levanta y el azar abate al afortunado y al desafortunado, sin pausa. Nadie puede hacer de adivino porque nada hay fijo para los mortales. Por ejemplo Creonte, me parece, era digno de envidia: había salvado de sus enemigos a esta tierra de Cadmo, se había hecho con todo el poder, sacaba adelante la ciudad y florecía en la noble siembra de sus hijos. Pero, de todo esto, ahora nada queda; porque, si un hombre ha de renunciar a lo que era su alegría, a éste no lo tengo por vivo: como un muerto en vida, al contrario, me parece. Sí, que acreciente su heredad, si le place, y a lo grande, y que viva con la dignidad de un tirano; pero, si esto ha de ser sin alegría, todo junto yo no lo compraba ni al precio de la sombra del humo, si ha de ser sin comentario.

(Se abre la puerta del palacio e, inadvertida por los de la escena, aparece Eurídice, esposa de Creonte, con unas doncellas.)

CORIFEO. — ¿Cuál es este infortunio de los reyes que vienes a traernos?

MENSAJERO. — Murieron. Y los responsables de estas muertes son los vivos.

CORIFEO. — ¿Quién mató y quién es el muerto? Habla.

MENSAJERO. — Hemón ha perecido, y él de su propia mano ha vertido su sangre.

CORIFEO. — ¿Por mano de su padre o por la suya propia?

MENSAJERO. — Él mismo y por su misma mano: irritada protesta contra el asesinato perpetrado por su padre.

(Desaparecen tras la puerta Eurídice y las doncellas.)

CORIFEO. — ¡Oh, adivino, cuán de cabal adivino fueron tus palabras!

MENSAJERO. — Pues esto es así, y podéis ir pensando en lo otro.

(Tras un breve silencio, reaparece Eurídice que baja hasta la mitad de la escalinata y luego se acerca hasta ellos para oír el discurso del mensajero.)

CORIFEO. — Ahora veo a la infeliz Eurídice, la esposa de Creonte, que sale del palacio, quizá para mostrar su duelo por su hijo o acaso por azar.

EURÍDICE. — Algo ha llegado a mí de lo que hablabais, ciudadanos aquí reunidos, cuando estaba para salir con ánimo de llevarle mis votos a la diosa Palas; estaba justo tanteando la cerradura de la puerta, para abrirla, y me ha venido al oído el rumor de un mal para mi casa; he caído de espaldas en brazos de mis esclavas y he quedado inconsciente; sea la noticia la que sea, repetídmela: no estoy poco avezada al infortunio y sabré oírla.

MENSAJERO. — Yo estuve allí presente, respetada señora, y te diré la verdad sin omitir palabra; total, ¿para qué ablandar una noticia, si luego he de quedar como embustero? La verdad es siempre el camino más recto. Yo he acompañado como guía a tu marido hacia lo alto del llano, donde yacía aún sin piedad, destrozo causado por los perros, el cadáver de Polinices. Hemos hecho una súplica a la diosa de los caminos y a Plutón, para que nos fueran benévolos y detuvieran sus iras; le hemos dado un baño purificador,

hemos cogido ramas de olivo y quemado lo que de él quedaba; hemos amontonado tierra patria hasta hacerle un túmulo bien alto. Luego nos encaminamos a donde tiene la muchacha su tálamo nupcial, lecho de piedra y cueva de Hades. Alguien ha oído ya, desde lejos, voces, agudos lamentos, en torno a la tumba a la que faltaron fúnebres honras, y se acerca a nuestro amo Creonte para hacérselo notar; éste, conforme se va acercando, más le llega confuso rumor de quejumbrosa voz; gime y, entre sollozos, dice estas palabras: “Ay de mí, desgraciado, ¿soy acaso adivino? ¿Por ventura recorro el más aciago camino de cuantos recorrí en mi vida? Es de mi hijo esta voz que me acoge. Venga, servidores, veloces, corred, plantaos en la tumba, retirad una piedra, meteos en el túmulo por la abertura, hasta la boca misma de la cueva y atención: fijaos bien si la voz que escucho es la de Hemón o si se trata de un engaño que los dioses me envían.” Nosotros, en cumplimiento de lo que nuestro desalentado jefe nos mandaba, miramos, y al fondo de la caverna, la vimos a ella colgada por el cuello, ahogada por el lazo de hilo hecho de su fino velo, y a él caído a su vera, abrazándola por la cintura, llorando la pérdida de su novia, ya muerta, el crimen de su padre y su amor desgraciado. Cuando Creonte lo ve, lamentables son sus quejas; se acerca a él y lo llama con quejidos de dolor: “Infeliz, ¿qué has hecho? ¿Qué pretendes? ¿Qué desgracia te ha privado de razón? Sal, hijo, sal; te lo ruego, suplicante.” Pero su hijo lo miró de arriba a abajo con ojos terribles, le escupió en el rostro, sin responderle, y desenvainó su espada de doble filo. Su padre, de un salto, esquivo el golpe;

él falla, vuelve su ira entonces contra sí mismo, el desgraciado; como va, se inclina, rígido, sobre la espada y hasta la mitad la clava en sus costillas; aún en sus cabales, sin fuerza ya en su brazo, se abraza a la muchacha; exhala súbito golpe de sangre y ensangrentada deja la blanca mejilla de la joven; allí queda, cadáver al lado de un cadáver; que al final, mísero, logró su boda, pero ya en el Hades: ejemplo para los mortales de hasta qué punto el peor mal del hombre es la irreflexión.

(Sin decir palabra, sube Eurídice las escaleras y entra en el palacio.)

CORIFEO. — ¿Por qué tenías que contarlo todo tan exacto? La reina se ha marchado sin decir palabra, ni para bien ni para mal.

MENSAJERO. — También yo me he extrañado, pero me alimento en la esperanza de que, habiendo oído la triste suerte de su hijo, no haya creído digno llorar ante el pueblo: allí dentro, en su casa, mandará a las esclavas que organicen el duelo en la intimidad. No le falta juicio, no, y no hará nada mal hecho.

CORIFEO. — No sé: a mí el silencio así, en demasía, me parece un exceso gravoso, tanto como el griterío en balde.

MENSAJERO. — Sí, vamos, y, en entrando, sabremos si esconde en su animoso corazón algún resuelto designio; porque tú llevas razón: en tan silencioso reaccionar hay algo grave.

(Entra en el palacio. Poco después aparece Creonte con su séquito, demudado el semblante, y llevando en brazos el cadáver de su hijo.)

CORIFEO. — Mirad, he aquí el rey que llega con un insigne monumento en sus brazos, no debido a ceguera de otros, sino a su propia falta.

CREONTE. — ¡Ó, vosotros que véis, en un mismo linaje, asesinos y víctimas: mi obstinada razón que no razona, ¡oh, errores fatales! ¡Ay, mis órdenes, que desventura! ¡Ó, hijo mío, en tu juventud, ¡prematureo destino, ay, ay, ay, ay!, has muerto, te has marchado, por mis desatinos, que no por los tuyos.

CORIFEO. — ¡Ay, que muy tarde me parece que has visto lo justo!

CREONTE. — ¡Ay, mísero de mí! ¡Sí, ya he aprendido! Sobre mi cabeza, pesada carga, un dios ahora mismo se ha dejado caer, ahora mismo, y por caminos de violencia me ha lanzado, batiendo, aplastando con sus pies lo que era mi alegría, ¡Ay, ay! ¡ló, esfuerzos, desgraciados esfuerzos de los hombres!

MENSAJERO. — (*Sale ahora del palacio.*) Señor, la que sostienes en tus brazos es pena que ya tienes, pero otra tendrás cuando entres en tu casa; me parece que al punto la verás.

CREONTE. — ¿Cómo? ¿Puede haber todavía un mal peor que éstos?

MENSAJERO. — Tu mujer, cabal madre de este muerto. (*Señalando a Hemón.*) Se ha matado; recientes aún las heridas que se ha hecho, desgraciada.

CREONTE. — ¡Ó, ió, puerto infernal que purificación alguna logró aplacar, ¿por qué me quieres, por qué quieres matarme? (*Al mensajero.*) Tú, que me has traído tan malas, penosas noticias, ¿cómo es esto que cuentas? ¡Ay, ay, muerto ya estaba y me rematas! ¿Qué dices, muchacho, que dices de una nueva víctima? Víctima —ay,

ay, ay, ay— que se suma a este azote de muertes: ¿mi mujer yace muerta?

(Unos esclavos sacan del palacio el cadáver de Eurídice.)

CORIFEO. — Tú mismo puedes verla: ya no es ningún secreto.

CREONTE. — Ay de mí, infortunado, que veo cómo un nuevo mal viene a sumarse a este: ¿qué, pues? ¿Qué destino me aguarda? Tengo en mis brazos a mi hijo que acaba de morir, mísero de mí, y ante mí veo a otro muerto. ¡Ay, ay, lamentable suerte, ay, del hijo y de la madre!

MENSAJERO. — Ella, de afilado filo herida, sentada al pie del altar doméstico, ha dejado que se desate la oscuridad en sus ojos tras llorar la suerte ilustre del que antes murió, Menecio, y la de Hemón, y tras implorar toda suerte de infortunios para el asesino de sus hijos.

CREONTE. — ¡Ay, ay! ¡Ay, ay, que me siento transportado por el pavor! ¿No viene nadie a herirme con una espada de doble filo, de frente? ¡Mísero de mí, ay, ay, a qué mísera desventura estoy unido!

MENSAJERO. — Según esta muerte que aquí está, el culpable de una y otra muerte eras tú.

CREONTE. — Y, ella ¿de qué modo se abandonó a la muerte?

MENSAJERO. — Ella misma, con su propia mano, se golpeó en el pecho así que se enteró del tan lamentable infortunio de su hijo.

CREONTE. — ¡Ay! ¡Ay de mí! De todo, la culpa es mía y nunca podrá corresponder a ningún otro hombre. Sí, yo, yo la mate, yo,

infortunada. Y digo la verdad. ¡Ió! Llevadme, servidores, lo más rápido posible, moved los pies, sacadme de aquí, a mí, que ya no soy más que quien es nada.

CORIFEO. — Esto que pides te será provechoso, si puede haber algo provechoso entre estos males. Las desgracias que uno tiene que afrontar, cuanto más brevemente mejor.

CREONTE. — ¡Que venga, que venga, que aparezca, de entre mis días, el último, el que me lleve a mi postrer destino! ¡Que venga, que venga! Así podré no ver ya un nuevo día.

CORIFEO. — Esto llegará a su tiempo, pero ahora, con actos conviene afrontar lo presente; del futuro ya se cuidan los que han de cuidarse de él.

CREONTE. — Todo lo que deseo está contenido en mi plegaria.

CORIFEO. — Ahora no hagas plegarias. No hay hombre que pueda eludir lo que el destino le ha fijado.

CREONTE. — (*A sus servidores.*) Va, moved los pies, llevaos de aquí a este fatuo (*por él mismo*).

(*Imprecando a los dos cadáveres.*) Hijo mío, yo sin quererlo te he matado y a ti también, esposa, mísero de mí... Ya no sé ni a cuál de los dos inclinarme a mirar. Todo aquello en que pongo mano sale mal y sobre mi cabeza se ha abatido un destino que no hay quien lleve a buen puerto.

(*Sacan los esclavos a Creonte, abatido, en brazos. Queda en la escena sólo con el coro; mientras desfila, recita el final el Corifeo.*)

CORIFEO. — Con mucho, la prudencia es la base de la felicidad. Y, en lo debido a los dioses, no hay que cometer ni un desliz. No. Las palabras hinchadas por el orgullo comportan, para los orgullosos, los mayores golpes; ellas, con la vejez, enseñan a tener prudencia.

William Shakespeare

SUEÑO DE UNA NOCHE DE VERANO





PERSONAJES

TESEO, duque de Atenas.

EGEO, padre de Hermia.

LISANDRO Y DEMETRIO, enamorados de Hermia.

FILOSTRATO, director de fiestas de Teseo.

CARTABÓN, carpintero.

BERBIQUÍ, ebanista.

LANZADERA, tejedor.

FLAUTA, remienda-fuelles.

HOCICO, calderero.

HAMBRÓN, sastre.

HIPÓLITA, reina de las Amazonas, prometida de Teseo.

HERMIA, hija de Egeo, enamorada de Lisandro.

ELENA, enamorada de Demetrio.

OBERÓN, rey de las hadas.

TITANIA, reina de las hadas.

PUCK, O ROBIN EL BUEN CHICO, duende.

CHICHARILLO, TELARAÑA, POLILLA Y MOZTAZA, hadas.

PÍRAMO, TISBE, MURO, CLARO DE LUNA Y LEÓN, personajes del entremés.

Otras hadas al servicio de sus reyes. Séquitos de TESEO E HIPÓLITA.



ACTO PRIMERO.

ESCENA PRIMERA.

Atenas. El palacio de Teseo.

(Entran Teseo, Hipólita, Filostrato y acompañamiento.)

TESEO. — Gentil Hipólita, la hora de nuestras nupcias se acerca ya. Cuatro felices días traerán la luna nueva. Pero ¡oh, cuán lenta me parece en menguar la vieja! Aniquila mis esperanzas como una suegra o una viuda que no acaba de morir y consume las rentas del joven heredero.

HIPÓLITA. — Cuatro días cederán pronto a otras noches; cuatro noches verán pronto volar el tiempo como un sueño, y entonces la luna, semejante a un arco de plata recién curvado en el cielo, alumbrará la noche de nuestras solemnidades.

TESEO. — Ve, Filostrato, prepara a la juventud ateniense para las diversiones; despierta el espíritu bullicioso y vivaz de la alegría; relega la tristeza a los funerales; la pálida compañera no conviene a nuestros regocijos. *(Sale Filostrato.)* Hipólita, gané tu corazón con mi espada y merecí tu amor ofendiéndote, pero me desposaré contigo de bien distinto modo en medio de la pompa, el triunfo y los festines.

(Entran Egeo, Hermia, Lisandro y Demetrio.)

EGEO. — ¡Felicidades a Teseo, nuestro excelso duque!

TESEO. — ¡Gracias, buen Egeo! ¿Qué te trae por aquí?

EGEO. — Vengo, lleno de pesadumbre, a presentaros queja contra mi hija Hermia... Acercaos, Demetrio... Este hombre tiene mi

consentimiento para casarse con ella... Acercaos, Lisandro..., pero éste, bondadoso duque, ha hechizado el corazón de mi niña... Tú, tú, Lisandro; tú has compuesto versos para ella y cambiado presentes amorosos; a la luz de la luna has cantado al pie de su ventana con voz engañadora trovas de un amor fingido; y has fascinado las impresiones de su imaginación con brazaletes de tus cabellos, anillos, adornos, fruslerías, caprichos, ramilletes, bagatelas y confites, mensajeros que a menudo prevalecen sobre la inexperta juventud; con astucia has extraviado el corazón de mi hija, convirtiendo la obediencia que me debe en tenaz obstinación. Por tanto, benévolo duque, si aquí, en presencia de Vuestra Gracia, mi hija no consiente en casarse con Demetrio, reclamo el antiguo privilegio de Atenas; como mía que es, puedo disponer de ella, la cual deberá elegir entre la mano de este caballero o la muerte inmediata, conforme a nuestras leyes establecidas para este caso.

TESEO. — ¿Qué decís, Hermia? Reflexionad, hermosa doncella. Para vos, vuestro padre debe ser como un dios; el solo autor de vuestras gracias, sí, y el solo para quien sólo sois como una forma de cera por él modelada y sobre la cual tiene el poder de conservar o borrar la figura. Demetrio es un caballero digno.

HERMIA. — También lo es Lisandro.

TESEO. — Personalmente, sí, pero faltándole en este particular la venia de vuestro padre, el otro debe ser el preferido.

HERMIA. — ¡Quisiera que mi padre no mirara sino con mis ojos!

TESEO. — Más bien vuestros ojos debieran mirar con su discernimiento.

HERMIA. — Suplico a Vuestra Gracia me perdone. No sé qué secreto me hace atrevida ni en qué grado convenga a mi pudor el abogar por mis pensamientos en presencia de tan augusta persona, pero ruego a Vuestra Gracia se digne comunicarme lo peor que en este caso pueda sobrevenirme si rehúso casarme con Demetrio.

TESEO. — O perder la vida o renunciar para siempre a la sociedad de los hombres. Por tanto, hermosa Hermia, consultad con vuestro corazón, considerad vuestra juventud, examinad vuestras inclinaciones con objeto de saber si, no accediendo a la elección de vuestro padre, podréis soportar el hábito de religiosa y quedar desde luego encerrada en las sombras del claustro a vivir vuestra vida de hermana estéril, entonando desmayados himnos a la yerta y árida luna. Tres veces benditas aquellas que pueden dominar sus pasiones y sobrellevar tan casta peregrinación, pero más dichosa es en la tierra la rosa cuya esencia destilamos que la que, marchitándose en su tallo virgen, crece, vive y muere en bendición solitaria.

HERMIA. — Así quiero crecer, así vivir y así morir, señor, antes que sacrificar mi virginidad a un hombre cuyo yugo rechaza mi alma y de quien no puedo aceptar la soberanía.

TESEO. — Pensadlo detenidamente; y por la próxima luna nueva —día en que ha de sellarse entre mi prometida y yo el vínculo de eterna compañía— preparaos a morir por desobediencia a la voluntad de vuestro padre, o por el contrario, a casaros con Demetrio, como él desea, o jurar para siempre ante el altar de Diana austeridad y solitaria vida.

DEMETRIO. — Ceded, dulce Hermia, y renuncia, Lisandro, a tu loca pretensión ante la evidencia de mi derecho.

LISANDRO. — Tenéis el amor de su padre, Demetrio; casaos con él y dejadme a Hermia.

E GEO. — ¡Insolente Lisandro! Ciertamente que tiene mi amor, y por mi amor le doy lo que es mío. Y pues ella es mía, transmito a Demetrio todos mis derechos sobre ella.

LISANDRO. — Señor: soy tan bien nacido como él y mi posición es igual a la suya. En amor lo aventajo; mi fortuna es en todos sentidos tan alta, cuando no superior, a la de Demetrio. Y lo que vale más que todas estas ostentaciones: soy el preferido de la hermosa Hermia. ¿Por qué, entonces, no he de sostener mis derechos? Demetrio —lo declaro ante su rostro— ha cortejado a Elena, la hija de Nedar, y ha conquistado su corazón; y ella, inocente señora, ama, ama entrañablemente, ama con idolatría a este hombre inconstante y desleal.

TESEO. — Debo confesar que ha llegado a mis oídos, y pensaba hablar de ello a Demetrio, pero preocupado con mis asuntos, se me olvidó. Acercaos, pues, Demetrio, y vos también, Egeo; acompañadme: tengo que comunicaros algunas instrucciones particulares. En cuanto a vos, hermosa Hermia, mirad de acomodar vuestro ánimo a la voluntad de vuestro padre, o de lo contrario, a sufrir la ley de Atenas, que en modo alguno podemos atenuar, la cual os condena a muerte o al voto de vida célibe. Vamos, querida Hipólita; ¿cómo os sentís, amada mía? Demetrio, y vos, Egeo, seguidme; tengo que confiaros una misión en lo relativo

a nuestras bodas y conferenciar con vosotros acerca de algo más inmediato, que os interesa personalmente.

EGEO. — Os seguimos, obedientes y gustosos.

(Salen Teseo, Hipólita, Egeo, Demetrio y acompañamiento.)

LISANDRO. — ¿Qué te pasa, amor mío? ¿Por qué palidecen tanto tus mejillas? ¿Cómo sus rosas se decoloran tan pronto?

HERMIA. — Presumo que por falta de lluvia, que podría regarlas sobradamente con la tormenta de mis ojos.

LISANDRO. — ¡Ay de mí! Porque jamás he podido leer en conseja o en historia que se haya deslizado exenta de borrasca la corriente del amor verdadero, sino que unas veces lo motivó la diferencia de linaje...

HERMIA. — ¡Oh, suplicio! ¡Encadenar lo encumbrado a lo humilde!

LISANDRO. — Otras la desproporción en la edad...

HERMIA. — ¡Oh, desdicha! ¡Enlazarse la vejez con la juventud!

LISANDRO. — Otras la elección de los amigos...

HERMIA. — ¡Oh, infierno! ¡Escoger amor con ojos extraños!

LISANDRO. — O si en la elección cabía simpatía, la guerra, la muerte, la enfermedad salen al paso, haciéndola momentáneamente como un eco, fugaz como una sombra, breve como un corto sueño, rápida como un relámpago en noche oscura que bruscamente ilumina cielo y tierra, y antes que el hombre tenga tiempo de decir “¡Mira!”, las tinieblas lo absorben con sus fauces. ¡Tan pronto en las cosas resplandecientes sobreviene la disipación!

HERMIA. — Pues si los verdaderos enamorados han padecido siempre contrariedades, será por decreto del Destino. Aprendamos, pues, a sobrellevar ese inconveniente con paciencia, toda vez que es una cruz habitual, tan propia del amor como los ensimismamientos, las ilusiones, los suspiros, los deseos y las lágrimas, triste séquito de la fantasía.

LISANDRO. — Prudente consejo. Por tanto, escúchame, Hermia: tengo una tía viuda, anciana muy opulenta y sin hijos. Su casa dista siete leguas de Atenas, y ella me considera como si fuese su hijo único. Allí, gentil Hermia, puedo casarme contigo, y en ese lugar no podrá perseguirnos la dura ley de Atenas. Si, en efecto, me amas, abandona mañana por la noche la casa de tu padre, y yo te aguardaré en el bosque, a una legua de la ciudad, en el punto mismo donde te hallé una vez con Elena cuando ibais a celebrar los ritos de la aurora de mayo.

HERMIA. — ¡Mi amado Lisandro! Te juro, por el arco más fuerte de Cupido, por su mejor flecha de punta dorada, por el candor de las palomas de Venus, por cuanto une las almas y ampara los amores y por aquel fuego que abrasaba a la reina de Cartago cuando vio al perjurio troyano huyendo a velas desplegadas; por todos los juramentos violados por los hombres, que alcanzan mayor guarismo que todas las promesas de mujeres, mañana sin falta me uniré contigo.

LISANDRO. — ¡Cumple tu promesa, amada mía! Mira, aquí viene Elena.

(Entra Elena.)

HERMIA. — ¡Dios guarde a la hermosa Elena! ¿Adónde te encaminas?

ELENA. — ¿Hermosa me llamas? No vuelvas a decir eso de hermosa.

¡Demetrio es quien ama la hermosura! ¡Oh, feliz hermosura!
¡Vuestros ojos son estrellas polares, y el trino de vuestras voces
ofrece más dulzura que el canto de la alondra al oído del pastor
cuando se hallan los trigos tan en cierne y asoman los capullos
del espino! Las enfermedades son contagiosas. ¡Oh! Si lo fue-
ran las gracias, se me pegarían las tuyas, hermosa Hermia, antes
de dejarte. Mi oído adquiriría tu voz; mis ojos tus miradas; mi
acento la suave melodía del tuyo. Fuera mío el mundo y, Deme-
trio exceptuado, daría todo lo demás por cambiarme contigo.
¡Oh, enséñame cómo hechizas y con qué arte diriges los impul-
sos del corazón de Demetrio!

HERMIA. — Lo miro ceñuda y aun así me ama.

ELENA. — ¡Oh, que pudieran aprender mis sonrisas la magia de tu
ceño!

HERMIA. — Le echo maldiciones y, no obstante, me adora.

ELENA. — ¡Oh, que pudieran mis súplicas obtener semejante cariño!

HERMIA. — Cuanto más lo odio más me persigue.

ELENA. — Cuanto más lo amo más me aborrece.

HERMIA. — Su pasión insensata no es culpa mía, Elena.

ELENA. — No, pero lo es de tu hermosura. ¡Ojalá fuera mía esa culpa!

HERMIA. — Consuélate: no volverá a ver mi rostro. Lisandro y yo
vamos a abandonar estos lugares. Antes de conocer a Lisandro

me parecía Atenas un paraíso. ¡Oh, cuánta felicidad residirá en mi amor, que ha convertido un cielo en un infierno!

LISANDRO. — Elena, os revelamos nuestros propósitos. Mañana a la noche, cuando Febo contemple su rostro argentino en el cristal de las ondas, engalanando con líquidas perlas las hojas del césped, hora siempre propicia a la fuga de los amantes, hemos resuelto transponer furtivamente las puertas de Atenas.

HERMIA. — Y allá en el bosque, donde tú y yo, reclinadas sobre humildes lechos de rosas, exhalábamos las dulces cuitas de nuestros corazones, nos reuniremos mi Lisandro y yo; y apartando de allí la vista de Atenas, buscaremos nuevos amigos y compañías extrañas. ¡Adiós, dulce compañera de mi niñez! ¡Ruega por nosotros, y que te depare la buena suerte a tu Demetrio! ¡Cumple tu promesa, Lisandro! Hasta mañana a la medianoche hemos de privar a nuestros ojos del alimento de los amantes.

(Sale Hermia.)

LISANDRO. — Así ha de ser, Hermia adorada. ¡Adiós, Elena! Que os ame Demetrio en la medida que vos a él. *(Sale.)*

ELENA. — ¡Cuánto más felices logran ser unos que otros! En toda Atenas se me tiene por su igual en hermosura, pero ¿de qué me sirve? Demetrio no lo cree así. Se niega a reconocer lo que todos, menos él, reconocen. Y así como él se engaña, fascinado por los ojos de Hermia, así yo me ciego, enamorada de sus cualidades. El amor puede transformar las cosas bajas y viles en dignas y

excelsas. El amor no ve con los ojos, sino con el alma, y por eso pintan ciego al alado Cupido. Ni en la mente de Amor se ha registrado señal alguna de discernimiento. Alas sin ojos son emblema de imprudente premura, y a causa de ello se dice que el amor es un niño, porque en la elección yerra frecuentemente. Así como se ve a los niños traviesos infringir en los juegos sus juramentos, así el rapaz Amor es perjuro en todas partes. Porque antes de ver Demetrio los ojos de Hermia me granizó de juramentos, asegurándome que era sólo mío; y cuando esta granizada sintió el calor de su presencia, se disolvió, derritiéndose el chaparrón de votos. Voy a revelarle la fuga de la hermosa Hermia; no dejará de perseguirla mañana por la noche en el bosque; y por este aviso, con sólo que me dé las gracias habré recibido un alto precio. Pero bastará a mitigar mi pena el poder allá mirarle y retornar. *(Sale.)*

ESCENA SEGUNDA.

El mismo lugar. Aposento en casa de Cartabón.

(Entran Cartabón, Berbiquí, Lanzadera, Flauta, Hocico y Hambrón.)

CARTABÓN. — ¿Está aquí toda la compañía?

LANZADERA. — Sería mejor ir nombrando uno a uno con arreglo a la lista.

CARTABÓN. — He aquí la nota con el nombre de todos los que en

Atenas se consideran aptos para trabajar en el entremés que ha de representarse ante el duque y la duquesa en la noche de sus bodas.

LANZADERA. — Primeramente, querido Pedro Cartabón, di de qué trata la obra; luego lee el nombre de los actores, y así nos entenderemos.

CARTABÓN. — Pues bien: representamos “La muy dolorosa comedia y crudelísima muerte de Píramo y Tisbe”.

LANZADERA. — Excelente pieza, ya lo creo, y muy divertida. Ahora, querido Pedro Cartabón, llama a los actores por orden de lista. ¡Señores, alinearse!

CARTABÓN. — Responded conforme os vaya llamando. ¡Colás Lanzadera, el tejedor!

LANZADERA. — Listo. Di qué parte me corresponde, y sigue.

CARTABÓN. — A ti, Colás Lanzadera, te ha tocado hacer de Píramo.

LANZADERA. — ¿Qué es Píramo, un amante o un tirano?

CARTABÓN. — Un amante que se mata muy galantemente por amores.

LANZADERA. — Eso requiere ciertas lágrimas para su verdadera ejecución. Si corre a mi cargo, cuide el auditorio de sus ojos. Provocaré tormentas y me condoleré en la justa medida. Venga el resto. No obstante, mi fuerte es el tirano. Representaría a Hércules de un modo formidable o cualquier papel de rompe y rasga en que hiciera todo trizas.

*Rechinan las rocas duras
y, retumbando inseguras,
romperán las cerraduras
de la lóbrega prisión.*

*Y la carroza solar,
que lejos ha de brillar,
hará a los hados dañar
trayendo la destrucción.*

¡Esto es grandioso! Ahora sigue nombrando el resto de los actores. ¡He aquí el estilo de Hércules, el estilo del tirano! ¡Un amante es más sentimental!

CARTABÓN. — ¡Francisco Flauta, el remienda-fuelles!

FLAUTA. — ¡Presente, Pedro Cartabón!

CARTABÓN. — Tú tienes que cargar con Tisbe.

FLAUTA. — ¿Qué es Tisbe? ¿Caballero andante?

CARTABÓN. — ¡Es la señora a quien debe amar Píramo!

FLAUTA. — No, a fe mía, no me deis papeles de mujer. Me está saliendo la barba.

CARTABÓN. — Eso no importa. Representarás con careta y podrás fingir la voz como gustes.

LANZADERA. — Si es cosa de ocultar el rostro, dejadme hacer también el papel de Tisbe. Musitaré con una vocecita afeminada: “¡Tisbe, Tisbe! ¡Ah, Píramo, amor mío! ¡Tu querida Tisbe! ¡Tu amorosa dama!”

CARTABÓN. — No, no; tú tienes que representar a Píramo, y tú, Flauta, a Tisbe.

LANZADERA. — Bueno, continúa.

CARTABÓN. — ¡Ruperto Hambrón, el sastre!

HAMBRÓN. — ¡Presente, Pedro Cartabón!

CARTABÓN. — Ruperto Hambrón: tú debes representar a la madre

de Tisbe. ¡Tomás Hocico, el calderero!

HOCICO. — ¡Presente, Pedro Cartabón!

CARTABÓN. — Tú al padre de Píramo; yo, al padre de Tisbe. Berbi-
quí, el ebanista: ¡tú llevarás la parte del León! y con esto creo
que estará bien distribuida la comedia.

BERBIQUÍ. — ¿Tienes escrita la parte del León? Te ruego que me la
des, si la tienes, porque aprendo despacio.

CARTABÓN. — Puedes improvisar, pues no tienes que hacer más que
rugir.

LANZADERA. — ¡Déjame que yo también represente al León! Rugiré
de modo que dará gusto oírme. Rugiré de manera que haré de-
cir al duque: “¡Que ruja otra vez! ¡Que ruja otra vez!”

CARTABÓN. — Lo harías con demasiada ferocidad, se espantarían la
duquesa y las damas hasta el punto de dar gritos, y eso sería lo
bastante para que nos ahorcaran a todos.

TODOS. — ¡No quedaría hijo de madre sin ahorcar!

LANZADERA. — Os concedo, amigos, que si asustásemos a las damas
hasta ponerlas fuera de sí, no hallarían cosa más discreta que
ahorcarnos, pero yo apagaré mi voz de manera que os ruja como
tierna palomilla. Os rugiré como si fuese un ruiseñor.

CARTABÓN. — No puedes representar más papel que el de Píramo;
Píramo es un hombre simpático, un hombre tan apuesto como el
que más en día de verano, un hombre en extremo amable y caba-
lleroso. Por consiguiente, es necesario que tú representes a Píramo.

LANZADERA. — Bueno, pues me encargaré de él. ¿Qué barba será
mejor para representarlo?

CARTABÓN. — ¡Bah! La que quieras.

LANZADERA. — Llenaré mi cometido con tu barba color de paja, con la de color de naranja, con la de color de púrpura intenso o con la de color de la corona de Francia: enteramente amarilla.

CARTABÓN. — Algunas coronas francesas no tienen pelo alguno, y tendrías que representar calvo. Pero señores, he aquí vuestros papeles; os suplico, encarezco y recomiendo que los tengáis aprendidos para mañana por la noche y vayáis a buscarme, a la luz de la luna, al bosque del palacio, a una milla del pueblo. Allí ensayaremos, pues si nos reuniéramos en la ciudad, nos acosaría la gente y conocerían nuestro argumento. Mientras, haré una lista de los adminículos necesarios para la representación. ¡No me faltéis, os ruego!

LANZADERA. — Allí nos reuniremos y podremos ensayar con más holgura y atrevimiento. Tómate esas molestias; hazlo bien; adiós.

CARTABÓN. — La cita es en la encina del duque.

LANZADERA. — Basta: herrar o quitar el banco. (*Salen.*)





ACTO SEGUNDO

ESCENA PRIMERA.

Un bosque cerca de Atenas.

(Entran por distintos lados un Hada y Puck.)

PUCK. — ¡Hola, espíritu! ¿Hacia dónde vagas?

HADA. — Sobre el llano y la colina, entre arbustos y rosales silvestres, sobre el parque y el cercado, por entre el agua y el fuego; por todas partes vago más rápida que la esfera de la luna, y sirvo a la reina de las hadas para rociar sus círculos verdes. Las altas velloritas son sus predilectas. Veréis manchas en sus mantos de oro: son los rubíes, ofrendas de hadas; en sus motas rojizas residen sus perfumes. Allí debo buscar algunas gotas de rocío y prender una perla en la oreja de cada primula. ¡Adiós, tú, el más grave de los espíritus! Me voy. Nuestra reina y todo su séquito vendrán en seguida.

PUCK. — El rey celebra aquí sus fiestas esta noche. Cuida de que la reina no se presente ante su vista, pues Oberón está muy enfurecido contra ella porque lleva de paje a un hermoso doncel, robado a un monarca de la India. Jamás había tenido ella un cautivo tan encantador; y el celoso Oberón habría querido hacer al muchacho caballero de su séquito, para recorrer los bosques inaccesibles, pero ella retiene por la fuerza al amado mozalbete, lo corona de flores y cifra toda su alegría en él. Y por eso ahora nunca se encuentran en gruta, pradera, clara fuente o a la brillante luz de las estrellas sin que se querellen de modo que todos sus duendes, llenos de miedo, se deslizan dentro de la corteza de las bellotas y se esconden allí.

HADA. — O me engaña en absoluto tu exterior, o tú eres ese duende maligno y despabilado que llaman Robin el Buen Chico. ¿No eres aquél que asusta a las mozas aldeanas, espuma la leche y, haciendo inútiles todos los esfuerzos del ama de casa, impide que la manteca cuaje y otras veces que fermente la cerveza? ¿No extravías a los que viajan de noche y te ríes de su mal? A los que te llaman Aparición y Dulce Puck les adelantas el trabajo y les das buena ventura. ¿No eres tú ése?

PUCK. — Hablaste, Hada, con acierto. Soy ese alegre rondador nocturno. Yo divierto a Oberón y lo hago sonreír cuando atraigo algún caballo gordo y bien nutrido de habas imitando el relincho de una yegua joven. Y a veces me acurruco en el tazón de una comadre, en forma de cangrejo cocido, y cuando va a beber choco contra sus labios y hago derramar la cerveza sobre su marchito seno. La prudente tía, refiriendo un cuento triste, suele equivocarme con su banqueta de tres pies; entonces resbalo por entre su nalgatorio, ella da de bruces y grita: “¡Sastre!”, y cae en un acceso de tos. Y al punto la concurrencia, apretándose los costados, ríe y estornuda y jura que nunca ha pasado allí hora más alegre. Pero ¡aléjate, Hada, que aquí viene Oberón!

HADA. — Y también mi señora. ¡Ojalá él se marchara!

(Entran por un lado Oberón, con su séquito, y por el otro Titania, con el suyo.)

OBERÓN. — Mal encuentro, por la luz de la luna, orgullosa Titania.

TITANIA. — ¡Cómo! ¡El celoso Oberón! Hadas: saltemos de aquí; he renegado de su lecho y compañía.

OBERÓN. — ¡Poco a poco, jactanciosa coqueta! ¿No soy tu señor?

TITANIA. — Entonces, debo ser tu señora. Pero sé cuántas veces has abandonado el país de las hadas y, bajo la figura de Corino, has permanecido todo el día tocando la zampoña y entonando amantes versos a la amorosa Filis. ¿Por qué vienes aquí desde las más remotas estepas de la India? Sólo porque, de seguro, la intrépida Amazona, tu dueña en calzas, tu guerrera amante, está próxima a unirse con Teseo y vienes a colmar su tálamo de goce y de felicidad.

OBERÓN. — ¿Cómo puedes tener la insolencia, Titania, de echarme así en cara mi valimiento con Hipólita, conociendo como conozco tu amor por Teseo? ¿No fuiste tú quien, a la luz indecisa de la noche, lo arrancó de entre los brazos de Perigona, a la que había raptado, y quien le hizo romper sus votos con la hermosa Egle, con Ariadna y Antíope?

TITANIA. — ¡Ésas son invenciones de los celos! Que nunca, desde los albores del solsticio, de verano, nos vemos en montaña o valle, en bosque o en pradera, junto a la abrupta fuente, en la juncosa margen del arroyo o al borde de la costa marina para danzar nuestros corros al silbido del viento, sin que vengas a turbar nuestros juegos con tus alborotos. Por eso los aires, llamándonos en vano con su música, han absorbido, como en venganza, las nieblas contagiosas del mar, las cuales, cayendo sobre los campos, han llenado de tanta soberbia a los más humildes

ríos, que han rebasado sus riberas. El buey ha jadeado por ello inútilmente bajo su yugo; el labriego, perdido su sudor, y el verde grano se ha podrido antes de lograr su tierna barba. El redil permanece vacío en el campo anegado y los cuervos se ceban en los rebaños muertos. La moresca de los nueve se halla cubierta de fango, y por falta de pisadas es imposible distinguir en la bulliciosa pradera el singular laberinto. Los mortales precisan aquí su invierno. Ya no se santifican las noches con cánticos ni villancicos. Por eso la luna, soberana de las ondas, pálida en su furor, humedece de tal modo los aires, que abundan las enfermedades reumáticas y, a favor de tan mala temperatura, vemos alteradas las estaciones. La cana escarcha cae en el fresco regazo de la encarnada rosa, y sobre la corona de hielo el yerto y vetusto invierno se pone como por burla una guirnalda de olorosos capullos. La primavera, el verano, el fértil otoño, el enojado invierno, cambian sus acostumbradas libreas; y el mundo, asombrado por esta progresión, no distingue tal de cual. Y esta misma progenie de males proviene de nuestras querellas y disensiones. Nosotros somos sus padres y engendrades.

OBERÓN. — Pues ponles tú remedio; de ti depende. ¿Por qué ha de empeñarse Titania en contrariar a su Oberón? Sólo pido un cautivo mozalbete para hacerle mi paje.

TITANIA. — Deja tu pecho en reposo. El país de las hadas sería insuficiente para comprarme ese niño. Su madre era una sacerdotisa de mi orden y, durante la noche, en el aire aromático de la India, hemos comadreado juntas muchas veces; y sentada a mi la-

do, en las amarillas arenas de Neptuno, se complacía en señalar sobre las ondas los traficantes veleros. Mientras nos reíamos al ver hincharse las velas y engrosar como si hubieran concebido al soplo del lascivo viento, ella —cuyo vientre atesoraba en ese momento a mi joven escudero— procuraba imitarlas con donaire y gentil ondulación. Y flotando sobre la tierra me traía bagatelas, y tornaba otra vez como de vuelta de un viaje, con rico cargamento. Pero mortal al fin, al dar a luz al niño, sucumbió; y yo, en memoria suya, educo al muchacho y, en memoria de ella, no me separaré de él.

OBERÓN. — ¿Cuánto tiempo piensas permanecer en este bosque?

TITANIA. — Quizá hasta después de las bodas de Teseo. Si quieres bailar pacíficamente en nuestra ronda y presenciar a la luz de la luna nuestras fiestas, ven con nosotros; si no, déjame, que yo evitaré tus rondas.

OBERÓN. — Dame ese niño y partiré contigo.

TITANIA. — ¡Ni por todo tu reino encantado! ¡Alejémonos, hadas! Si me quedo más tiempo vamos a pelear de veras.

(Sale Titania con su séquito.)

OBERÓN. — Bien, sigue tu camino. No saldrás de este bosque sin que te castigue por la ofensa. Ven acá, gentil Puck. ¿Te acuerdas de cuando me senté en un promontorio y oí a una sirena, sobre el dorso de un delfín, entonar un aire tan armonioso y dulce que el turbulento Océano se apaciguó a su canto y determinadas

estrellas se apartaron bruscamente de sus órbitas para escuchar la música de la virgen de los mares?

PUCK. — Me acuerdo.

OBERÓN. — En aquel mismo instante vi, sólo que tú no pudiste, que Cupido, completamente armado, volaba entre la fría luna y la tierra. Apuntó a cierta hermosa vestal, entronizada al Occidente y desató tan aguda su flecha amorosa de entre su arco, como si hubiera querido atravesar cien mil corazones. Pero pude advertir que la saeta furiosa del joven Cupido se extinguía en los húmedos rayos de la casta luna, y pasó la imperial sacerdotisa en virginal meditación, libre y absorta. No obstante, observé adónde cayó el dardo de Cupido: sobre una florecilla occidental, blanca ayer como la leche, ahora purpúrea con la amorosa herida, y a la que llaman las doncellas pensamientos. Tráeme esa flor; ya te mostré una vez la planta. Su jugo, exprimido en los dormidos párpados, basta para que una persona, hombre o mujer, se enamore perdidamente de la primera criatura viviente que vea. Tráeme esa planta y vuelve aquí antes que el leviatán nade una milla.

PUCK. — Puedo poner un cinturón a la tierra en cuarenta minutos.
(Sale.)

OBERÓN. — Una vez en posesión de este jugo, acecharé el momento en que Titania esté dormida y le verteré el licor sobre sus ojos. Entonces el primer objeto que se ofrezca a su vista, ya sea un león, un oso, un lobo o un buey, un mico travieso o un atareado mono, la perseguirá con el alma enamorada, y antes de que yo

libre sus ojos del encanto, como puedo hacerlo con otra hierba, la obligaré a que me entregue su paje. Pero ¿quién viene? Soy invisible y puedo escuchar su conversación.

(Entra Demetrio, siguiéndolo Elena.)

DEMETRIO. — No te quiero; por tanto, no me sigas. ¿Dónde están Lisandro y la hermosa Hermia? Mataré al uno: la otra me mata a mí. Me has dicho que se habían refugiado en este bosque, y aquí estoy, tronco entre tronco, porque no puedo hallar a mi Hermia. ¡Vaya, márchate y no me sigas más!

ELENA. — Tú me atraes, imán de corazón empedernido, pero no es hierro lo que atraes, pues mi corazón es fiel como el acero. Deja tu poder de atracción y no tendré poder para seguirte.

DEMETRIO. — ¿Te pretendo yo? ¿Te llamo hermosa? O por el contrario, ¿no te digo claramente que no te amo ni puedo amarte?

ELENA. — Pues hasta por eso te amo más. Soy tu lebre, y cuanto más me pegues, Demetrio, más te acariciaré. Trátame sólo como a tu lebre; recházame, golpéame, olvídate, piérdeme; pero por indigna que sea, permíteme siquiera que te siga. ¿Qué sitio más humilde puedo implorar en tu amor, y sin embargo lo estimo muy alto, que el de ser tratada como tratas a tu perro?

DEMETRIO. — ¡No exasperes demasiado el odio de mi alma, pues me pongo enfermo cuando te miro!

ELENA. — ¡Y yo estoy enferma de no mirarte!

DEMETRIO. — Aventuras demasiado tu pudor al abandonar la ciudad

y entregarte a merced de quien no te ama, exponiéndote a la oportunidad de la noche y a la mala inspiración de un lugar solitario con el rico tesoro de tu virginidad.

ELENA. — Tu honradez es mi escudo, porque para mí no es noche cuando contemplo tu rostro y, por tanto, no pienso que estoy en la noche. Ni falta a este bosque un mundo de sociedad, pues para mí eres el mundo entero. ¿Cómo, entonces, puede decirse que estoy sola cuando todo el mundo está aquí para mirarme?

DEMETRIO. — Huiré de ti y me ocultaré en las matas, dejándote al arbitrio de las fieras.

ELENA. — La más cruel no tiene un corazón como el tuyo. Huye cuando gustes; se cambiará la leyenda: Apolo huye y Dafne le da caza; la paloma persigue al gavilán; la mansa cierva se apresura a cazar al tigre. ¡Inútil prisa cuando la cobardía persigue y el valor huye!

DEMETRIO. — No quiero discusiones contigo; déjame ir; o si me sigues, ten por seguro que te ofenderé en el bosque.

ELENA. — Sí: en el templo, en el campo y en la ciudad me ofendes. ¡Qué vergüenza, Demetrio! Tus afrentas son un oprobio a mi sexo. Nosotras no disponemos de iguales armas que los hombres cuando luchamos por amor. No fuimos hechas para conquistar, sino para ser conquistadas. (*Sale Demetrio.*) Te seguiré y, haciendo un cielo de un infierno, moriré a manos de quien amo tanto. (*Sale.*)

OSERÓN. — Ve con Dios, ninfa; antes que salgas de esta espesura, tú huirás de él y él buscará tu amor.

(Vuelve a entrar Puck.)

¿Traes ahí la flor? ¡Bienvenido, espíritu errante!

PUCK. — Sí, aquí está.

OBERÓN. — Dámela, te suplico. Sé de un lindero donde crece el tomillo silvestre, donde se balancean las violetas y las primuláceas, doselado completamente por olorosas madreselvas, por fragantes rosas de almizcle y lindos escaramujos. Allí duerme Titania una parte de la noche, reclinada al arrullo de esas flores, entre danzas y regocijos, y allí se despoja la serpiente de su piel de esmalte, de medida suficiente para envolver a un hada. Y con el jugo de esta flor estregaré sus ojos y quedará llena de repugnantes fantasías. Coge tú un poco e inquiera en la espesura. Una bella dama ateniense está enamorada de un desdeñoso joven: unta sus ojos, pero hazlo de modo que sea la señora el primer objeto que haya de ver al despertar. Conocerás al hombre por el traje ateniense que lleva. Realízalo con el oportuno cuidado, a fin de que resulte quedar él más apasionado de ella que lo que ella lo está de él. Y procura encontrarme antes del primer canto del gallo.

PUCK. — Estad tranquilo, señor. Vuestro súbdito lo hará así. *(Salen.)*

ESCENA SEGUNDA.

Otra parte del bosque.

(Entra Titania con su séquito.)

TITANIA. — Vamos: ahora, una redondela y un canto hechiceresco; después, alejaos durante el tercio de un minuto: unas a matar los gusanos de los olorosos capullos de las rosas; otras a guerrear con los murciélagos, a fin de conseguir sus alas de cuero para hacer con ellas capisayos a mis pequeños duendes; y otras a mantener alejado al clamoroso búho, que lanza sus gritos en la noche y sobrecoge a nuestros vaporosos espíritus. Cantadme mientras me duermo; después, a vuestros oficios, y dejadme reposar.

LAS HADAS CANTAN

I

Manchadas sierpes de doble lengua,
espinosos erizos, no os dejéis ver;
orvetos y lagartijas, no hagáis daño,
no os acerquéis a la reina de las hadas.

Ruiseñor con suave acento
canta en nuestro dulce lalará;
lala, lala, lalará; lala, lala, lalará;
ningún perjuicio,
encanto o maleficio
a nuestra amada dueña se aproximará;
así, pues, buenas noches con lalará.

II

Tejedoras arañas, no vengáis aquí;
¡fuera vuestras largas patas, fuera!

escarabajos negros, no permanezcáis cerca;
gusanos y caracoles, no dañéis.
Ruiñeñor, con suave acento, etc...

HADA. — ¡Huyamos, lejos! Ya está todo bien. Sólo una quedará de centinela.

(Salen las hadas. Titania se queda dormida.)

(Entra Oberón y entrega la flor sobre los párpados de Titania.)

OBERÓN. — Lo que mires cuando despiertes, eso tendrás por verdadero amor. Ama y languidece por ello. Ya sea onza, gato, oso, leopardo o jabalí de cerdas erizadas, ha de aparecer a tus ojos cuando despiertes como amante tuyo. Despierta cuando algo vil se aproxime. *(Sale.)*

(Entran Lisandro y Hermia.)

LISANDRO. — Amada mía: estás a punto de desmayarte a fuerza de vagar por el bosque y, a decir verdad, he perdido la senda. Si te parece bien, Hermia, descansaremos, aguardando la bienhechora luz del día.

HERMIA. — Sea, Lisandro; busca un lecho para ti, que yo reclinaré mi cabeza sobre esta linde.

LISANDRO. — Un mismo césped servirá a los dos de almohada. Un corazón, un lecho, dos pechos y una fe.

HERMIA. — No, buen Lisandro; por favor, por afecto, acomódate a más distancia; no reposes tan cerca.

LISANDRO. — ¡Oh! Comprende, vida mía, el sentido inocente de mis palabras. Las pláticas de amor deben interpretarse amorosamente. Quiero decir que mi corazón está enlazado al tuyo de manera que ambos no forman sino uno: dos pechos unidos por un mismo juramento; que es tanto como decir dos almas en una simple fe. Luego no me niegues lecho a tu lado, pues no ofenderé tu lecho con el hecho.

HERMIA. — Lisandro juega el vocablo ingeniosamente. Hermia hubiera ofendido su educación y orgullo de haber pensado mal de Lisandro. Pero querido amigo, por cariño y cortesía, reposa un poco más lejos. El pudor exige esta separación, que tan bien cuadra a un honrado soltero y a una doncella. Por tanto aléjate, y buenas noches, dulce amigo. ¡Que tu amor no se entibie hasta el fin de tu preciada vida!

LISANDRO. — Amén, amén contesto a esa bella oración. Y que acabe, por tanto, mi vida donde concluya mi lealtad. (*Se retira a poca distancia.*) He aquí mi lecho. El sueño te brinde su completo reposo. (*Duermen.*)

(*Entra Puck.*)

PUCK. — He recorrido la selva, pero no he hallado ateniense alguno en cuyos ojos pueda probar la eficacia de esta flor para suscitar una pasión amorosa... ¡Noche y silencio!... ¿Quién hay aquí? Lleva tra-

je de Atenas. Éste es el que, según dijo mi señor, desdeña a la virgen ateniense. Y he aquí a la doncella, profundamente dormida, en la fangosa y húmeda tierra. ¡Alma encantadora! No se ha atrevido a reposar junto al desalmado y descortés caballero. (*Estrega la flor sobre los párpados de Lisandro.*) Grosero: en tus ojos exprimo todo el poder de este encanto; cuando despiertes, que el amor prohíba al sueño sentarse sobre tus párpados. Despierta así que me haya ido, pues ahora debo marchar en busca de Oberón. (*Sale.*)

(*Entran Demetrio y Elena, corriendo.*)

ELENA. — ¡Detente, aunque me mates, querido Demetrio!

DEMETRIO. — Te ruego que te quedes y no me sigas así.

ELENA. — ¡Oh! ¿Quieres abandonarme en medio de las tinieblas?
No lo hagas.

DEMETRIO. — Detente, en bien tuyo. Quiero ir solo.

(*Sale Demetrio.*)

ELENA. — Estoy sin aliento bajo esta caza amorosa. Cuanto más ardiente es mi súplica, menos merced alcanza. Dichosa Hermia, dondequiera que esté, porque posee benditos y seductores ojos. ¿Qué es lo que los hace tan brillantes? No las acerbas lágrimas. De ser así, más lo estarían los míos, que se bañan más frecuentemente que los suyos. No, no; yo soy tan fea como un oso, pues las fieras que me encuentran huyen atemorizadas. Por consiguiente

no es extraño que Demetrio huya de mi presencia como de la de un monstruo. ¿Qué pérfido espejo engañador puede hacer que me compare con las refulgentes esferas de Hermia? Pero ¿quién hay aquí? No veo sangre ni herida. ¡Lisandro, buen caballero, si vivís, despertad!

LISANDRO. — (*Despertando.*) ¡Y me arrojaré al fuego por tu dulce amor! ¡Diáfana Elena! La Naturaleza ha desplegado en ti sus perfecciones, pues a través de tu pecho me deja ver tu corazón. ¿Dónde está Demetrio? ¡Oh! ¡Qué bien hacer que sucumba ese vil hombre al filo de mi espada!

ELENA. — No digáis eso, Lisandro; no lo digáis. ¿Qué importa que él ame a vuestra Hermia? ¡Señor! ¿Qué importa, mientras Hermia os ame a vos? Debéis estar contento.

LISANDRO. — ¡Contento con Hermia! No; me arrepiento de los fastidiosos minutos que he pasado con ella. A Hermia, no, sino a Elena es a quien adoro. ¿Quién no cambiaría un cuervo por una paloma? La voluntad del hombre se gobierna por la razón, y la razón me dice que tú eres una doncella más digna. Las cosas no maduran hasta su estación; así yo, que era joven, hasta ahora no he tenido madura la razón. Desde este instante someto a la razón mi voluntad, que me guía hacia tus ojos, donde leo amorosas leyendas escritas en el más rico libro de amor.

ELENA. — ¿Y he podido nacer para sufrir esta burla? ¿Cuándo he merecido de vos tales ironías? ¿No es bastante, joven, no es bastante que no haya obtenido jamás, no, ni pueda obtener de los ojos de Demetrio una benévola mirada, sino que, por ende, habéis de

escarnecer mi insuficiencia? En verdad, me hacéis agravio, a fe que me lo hacéis al cortejarme de tan desdeñosa manera. Pero adiós en buena hora. Confieso que os creí un caballero dotado de más franca gentileza. ¡Oh! ¡Que una mujer rechazada por un hombre haya de ser insultada por otro! (*Sale.*)

LISANDRO. — (*Sin ver a Hermia.*) Duerme tú ahí, Hermia, y nunca te acerques a Lisandro. Pues así como el exceso de golosinas causa al estómago la más invencible repugnancia, y así como las herejías que los hombres abjuran por nadie son tan odiadas como por aquellos a quienes tanto engañaron, así tú, exceso y herejía mía, sé odiada de todos, pero más que de ninguno, de mí. Y que todas mis facultades consagren su poder y su amor a honrar a Elena y ser su caballero. (*Sale.*)

HERMIA. — (*Despertando.*) ¡Auxíliame, Lisandro, auxíliame! ¡Haz cuanto puedas por arrancar esta serpiente que se desliza sobre mi seno! ¡Ay de mí! ¡Por piedad! ¡Qué pesadilla he tenido! ¡Mira, Lisandro, cómo tiemblo de espanto! ¡Soñé que una serpiente me devoraba el corazón, y que tú te sonreías, sentado, complaciéndote en su cruel presa!... ¡Lisandro!... ¡Cómo! ¡Desaparecido?... ¡Lisandro!... ¡Dios mío!... ¡Cómo!... ¿Fuera del alcance de la voz? ¿Se ha marchado?... ¿Ni un rumor? ¿Ni una palabra?... ¡Ay! ¡Habla, si me escuchas! ¡Habla, amor de los amores! ¡Casi me desvanezco de terror! ¡No! Luego bien comprendo que no estás cerca. ¡La muerte en seguida o que te halle inmediatamente! (*Sale.*)





ACTO TERCERO

ESCENA PRIMERA.

Un bosque.

(Titania reposa, dormida. Entran Cartabón, Berbiquí, Lanzadera, Flauta, Hocico y Hambrón.)

LANZADERA. — ¿Estamos todos?

CARTABÓN. — Justo, justo; y he aquí un lugar maravilloso para nuestro ensayo. Este césped nos servirá de escena; estas ramas de espino, de bastidores, y accionaremos como si estuviéramos en presencia del duque.

LANZADERA. — Pero Cartabón...

CARTABÓN. — ¿Qué quieres, bravo Lanzadera?

LANZADERA. — Hay cosas en esta comedia de Píramo y Tisbe que no agradarán nunca. En primer lugar, Píramo ha de esgrimir la espada para matarse, lo cual no podrán soportar las damas. ¿Qué me respondéis?

FLAUTA. — ¡Por vida de...! Justísimo temor.

HAMBRÓN. — Pienso que, bien considerado, conviene dejar fuera la matanza.

LANZADERA. — Nada de eso: tengo un recurso para arreglarlo todo. Escribidme un prólogo, y que ese prólogo dé a entender que no haremos daño a nadie con nuestras espadas y que Píramo sólo se mata en broma. Para mayor seguridad, decidles que yo, Píramo, no soy Píramo, sino el tejedor Lanzadera. Esto acallará su miedo.

CARTABÓN. — Pues bien: tendremos un prólogo de esa especie, y se escribirá en verso de ocho y de seis sílabas.

LANZADERA. — No; poned dos más: que se escriba en versos de ocho y ocho.

FLAUTA. — ¿Y el león no espantará a las señoras?

HAMBRÓN. — Mucho lo temo, a fe mía.

LANZADERA. — Señores, reflexionadlo bien: llevar —¡Dios nos libre!— un león donde hay señoras es cosa terrible; porque no hay ave silvestre más feroz que el león vivo; y es menester que lo tengamos en cuenta.

FLAUTA. — Por tanto, hay que advertir con otro prólogo que el león no es león.

LANZADERA. — No basta. Será preciso que el actor encargado de este papel diga su nombre y que se las arregle de manera que a través del cuello del león deje ver la mitad de su cara y diga esto o cosa parecida: “Señores, o hermosas señoras: os pido, o bien os ruego, o mejor os suplico, que no tengáis miedo, que no tembléis; os respondo de vuestra vida con la mía. Si creéis que es un león lo que tenéis delante, poco valdrá mi existencia. No, no hay nada de eso: soy un hombre tal y como los otros”. Y entonces que diga su nombre y les haga saber con toda franqueza que es Berbiquí, el ebanista.

CARTABÓN. — Bien; se hará así. Pero todavía quedan dos dificultades graves: la primera es introducir en un aposento la luz de la luna, porque ya sabéis que Píramo y Tisbe se encuentran al brillar de la luna.

BERBIQUÍ. — ¿Brillará la luna la noche en que hayamos de representar la pieza?

LANZADERA. — ¡Un almanaque, un almanaque! Mirad el almanaque; ved si habrá luna; ved si habrá luna.

CARTABÓN. — Sí, la luna brillará esa noche.

LANZADERA. — Entonces será menester dejar abierta una ventana del gran salón en que representemos, y la luna brillará a través del postigo.

CARTABÓN. — Sí; o si no que uno se presente con un manojo de zarzas y una linterna y diga que sale para figurar o representar el personaje de Claro de Luna. Y aún queda otra dificultad: hemos menester una pared en medio del salón, porque Píramo y Tisbe, según dice la historia, se hablaban a través de las grietas de un muro.

BERBIQUÍ. — Nunca podéis empujar un muro hasta el centro del escenario. ¿Qué dices, Lanzadera?

LANZADERA. — Fuerza será que alguien represente el Muro. Basta que tenga encima algunos emplastos de yeso, argamasa, arcilla o cal para figurar una pared, y que ponga los dedos abiertos así, para que, a través de los intersticios, Píramo y Tisbe se hablen en voz baja.

CARTABÓN. — Si puede hacerse de tal modo, todo irá bien. Vamos, siéntese cada hijo de su madre y a ensayar vuestros papeles. Comenzad vos, Píramo. Cuando hayáis terminado lo que habéis de decir, entrad en esta espesura; y así sucesivamente cada cual según su turno.

(Entra Puck por el foro.)

PUCK. — ¿Qué rústicos patanes son éstos que están charlando a dos pasos del sitio en que reposa la reina de las hadas? ¡Cómo! ¿Van a representar una comedia? Pues asistiré como espectador, y aun haré de actor si se presenta la ocasión.

CARTABÓN. — Hablad, Píramo. Tisbe, acercaos.

PÍRAMO. — *Tisbe, la dulce flor es dolorosa.*

CARTABÓN. — Olorosa, olorosa.

PÍRAMO. — *La dulce flor es olorosa.*

Así es su aliento, mi bien idolatrado.

*Pero, calla, ¡una voz!; espera, hermosa;
al instante retorno aquí a tu lado. (Sale.)*

PUCK. — Nunca vieron estos lugares un Píramo más extraño. *(Sale.)*

TISBE. — ¿Me toca a mí hablar ahora?

CARTABÓN. — En efecto, pues Píramo no ha ido más que a saber la causa del ruido que ha escuchado, y va a volver.

TISBE. — *Radiantísimo Píramo, de tinte*

aún más blanco que el lirio, y de color

como la rosa carmesí en su tallo,

activo y juvenil, joya adorable,

tan servicial y fiel como el caballo

que sigue su carrera infatigable.

Junto a ti me uniré en la tumba Nini.

CARTABÓN. — Tumba de Nino, hombre. Pero todavía no habéis llegado ahí. Este último verso forma parte de una respuesta que dais más adelante a Píramo. Decís el papel de carrerilla, sin

aguardar la respuesta. Salid, Píramo; vuestra interlocutora ha quedado en estas palabras: “Su carrera infatigable”

(Vuelven a entrar Puck y Lanzadera. Éste con cabeza de asno.)

TISBE. — ¡Oh!... *Tan servicial y fiel como el caballo
que sigue su carrera infatigable.*

PÍRAMO. — *Para ti solamente fuera, Tisbe, si fuese hermoso...*

CARTABÓN. — ¡Oh monstruosidad! ¡Oh prodigio! ¡Estaros encantados! ¡Por favor, amigos! ¡Huyamos, señores! ¡Socorro!

(Salen los clowns.)

PUCK. — Aguardad un poco más, compadres, y os daré una lección. A través de matorrales y malezas, de helechos y de espinos, os perseguiré sin cesar. Ora en forma de caballo, ora de sabueso, de oso sin cabeza o de jabalí, o bien de fuego fatuo, me veréis más veloz que todos vosotros correr, y, me oiréis a vuestros alcances, rugiendo, ladrando, gruñendo, echando chispas y relinchando mejor, por cierto, que el oso montaraz, que el jabalí, que el sabueso o el caballo. *(Sale.)*

LANZADERA. — ¿Por qué huyen así? Ésta es una bribonada suya para infundirme miedo.

(Vuelve a entrar Flauta.)

FLAUTA. — ¡Oh, Lanzadera, cómo has cambiado! ¿Qué veo encima de tus hombros?

LANZADERA. — ¿Qué ves? Una cabeza de asno sobre los tuyos, ¿no es verdad?

(Sale Flauta.)

(Vuelve a entrar Cartabón.)

CARTABÓN. — ¡El cielo te bendiga, Lanzadera; el cielo te bendiga! ¡Estás transformado! *(Sale.)*

LANZADERA. — Adivino su truhanada. Quieren, sin duda, hacerme pasar por asno; quieren espantarme, pero por más que hagan no me moveré de aquí. Voy a pasearme a mis anchas y echarme a cantar para demostrarles que no tengo miedo. *(Canta.)*

Ni los mirlos de pico anaranjado,
negros como el hollín,
ni los tordos de acento acompasado,
ni el gorrión saltarín.

TITANIA. — *(Despertando.)* ¿Qué ángel me despierta en mi lecho de flores?

LANZADERA. — Ni el cuclillo, la alondra y el pinzón,
a los que no se da contestación.

Y, en efecto, ¿quién quiere perder el tiempo contestando a tan necio avechucho? ¿Quién quiere dar un mentís a un pájaro, aun cuando grite cucú a quemarropa?

TITANIA. — Te ruego, gentil mortal, que cantes de nuevo; tus cantos han cautivado mi oído. Asimismo los ojos se han enamorado de tus formas, y la fuerza de tu brillante mérito me obliga a decirte, a jurarte que te amo.

LANZADERA. — Me parece, señora, que no tenéis motivo para ello. Pero, a decir verdad, en el tiempo que vivimos, la razón y el amor rara vez van juntos. Es mucha lástima que algún vecino honrado no se proponga reconciliarlos. Ya veis cómo sé chancear cuando conviene.

TITANIA. — Eres tan cuerdo como hermoso.

LANZADERA. — No soy una cosa ni otra. Pero si tan sólo tuviese talento para salir de este bosque, creería tener lo suficiente para mi gasto.

TITANIA. — No desees salir de este bosque; te quedarás aquí, quieras o no. Soy un espíritu de orden superior. La primavera está a mis órdenes y yo te amo. Ven, pues, conmigo; te daré hadas y genios para servirte; te irán a buscar joyas en el fondo del mar. Durmiéndote en un lecho de flores, mis cantos mecerán tu sueño; y de tal suerte purificaré los groseros elementos de tu naturaleza mortal, que tendrás la elasticidad de un espíritu aéreo. ¡Chicharillo, Telaraña, Polilla, Mostaza!

(Entran cuatro Hadas.)

CHICHARILLO. — Aquí estoy.

TELARAÑA. — Y yo.

POLILLA. — Y yo.

MOZTAZA. — Y yo.

LAS CUATRO. — ¿Adónde hemos de ir?

TITANIA. — Sed benévolos y corteses con este mortal; saltad y bailad en su presencia; nutridle de albaricoques y frambuesas, uvas moradas y verdosos higos maduros. Quitad a las abejas los dardos llenos de miel; recoged sus alvéolos impregnados de cera y haced con ella antorchas, que encenderéis en el ojo radiante de la luciérnaga para alumbrar a mi muy amado al levantarse y al acostarse. Y arrancad las alas multicolores de las mariposas para hacer un abanico que aparte de sus dormidos ojos los rayos de la luna. Inclinaos ante él, silfos y rendidle homenaje.

CHICHARILLO. — ¡Salve!

TELARAÑA. — ¡Salve!

POLILLA. — ¡Salve!

MOZTAZA. — ¡Salve!

LANZADERA. — Con toda sinceridad os doy mil gracias. ¿Qué nombre es el vuestro?

TELARAÑA. — Telaraña.

LANZADERA. — Me alegraré de trabar con vos más íntimo conocimiento, señor Telaraña; y si alguna vez me ocurre cortarme el dedo, me tomaré la libertad de recurrir a vos... ¿Vuestro nombre, honrado hidalgo?

CHICHARILLO. — Chicharillo.

LANZADERA. — Os ruego que tributéis mis respetos a la señora Calabaza, vuestra madre, y a vuestro padre el señor Guisante. Me

alegraré también de cultivar vuestro conocimiento... ¿Vuestro nombre, señor, si os place?

MOZTAZA. — Mostaza.

LANZADERA. — Señor Mostaza, conozco perfectamente vuestra paciencia. Ese cobarde y gigantesco Rosbif ha devorado muchos vástagos de vuestra familia. Os aseguro, que los de vuestra raza me han hecho a menudo venir las lágrimas a los ojos. Mucho deseo cultivar vuestra amistad, señor Mostaza.

TITANIA. — Vaya, poneos a su servicio; llevadle a mi vergel. Me parece que la luna nos mira con ojos húmedos; y cuando vierte lágrimas, todas las florecillas lloran también, llevando el luto de alguna virginidad forzada. Encadenad la lengua de mi muy amado; llevadle en silencio. (*Salen.*)

ESCENA SEGUNDA.

Otra parte del bosque.

(*Entra Oberón.*)

OBERÓN. — Ardo en impaciencia por saber si Titania ha despertado ya y cuál es la primera criatura que se ha ofrecido a su vista y de la cual forzosamente se habrá enamorado. (*Entra Puck.*) Aquí está mi mensajero. Hola, espíritu burlón, ¿qué nueva nocturna corre ahora por este bosque encantado?

PUCK. — Mi señora está enamorada de un monstruo. Mientras cerca de su retiro sagrado y solitario pasaba la hora de su lánguido

sueño, ha llegado una compañía de cómicos imbéciles, de groseros artesanos que trabajan para ganarse la vida en las tiendas de Atenas. Venían a ensayar una pieza que debe representarse el día de las bodas del insigne Teseo. El más necio de la estúpida cuadrilla, encargado del papel de Píramo, ha salido de escena y ha entrado en un matorral. Yo he aprovechado el momento para encasquetarle una cabeza de asno. Al tocarle el turno de volver a la escena para contestar a Tisbe, mi actor ha salido. Apenas lo han visto los demás, cuando han huido, semejante al ánade silvestre que ha encontrado el ojo del cazador en acecho o a una bandada de chovas rojizas al escuchar la detonación del mosquete, que ora bajan, ora alzan el vuelo, y de pronto se dispersan y hienden los campos del aire con precipitado aleteo. Al ruido de mis pasos, cae de vez en cuando uno por tierra, gritando que lo asesinan y pidiendo socorro a Atenas. En su turbación, sus insensatos terrores se forjaron un enemigo de cada objeto inanimado. Los abrojos y espinas desgarraban sus vestidos: a éste la manga; a aquél el sombrero, que se apresuraban a abandonar. Mientras los cazaba de este modo, había dejado en el lugar de la escena al lindo Píramo en su metamorfosis, cuando Titania ha despertado y en seguida se ha enamorado de un jumento.

OBERÓN. — Esto sobrepuja mis esperanzas. Pero como te había ordenado, ¿echaste ya el jugo de la flor en los ojos del ateniense?

PUCK. — Lo atrapé dormido... Es también cosa hecha... Y la joven ateniense reposaba a su lado. De modo que, cuando él despierte, necesariamente habrá de fijarse en ella.

(Entran Demetrio y Hermia.)

OBERÓN. — Permanece quieto; aquí está el ateniense en cuestión.

PUCK. — La dama es la misma, pero no así el galán.

DEMETRIO. — ¡Oh! ¿Por qué rechazáis a quien os ama con tanto ardor? Regañad con quien os deteste, mas no con quien os adora.

HERMIA. — No te hago sentir más que mis desdenes, cuando podría tratarte peor, porque temo que me hayas dado motivos para maldecirte. Si es verdad que has muerto a Lisandro mientras se hallaba dormido, acaba, ya que tienes un pie en el crimen, acaba de hundirte en él y mátame igualmente. No es el sol más fiel al día que él lo es a mí. ¿Puedo creer que haya abandonado a Hermia dormida? Antes creería que la tierra puede atravesarse de parte a parte y que la luna, penetrando por esta abertura hasta las antípodas, podría venir en pleno día a perturbar con su marea los rayos de su hermano. Imposible es que no le hayas dado muerte. Tu cara, sombría y pálida, es, sin duda, la de un asesino.

DEMETRIO. — Es la de la víctima herida en el corazón por tu implacable crueldad y, sin embargo, tú, mi asesino, brillas con el esplendor de tu hermosura, tan bella y tan clara, como la lejana Venus allá en su fúlgida esfera.

HERMIA. — ¿Qué tiene eso de común con mi Lisandro? ¿Dónde está? ¡Ah, buen Demetrio! ¿Quieres devolvérmelo?

DEMETRIO. — Preferiría dar a mis lebreles su cadáver.

HERMIA. — ¡Vete lejos de mí, perro! ¡Lejos de mí, chacal! Tú me obligas a traspasar todos los límites y a perder la resignación de mi

sexo. Dime: ¿lo has muerto? ¡Sé para siempre borrado en la lista de los hombres! ¡Oh! Por piedad, dime, dime una vez la verdad: tú les has dado muerte mientras dormía, porque despierto no habrías osado mirarle a la cara. ¡Hazaña valerosa! Un gusano, una víbora podría hacer lo mismo. Es obra de una víbora. Jamás serpiente alguna hirió con dardo más envenenado que el tuyo, reptil.

DEMETRIO. — Tu furor te engaña: yo no soy culpable de la sangre de Lisandro, ni nada me prueba que haya muerto.

HERMIA. — ¡Ah! Dime, te lo suplico, dime que vive sano y salvo.

DEMETRIO. — ¿Qué recompensa sería la mía si pudiese afirmarlo?

HERMIA. — El privilegio de no volverme a ver nunca. Huyo de tu aborrecida presencia. Seas muerto o vivo, piensa en no verme jamás. *(Sale.)*

DEMETRIO. — No hay modo de seguirla en el estado de irritación en que se encuentra. Descansemos aquí algunos instantes. El dolor es más intenso cuando el sueño, deudor insolvente, se niega a satisfacernos su deuda. Si la aguardo, tal vez me pagará una pequeña partida a cuenta.

(Se tiende sobre el césped y se duerme.)

OBERÓN. — ¿Qué has hecho? Te has equivocado completamente y has vertido el jugo amoroso en los párpados de un amante fiel; y de esa equivocación resultará por fuerza la mudanza de un amor sincero y no la de un amor falso.

PUCK. — Así lo mandan los destinos. Por un hombre fiel hay millones

que son frágiles y aglomeran perjurios sobre perjurios.

OBERÓN. — Recorre el bosque más a prisa que el viento y haz de manera que halles a Elena de Atenas. Enferma de amor, con la palidez en las mejillas, exhala suspiros ardientes que alteran el frescor de su sangre. Con ayuda de algún encanto procura traerla aquí. Yo hechizaré los ojos de él antes de que ella llegue.

PUCK. — Voy, voy: vuelo más rápido que la flecha disparada del arco del Tártaro. (*Sale.*)

OBERÓN. — Flor de color de púrpura, herida por la saeta de Cupido, humedecer sus párpados. Cuando llegue su enamorada hazla resplandecer a sus ojos con el esplendor de una luz viva y pura, como irradia la Venus del firmamento. Si tú, al despertar, joven enamorado, te ves alumbrado con su hermosura, pídele la recompensa.

(*Vuelve a entrar Puck.*)

PUCK. — Capitán de nuestro bando hechiceresco; Elena en este instante se acerca, seguida del joven víctima de mi engaño, el cual le pide el premio de su amor. ¿Queréis que asistamos a esta ridícula escena? ¡Señor, qué locos son los mortales!

OBERÓN. — Ponte algo apartado; el ruido que va a producir despertará a Demetrio.

PUCK. — Entonces serán dos a cortejar a una mujer. Eso sólo será ya una diversión; y nada hay que me guste tanto como lo absurdo y extravagante.

(*Entran Lisandro y Elena.*)

LISANDRO. — ¿Por qué os imagináis que sólo para burlarme os pido amor? La burla y la chanza no tienen lágrimas en los ojos; ved: lloro al hablaros, y eso es una prueba de la sinceridad de mis palabras. Todo en mí lleva el sello de la buena fe. ¿Cómo podéis ver en ello signos de desprecio?

ELENA. — Seguí la impostura con sumo talento. Cuando la verdad mata la verdad, ¡qué lucha a la vez más infernal y celeste! Esos homenajes pertenecen a Hermia. ¿Renunciáis a ella? Juramentos pesados con juramentos nada pesan. El homenaje que le tributabais y el que me ofrecéis ahora, puestos uno y otro en los platos de la balanza, tienen igual peso: los dos son tan leves como palabras al viento.

LISANDRO. — Había perdido la razón cuando le ofrecía mis homenajes.

ELENA. — Y la habéis perdido ahora que renunciáis a ella.

LISANDRO. — Demetrio la ama y no os ama a vos.

DEMETRIO. — (*Despertando.*) ¡Oh, Elena, diosa, ninfa, perfección divina! ¿Con qué, amor mío, compararé tus ojos? El cristal, a su lado, es impuro y turbio. ¡Cómo atraen el beso tus labios, semejantes a dos guindas maduras y coloradas! La nieve pura y blanca de la cumbre del Tauro, que el viento de Oriente acaricia con su soplo, parece negra como la pluma del cuervo cuando levantas la mano. ¡Oh! Déjame besar esta maravilla de blancura, este sello de felicidad.

ELENA. — ¡Oh, oprobio! ¡Oh, infierno! Os veo conjurados para hacer

de mí el objeto de vuestras burlas. Si tuvierais alguna caballerosidad, alguna sombra de cortesía, no me insultaríais así. ¿No basta que me aborrezcáis, como tengo la certeza? ¿Habéis de uniros, además, en cuerpo y alma para ridiculizarme? Si fueseis hombres, como lo anuncia vuestro exterior, no trataríais así a una dama inofensiva, no se os vería prodigarme juramentos y ensalzarme más de lo que alcanza mi mérito, cuando estoy cierta que me aborrecéis de todo corazón. Rivales los dos por vuestro amor a Hermia, rivalizáis en ardor para insultar a Elena. ¡Sublime hazaña! Heroica empresa la de conseguir con insolentes burlas que suban las lágrimas a los ojos de una pobre doncella. Ningún hombre de corazón noble ofendería así a una virgen, ni tornaría a juego el apurar su paciencia.

LISANDRO. — Vuestro proceder es poco generoso, Demetrio. Cesad de obrar así, ya que amáis a Hermia. No lo ignoro, bien lo sabéis, y aquí declaro con toda sinceridad que renuncio en favor vuestro todos mis derechos al amor de Hermia. Renunciad en favor mío a toda pretensión al amor de Elena, a quien amo y amaré hasta la muerte.

ELENA. — Jamás tuvieron los que se burlan un lenguaje más necio.

DEMETRIO. — Lisandro, guárdate tu Hermia; no la quiero. Si la amé, todo ese amor se ha apagado. Mi corazón no ha estado en ella más que de paso, como un huésped extranjero. Ahora se ha vuelto a Elena para fijarse en ella por siempre como en su morada natal.

LISANDRO. — Elena, eso no es verdad.

DEMETRIO. — No intentes rebajar unos sentimientos que no conoces, o teme pagar cara tu audacia... Ahí tienes a tu amante, que viene; ahí tienes a tu muy amada.

(Vuelve a entrar Hermia.)

HERMIA. — ¡Oscura noche que, suspendiendo las funciones de los ojos, haces al oído más dispuesto a recoger los sonidos; y debilitando el sentido de la vista doblas la agudeza del oído!... Mis ojos no te ven, Lisandro, pero el sonido de tu voz me ha guiado a ti... ¿Por qué tan duramente me has dejado?

LISANDRO. — ¿Y por qué había de quedarse aquel a quien el amor impulsaba a marchar a otro sitio?

HERMIA. — ¿Qué amor podía apartar a Lisandro del lado mío?

LISANDRO. — El verdadero amor de Lisandro; un amor que no le permitía quedarse: la hermosa Elena, este astro que ilumina la noche con una luz más viva que todos los globos inflamados, que todos los ojos de luz que resplandecen allí arriba. ¿Por qué me buscas tú? ¿No has debido comprender que el odio que te tengo me ha hecho dejarte?

HERMIA. — Tú no dices lo que piensas; eso no puede ser.

ELENA. — ¡Mirad: ella también es de la conspiración! Ahora veo que se han entendido los tres para organizar contra mí ese pasatiempo cruel. Ultrajante Hermia, amiga ingrata, ¿has tramado tú, has preparado esta escena de irrisión infame para atormentarme? ¿Has olvidado acaso nuestra intimidad, nuestro cariño fraternal,

las horas tan dulces que pasamos las dos juntas cuando acusábamos al tiempo de ágiles pies porque adelantaba demasiado el momento en que debíamos separarnos? ¡Oh! Todo eso está olvidado, todo: la amistad de la infancia, la inocencia de la juventud. ¡Cuántas veces, Hermia, rivalizando con los activos genios, tejimos ambas con nuestras agujas una misma flor, trabajando ante el mismo modelo, sentadas en un mismo almohadón, cantando la misma canción en el mismo tono, como si nuestras manos, nuestros corazones, nuestras voces y nuestras almas hubiesen estado incorporadas! Así crecimos juntas, semejantes a dos cerezas mellizas, que se diría que están separadas, pero que un lazo común las une; dos simpáticas frutas modeladas sobre el mismo tallo. Así es como, con dos cuerpos visibles, no teníamos más que un solo corazón, lo mismo que en un blasón se ven dos cuarteles iguales, perteneciendo al mismo escudo y coronados con una sola cimera. ¿Y rompes el lazo de nuestro antiguo cariño y te unes a esos hombres para insultar a tu pobre amiga? Eso no es proceder como una amiga ni como una joven. No se dirige a mí sola esta injuria, sino a todo, nuestro sexo por más que la sufra yo sola.

HERMIA. — Me asombran tus palabras apasionadas; yo no te insulto; antes me parece que tú me insultas a mí.

ELENA. — ¿No has inducido a Lisandro a seguirme por burla y a que alabe mis ojos y mi cara? ¿No es también por instigación tuya que Demetrio, que no hace sino un momento me rechazaba con desprecio, me ha calificado de diosa, de ninfa, de divinidad, de maravilla adorable y celeste? ¿Por qué reniega Lisandro tu amor,

tan firmemente arraigado en su alma, y por qué me ofrece sus homenajes sino por mandato y voluntad tuya? Si tengo en patrimonio menos gracia que tú, si arrastro menos amantes en pos de mí, si soy menos dichosa que tú en amor y si, al contrario, tengo la desdicha de amar sin ser amada, es un infortunio que debe excitar tu compasión antes que tu desprecio.

HERMIA. — No comprendo lo que quieres decir con eso.

ELENA. — Muy bien; sigue, finge tristeza. Hacedos señas entre vosotros cuando vuelvo la espalda; guiñaos uno a otro los ojos; continuad la burla; llevadla hasta el extremo; se hablará en el mundo de ella. Si tuvieseis un poco de humanidad, de honor o de cortesía, no me tornaríais por objeto de vuestras chanzas. Pero adiós. En parte es culpa mía; la muerte o la ausencia repararán pronto mi culpa.

LISANDRO. — Deteneos, amable Elena; escuchad mi justificación, amor mío, vida mía, mi alma, mi encantadora Elena.

ELENA. — ¡Es admirable!

HERMIA. — (*A Lisandro.*) Amigo mío, cesad de burlaros así de ella.

DEMETRIO. — Si vuestras súplicas no obtienen eso de él, yo sabré obligarle.

LISANDRO. — Tu fuerza no conseguirá más que sus súplicas. Tus amenazas son tan impotentes como sus ruegos... Elena: yo te amo; te amo, y lo juro por mi vida, por esta vida que estoy dispuesto a perder por ti. Juro que miente quien ose decir que no te amo.

DEMETRIO. — Y yo sostengo que te amo más de lo que él pueda amarte.

LISANDRO. — Si eso sostienes, sígueme y pruébalo.

DEMETRIO. — ¡Pronto, vamos!

HERMIA. — ¿Qué quiere decir eso, Lisandro?

LISANDRO. — Atrás, etíope.

DEMETRIO. — ¡Bah, bah! Aparentas querer desasirte de Hermia, pero no vienes... Eres un hombre prudente, vamos.

LISANDRO. — (*A Hermia.*) ¡Déjame, gata, paria! Vil engendro, déjame o te arrojo lejos de mí como se arroja una serpiente.

HERMIA. — ¿Por qué tanta dureza? ¿Qué significa ese cambio, dulce amor mío?

LISANDRO. — ¡Tu amor! Lejos de mí, tártara atezada. Lejos de mí, repugnante medicina. Poción amarga y detestable, vete.

HERMIA. — ¿Estás bromeando?

ELENA. — Sí, en verdad, está bromeando, y tú también.

LISANDRO. — Demetrio, te cumpliré mi promesa.

DEMETRIO. — Quisiera tener la seguridad, porque veo que se necesita poca cosa para detenerte. No creo en tu palabra.

LISANDRO. — ¡Pues qué! ¿Será menester que hiera a esta mujer, que le pegue, que la mate? Aunque la aborrezco no quiero hacerle daño.

HERMIA. — ¿Qué mayor mal puedes causarme que aborrecerme? ¡Aborrecerme! ¿Y por qué? ¡Ay! ¿Qué ha pasado, amor mío? ¿No soy yo Hermia? ¿No eres tú Lisandro? Soy hermosa hoy como lo era ayer. En el corto espacio de una noche me has amado y me has dejado. ¡Me has dejado! ¡Los dioses me libren de creer que es de veras!

LISANDRO. — Sí, ¡por mi vida!, y con la firme intención de no verte a ver. Desecha en cuanto a eso toda especie de esperanza,

de incertidumbre y de duda; tenlo por cierto: no es una chanza; nada es más cierto. Te detesto y adoro a Elena.

HERMIA. — ¡Ay de mí!... ¡Y tú, impostora, gusano fatal oculto en el fondo del cáliz de las flores, ladrona de amor! ¿Es decir, que te has deslizado furtivamente en la sombra de la noche y me has robado el corazón de mi amante?

ELENA. — ¡En verdad, esto es bonito! ¿Conque os habéis despojado de toda modestia, de todo pudor, de toda sombra de delicadeza? ¿Queréis arrancar a mi mansedumbre habitual un lenguaje de cólera? ¡Fuera, fuera, hipócrita, vil muñeca!

HERMIA. — ¡Muñeca! ¿Por qué ese epíteto? ¡Ah! Ya comprendo. Has hecho una comparación entre tu estatura y la mía; has hecho valer tu elevada talla y, pavoneándote con esa ventaja, has logrado aventajarme. ¿Has conseguido su estimación por ser yo pequeña? ¿Conque te parezco pequeña, palo enjabonado? Respóndeme: ¿te parezco muy pequeña? Sin embargo no soy tan pequeña que mis uñas no puedan llegar a tus ojos.

ELENA. — Os ruego, señores, que aunque hayáis formado el propósito de burlaros de mí, no la dejéis que me haga daño. Yo no soy mala; no entiendo nada de hacer mal. Soy una niña en punto a cobardía; no permitáis que me pegue. Tal vez creáis que porque es menor de estatura puedo habérmelas con ella.

HERMIA. — ¡Menor! ¿Oís aún?

ELENA. — Buena Hermia, no seas mala conmigo. Yo te he querido siempre, Hermia; he guardado siempre fielmente tus secretos; jamás te he hecho daño; mi sola falta contigo consiste en haber re-

velado, impulsada por mi amor a Demetrio, tu huida al bosque. Él te ha seguido; el amor me ha llevado en pos de él, pero me ha rechazado lejos de sí; me ha amenazado con pegarme, echarme por el suelo y hasta matarme. Ahora, si queréis, me iré en paz. Voy a llevar mi loca pasión a Atenas y no os seguiré más. Dejadme ir. Ya veis qué sencilla y afectuosa soy.

HERMIA. — Pues bien, anda, ¿quién te detiene?

ELENA. — Un corazón insensato que dejo aquí al partir.

HERMIA. — ¿Con quién? ¿Con Lisandro?

ELENA. — Con Demetrio.

LISANDRO. — No temáis, Elena; no os hará ningún daño.

DEMETRIO. — No, señor, no se lo hará, aunque tomases tú su partido.

ELENA. — ¡Oh! Cuando se encoleriza es mala y astuta. Era ya una víbora cuando iba a la escuela y, aunque pequeña, es de temer.

HERMIA. — ¡Todavía pequeña! ¡Siempre menor y pequeña! ¿Sufriréis que se me insulte así? Dejadme sola con ella.

LISANDRO. — Aparta, enana, cabo de mujer, criatura raquítica, adorno, bellota.

DEMETRIO. — Te muestras muy oficioso por una mujer que no acepta tus servicios. No te ocupes de ella; no hables de Elena; no tomes su defensa, pues si alguna vez tienes la presunción de manifestar por ella la menor familiaridad, me la pagarás cara.

LISANDRO. — Ahora no impera sobre mí; sígueme si osas, y veamos quién de los dos tiene más derecho al corazón de Elena.

DEMETRIO. — ¿Seguirte? No, sino tu cara con mi rostro.

(Salen Lisandro y Demetrio.)

HERMIA. — Vos sois, señorita, la causa de todo este desbarajuste. No, no os vayáis.

ELENA. — No me fío de vos, y no me quedará más tiempo en vuestra compañía. Vuestras manos, cuando se trata de llegar a los golpes, son más rápidas que las mías, pero cuando es cuestión de huir, mis piernas son más largas que las vuestras. *(Sale.)*

HERMIA. — Estoy asombrada y no sé qué pensar. *(Sale.)*

OBERÓN. — Ahí tienes el fruto de tu negligencia. Siempre cometes equivocaciones, cuando no juegas de intento malas pasadas.

PUCK. — Creedme, rey de las sombras, ha sido un error. ¿No me habéis dicho que conocería al joven por su traje ateniense? En lo que he hecho estoy exento de censura, por cuanto son los ojos de un ateniense los que yo he hechizado con vuestro jugo. No siento el resultado, ya que las querellas de esa gente me han proporcionado una escena muy divertida.

OBERÓN. — Ya ves que los dos amantes buscan un paraje propicio para batirse. Apresúrate, pues, Robin; redobla la oscuridad de la noche. Cubre la bóveda estrellada de una densa niebla, de un vapor húmedo y negro como Aqueronte, y haz de manera que se extravíen esos rivales irritados sin que puedan encontrarse. Unas veces imita la voz de Lisandro y dirige a Demetrio burlas amargas; otras búrlate de Lisandro con una voz que le parezca de Demetrio. Aléjalos así uno de otro, hasta que el sueño, imagen de la muerte, ponga en su frente sus pies de plomo y sus alas de

murciélago. Entonces exprimirás en los ojos de Lisandro el jugo de esta hierba, que tiene la propiedad de disipar toda ilusión que fascine la vista y devuelve a este órgano sus habituales funciones. Cuando despierten, toda esa broma les parecerá un sueño, una vana visión, y los amantes volverán a tomar el camino de Atenas, unidos con lazos que la muerte sólo podrá romper. Mientras cumples esta misión, yo voy a ver a la reina y a pedirle su pequeño indio. Luego apartaré de sus ojos el hechizo que la impulsa hacia su monstruo y quedará restablecida la paz en todas partes.

PUCK. — Mi feérico señor, es necesario proceder de prisa. Porque ya los dragones de la noche hienden las nubes a todo vuelo y brillan allá abajo los primeros fulgores que anuncian la aurora: ya, a su aproximación, los espectros errantes vuelven en tropel a los cementerios; todos son almas que han tenido por sepulcro los caminos públicos o las olas y entran en su mortaja roída de gusanos. Temiendo que el día alumbre su oprobio, se destierran voluntariamente de la luz y se condenan a vivir en consorcio con la sombría noche.

OBERÓN. — Pero nosotros somos espíritus de otra alcurnia. Con frecuencia me ha sucedido jugar con la amorosa aurora y recorrer como un guardabosque la espesura, hasta que la puerta de Oriente, brillando con un color rojo encendido se abría, derramando sobre Neptuno sus rayos bienhechores y cambiando en color de oro el tinte verdinegro de sus ondas. Sin embargo, apresúrate: no pierdas un instante, podemos acabar esta operación antes del día. (*Sale.*)

PUCK. — Llevémoslos por valles y collados; no les dejemos un momento de reposo. Se me mete en la ciudad lo mismo que en el campo, en el llano y en la montaña... Condúcelos, Robin, arriba y abajo. Aquí tenemos uno que se acerca.

(Vuelve a entrar Lisandro.)

LISANDRO. — ¿Dónde estás, arrogante Demetrio? Responde ahora.

PUCK. — Aquí, villano. Con el acero desnudo y pronto. ¿Dónde estás?

LISANDRO. — Soy contigo al instante.

PUCK. — Sígueme, pues, a un terreno más llano.

(Lisandro se aleja, como siguiendo la voz. Vuelve a entrar Demetrio.)

DEMETRIO. — ¡Lisandro, habla otra vez! Cobarde, fugitivo, ¿has huido? ¡Habla! ¿Estás en un zarzal? ¿Dónde ocultas la cabeza?

PUCK. — Tú eres el cobarde, que estás echando bravatas a las estrellas. Dices a los matorrales que no pides más que batirte y procuras no venir. Ven, bribón; ven, mozalbete; voy a azotarte con una rama. Es una mengua sacar la espada por ti.

DEMETRIO. — Pero ¿estás ahí?

PUCK. — Sigue mi voz. Este sitio no es apropiado para probar nuestro valor. *(Salen.)*

(Vuelve a entrar Lisandro.)

LISANDRO. — Huye siempre delante de mí y no deja de provocarme. Cuando acudo al lugar de donde me llama, ya ha marchado. El villano es mucho más ligero de talones que yo. He ido a prisa, pero él ha huido con mayor celeridad todavía y, por último, me he metido en un camino oscuro y accidentado. Descansemos aquí. (*Se echa en el suelo.*) Apresúrate a reaparecer, día benéfico; al punto que me muestres tu grisáceo fulgor, sabré hallar a Demetrio y vengarme de su insolencia. (*Se duerme.*)

(*Vuelven a entrar Puck y Demetrio.*)

PUCK. — ¡Ja, ja, ja! Cobarde, ¿por qué no vienes?

DEMETRIO. — Aguárdame, si osas, pues no haces sino correr delante de mí, yendo de un punto a otro sin osar detenerte a pie firme ni mirarme cara a cara. ¿Dónde estás?

PUCK. — Ven aquí; aquí estoy.

DEMETRIO. — Vamos, te estás burlando, pero ya me las pagarás si alguna vez veo tu cara a la luz del día. Ahora vete a donde quieras. La fatiga me obliga a tenderme tan largo como soy en este húmedo lecho... Al acercarse el día, espérate y recibirás mi visita.

(*Se echa en tierra y se duerme.*)

(*Vuelve a entrar Elena.*)

ELENA. — ¡Oh, noche fatigosa! ¡Oh, larga y pesada noche! ¡Abrevia

tus horas! Brilla en Oriente, benéfica aurora, para que, lejos de los que detestan mi pobre compañía, me aproveche de la luz diurna para volver a Atenas... Y tú, sueño, que a veces vienes a cerrar los ojos del dolor, arráncame por algún tiempo de mi propia compañía.

(Se tiende y duerme.)

PUCK. — ¿Todavía no hay más que tres? Venga una más. Dos de cada sexo, y harán cuatro. Aquí llega la otra, indignada y triste. Cupido es un muchacho bien travieso cuando hace perder así la razón a las pobres mujeres.

(Vuelve a entrar Hermia.)

HERMIA. — Nunca estuve tan cansada, nunca tan afligida. Empapada de rocío y rasgada por los abrojos, no puedo arrastrarme ni ir más lejos. Mis piernas se niegan a obedecer a mi voluntad. Descansemos aquí hasta que despunte el día. Si han de batirse, que el cielo proteja a Lisandro.

(Se tiende en el suelo y queda dormida.)

PUCK. — Reposa aquí, gentil enamorado
mientras ahora en tus ojos, hechicero,
vierto el jugo encantado.

(Vierte el jugo en los ojos de Lisandro.)

Contempla al despertar tu bien amado,
recréate en su vista lo primero,
y el refrán quedará justificado:
Juan seguirá a su Juana;
no irá nada al revés,
y todo saldrá bien. *(Sale.)*





ACTO CUARTO

ESCENA PRIMERA.

El bosque.

(Lisandro, Demetrio, Elena y Hermia, dormidos. Entran Titania y Lanzadera, acompañados del cortejo de Duendes y Hadas. Oberón, invisible, los sigue y observa a cierta distancia.)

TITANIA. — Acércate, ven a sentarte en este florido lecho. Ven a que te acaricie las encantadoras mejillas, a que ponga rosas de almizcle en tu cabeza blanda y lisa y bese tus largas y hermosas orejas, suave deleite mío.

LANZADERA. — ¿Dónde está Chicharillo?

CHICHARILLO. — Aquí.

LANZADERA. — Ráscame la cabeza, Chicharillo. ¿Dónde está monsieur Telaraña?

TELARAÑA. — Aquí estoy.

LANZADERA. — Monsieur Telaraña, buen monsieur, tomad las armas y matadme esa abeja de encarnados muslos que está posada en aquel cardo. Luego, mi buen monsieur, traedme su saco de miel. No os exaltéis demasiado en esa operación, monsieur y, sobre todo, querido monsieur, evitad cuidadosamente que la miel se derrame. No quisiera, signore, veros sepultado bajo las olas de miel... ¿Dónde está monsieur Mostaza?

MOZTAZA. — Aquí.

LANZADERA. — Dadme un apretón de manos, monsieur Mostaza. Nada de cumplimientos, buen monsieur.

MOZTAZA. — ¿Qué puedo hacer para servirlos?

LANZADERA. — Nada, buen monsieur, sino ayudar al “calavery”

Chicharillo en su tarea de rascarme. Tengo que ir a casa del barbero, monsieur, porque tengo la cara muy peluda, y soy un asno tan nervioso que por poco que el pelo me pique tengo que rascarme.

TITANIA. — ¿Quieres oír música, dulce amor mío?

LANZADERA. — En cuanto a música, tengo el oído bastante bueno. Dadme cencerros y matracas.

TITANIA. — O dime, amor mío, lo que deseas comer.

LANZADERA. — Francamente, un montón de cebada, de cebada buena, bien seca. ¡Siento también una gran tentación de comer un haz de heno, de buen heno y muy succulento! No hay nada mejor.

TITANIA. — Tengo un duende muy ágil y corredor, que irá a buscar en el repuesto de la ardilla y te traerá nueces tiernas.

LANZADERA. — Preferiría un puñado o dos de habas secas. Pero os ruego digáis a vuestra gente que me deje en paz. Me siento con cierta disposición para dormir.

TITANIA. — Duerme, que yo te sostendré en mis brazos. Hadas, marchad a vuestros respectivos puestos. (*Salen las Hadas.*) Así se enlazan gentilmente los tallos de la madreselva olorosa: así rodea con dulzura la hiedra a la corteza del olmo, como la sortija del esposo estrecha el dedo de la novia. ¡Oh! ¡Cuánto te amo! ¡Cuánto te idolatro! (*Duermen.*)

(*Entra Puck.*)

OBERÓN. — (*Adelantándose.*) Bienvenido seas, buen Robin. ¿Ves este delicioso espectáculo? Ahora empiezo a sentir lástima de su locura. Porque habiéndola encontrado a la entrada del bosque recogiendo dulces, regalos para ese odioso imbécil, le he dirigido reproches y la he censurado agriamente. Había ceñido las sienes velludas de su amante con coronas de flores frescas y olorosas. Las gotas de rocío que hace poco irradiaban sobre los capullos como perlas de Oriente, parecían ahora en el fondo del cáliz de esas flores como otras tantas lágrimas que llorasen su propio envilecimiento. Cuando la hube reñido, y me imploró perdón en términos blandos y sumisos, le pedí su pajecillo. Me lo cedió al momento, y he dado a un hada suya la orden de llevarlo a un bosquecillo de mi imperio mágico. Ahora que me ha cedido el niño, voy a curar sus ojos de su abominable error. Y tú, gentil Puck, quita de la cabeza de ese rústico ateniense el disfraz que lo transforma, para que, despertando como los otros, se vuelvan todos a Atenas sin haber conservado de los sucesos de esta noche otro recuerdo que la desagradable vejación de un sueño. Pero comencemos por romper el hechizo de la reina de las hadas.

(*Se acerca a Titania y vierte en sus párpados el jugo de una flor.*)

Sé como tú debes ser,
cobra tu anterior sentido;
pues que tiene tal poder,
y de su fuerza se ufana,
el capullo de Diana

sobre la flor de Cupido.

Vamos, querida Titania mía; despierta, reina encantadora.

TITANIA. — (*Despertándose.*) ¡Mi querido Oberón! ¡Qué visiones he tenido! Me parecía que estaba enamorada de un asno.

OBERÓN. — Aquí está vuestro amor.

TITANIA. — ¿Cómo ha sido eso? ¡Oh! ¡Cuánto aborrecen ahora mis ojos su figura!

OBERÓN. — Silencio por un instante. Robin, quítale esa cabeza. Titania, haced que suene la música y que sus acordes sumerjan los sentidos de estos cinco en un sopor más profundo que el sueño ordinario.

TITANIA. — ¡Música! ¡Eh! ¡Música! Dadnos acordes que hechicen el sueño.

(*Música.*)

(*Haciendo desaparecer la cabeza de asno de Lanzadera y volviéndole su forma natural.*)

PUCK. — Cuando despiertes, vuelve a ver con tus propios ojos de imbecil.

OBERÓN. — ¡Música! ¡Tocad! (*Pausa, música.*) Venid, Titania; dadnos la mano e imprimamos a la tierra donde están tendidos estos durmientes un temblor que los meza. Ahora nos hemos reconciliado vos y yo; mañana, a medianoche, bailaremos en el palacio del duque Teseo solemnes danzas e invocaremos sobre su casa toda suerte de venturosas dichas. Allí también se enlazarán, al

propio tiempo que Teseo, esas dos parejas de amantes fieles, con general regocijo.

PUCK. — Rey de las hadas, escucha; ya canta la alondra matinal.

OBERÓN. — Entonces, reina mía, sigamos en profundo silencio a las sombras de la noche. Nosotros podemos dar la vuelta al globo más a prisa que la luna errante.

TITANIA. — Vamos, señor; y, durante nuestro vuelo, decidme cómo ha podido ser que yo me haya visto esta noche durmiendo sobre la tierra con simples mortales.

(Salen. Suenan a lo lejos cuernos de caza.)

(Entran Teseo, Hipólita, Egeo y acompañamiento.)

TESEO. — Que vaya uno de vosotros a buscar al guardabosque. Ya hemos cumplido con nuestros ritos; y como todavía es temprano, quiero que mi muy amada oiga el concierto de mis lebreles. Soltadlos en el valle occidental; id...; despachad, digo, y traedme al momento al guardabosque... Ahora, vamos, bella reina, a la cumbre de la montaña, y desde allí prestaremos oído a la confusión armoniosa de los perros y del eco reunidos.

HIPÓLITA. — Cierta día me encontré con Hércules y con Cadmo, cuando cazaban el oso en un bosque de Creta con perros de Esparta. Nunca he oído más alegre bullicio: no solamente la selva, sino también el cielo, las fuentes y todos los campos de las cercanías parecían confundirse en un mutuo acento. Jamás he oído disonancia tan musical, estruendo más armonioso.

TESEO. — Mis sabuesos son de la raza de Esparta; tienen ancha la garganta y rojo el pelo; sus orejas colgantes barren el rocío de la mañana; tienen las piernas arqueadas y una papada como los toros de Tesalia. Son lentos en perseguir, pero sus ladridos parecen tañidos de campana. Nunca en Creta, Esparta o Tesalia dieron las trompas señal de un concierto más armónico. Juzgadlo cuando lo oigáis... Pero silencio. ¿Qué ninfas son éstas?

EGEO. — Señor, ésta es mi hija, aquí dormida, y éste Lisandro; este otro es Demetrio; también está Elena, la hija del anciano Nedar. Me sorprende hallarlos aquí reunidos.

TESEO. — Sin duda se han levantado muy de mañana para cumplir con los ritos del mes de mayo y, enterados de nuestros proyectos, han venido a unírseles aquí para dicha solemnidad. Pero decidme, Egeo, ¿no es hoy cuando Hermia debe daros la respuesta acerca de la elección de esposo?

EGEO. — Sí, mi señor.

TESEO. — Id y mandad a los cazadores que los despierten al sonido de las trompas...

(Se oyen gritos dentro, y luego el eco de las trompas. Demetrio, Lisandro, Hermia y Elena despiertan sobresaltados y se levantan.)

Buenos días, amigos. Ha pasado ya el día de San Valentín. ¿Las aves del bosque no comienzan a emparejarse hasta hoy?

LISANDRO. — Perdón, señor.

(Lisandro y los demás hincan la rodilla delante de Teseo.)

TESEO. — Alzaos, os lo ruego. Sé que vosotros dos sois enemigos y rivales. ¿De qué proviene ese maravilloso acuerdo? ¿Cómo es que el odio, despojándose de toda amargura envidiosa, duerme al lado del odio, sin temer ningún acto de hostilidad?

LISANDRO. — Señor: no sé qué responderos, en el asombro en que estoy, medio dormido y medio despierto. Os juro que no puedo deciros cómo he venido aquí. Pero si no me engaño —pues quisiera decir la verdad—, llegué aquí con Hermia. Nuestro proyecto era huir de Atenas para ponernos fuera del alcance de sus leyes.

EGEO. — *(A Teseo.)* Basta, basta, mi señor; habéis oído lo bastante: reclamo contra él la aplicación de la ley... La ley sobre su cabeza. Querían huir; se habrían burlado; querían robaros, Demetrio, a vuestra esposa y hacer nula mi firme voluntad de daros la mano de mi hija.

DEMETRIO. — Señor: la hermosa Elena me reveló su fuga y la intención que los llevaba a este bosque. Con furor los he seguido, y el amor ha llevado también a Elena en pos de mí. Yo no sé cómo ha sido, señor; fuerza es que haya sido obra de algún poder misterioso, pero mi amor a Hermia se ha derretido como la nieve. Su recuerdo, para mí, no es más que el de un vano juguete por el que un niño se entusiasma. Y ahora, el único objeto de mi pasión y todos los afectos de mi alma, el único placer de mis ojos, es Elena. A ella, señor, estuve prometido antes de ver a Hermia. Yo la desdeñaba como un enfermo desdeña los alimentos; pero con la salud he vuelto a mi gusto natural, y ahora la deseo, la

amo, suspiro por ella y mi corazón le será siempre fiel.

TESEO. — Felizmente hallados, dichosos amantes. Ya nos contaréis después los pormenores de esa aventura... Egeo, es preciso que vuestra voluntad se doblegue ante la mía. Quiero que hoy estas dos parejas sean, al mismo tiempo que nosotros, unidas con eterno lazo. Como la mañana está ya muy adelantada, dejaremos nuestro proyecto de caza. Venid con nosotros a Atenas; no habrá para las tres parejas más que una sola y común solemnidad. Vamos, Hipólita.

(Salen Teseo, Hipólita, Egeo y acompañamiento.)

DEMETRIO. — Estas aventuras se me presentan como en confusa lejanía, lo mismo que esas montañas que de lejos se convierten en nubes.

HERMIA. — Diríase que una ilusión óptica me engaña y que veo las cosas dobles.

ELENA. — Tal siento yo también. Demetrio me parece como una joya que hubiese encontrado, que es mío y no es mío a la vez.

DEMETRIO. — ¿Estáis bien seguros de que nos hallamos despiertos? Algo me dice que dormimos, que soñamos todavía... ¿No creéis que el duque estaba aquí hace poco y que nos ha dicho que lo siguiéramos?

HERMIA. — Sí, y también mi padre.

ELENA. — E Hipólita.

LISANDRO. — Y nos invitó a acompañarlo al templo.

DEMETRIO. — He aquí lo que prueba que estamos despiertos. Sigámoslos, y andando nos contaremos nuestros sueños. (*Salen.*)

LANZADERA. — (*Despertando.*) Cuando me toque el turno, llámame y responderé. Mi turno ha de venir después de estas palabras: “Mi hermoso Píramo”; ¡Eh! ¡Hola! ¡Pedro Cartabón! ¡Flauta, remienda-fuelles! ¡Hocico, calderero! ¡Hambrón! ¡Dioses me asistan! ¿Pues no se han ido todos, dejándome dormido? He tenido la visión más maravillosa. He tenido un sueño... Todas las facultades del hombre no bastarían a decir lo que es este sueño. Si lo intentara explicar sería un asno. Me ha parecido que era...; nadie en el mundo podrá decir qué. Me ha parecido que tenía...; pero fuera necio de remate el hombre que tuviese la pretensión de decir lo que me ha parecido que tenía. Los ojos del hombre no han oído, ni los oídos del hombre han visto, ni la mano del hombre podría gustar, ni su lengua concebir, ni su corazón expresar lo que era mi sueño. He de hacer que Pedro Cartabón componga una balada sobre este sueño. Se titulará “El sueño del tejedor”, porque es un tejido de maravillas, y la cantaré delante del duque al final de nuestra representación. Es posible que la cante después de mi muerte, para darle más gracia. (*Sale.*)

ESCENA SEGUNDA.

Atenas. Aposento en casa de Cartabón.

(*Entran Cartabón, Flauta, Hocico y Hambrón.*)

CARTABÓN. — ¿Se ha enviado aviso a casa de Lanzadera? ¿Ha vuelto ya?

HAMBRÓN. — No saben nada de él. Sin duda está embrujado.

FLAUTA. — Si no viene, ¡adiós comedia! No se podrá hacer, ¿no es verdad?

CARTABÓN. — No es posible. No hay en toda Atenas hombre capaz de representar a Píramo como él.

FLAUTA. — No; es sencillamente el talento más desarrollado de entre los artesanos atenienses.

CARTABÓN. — Y también el mozo más guapo; su voz no admite piragón en el mundo.

FLAUTA. — Querréis decir parangón, porque, ¡Dios nos libre de ello!, el piragón es un bichejo asqueroso.

(Entra Berbiquí.)

BERBIQUÍ. — Señores: El duque llega en este momento, del templo, acompañado de dos o tres señoras y damas que se han casado al mismo tiempo que él. Si hubiésemos podido representar nuestra diversión, nuestra fortuna estaba hecha.

FLAUTA. — ¡Oh! Bravo Lanzadera, te has perdido una renta de seis peniques diarios para toda tu vida. Era imposible que no le concediesen seis peniques diarios. Sí; el duque le habría dado una renta de seis peniques diarios por haber hecho el papel de Píramo; y si no es así, que me ahorquen. Los habría merecido; seis peniques diarios o nada por hacer el papel de Píramo.

(Entra Lanzadera.)

LANZADERA. — ¿Dónde están esos muchachos? ¿Dónde están esas almas mías?

CARTABÓN. — ¡Lanzadera! ¡Oh, día grandioso! ¡Hora afortunada!

LANZADERA. — Señores: tengo que deciros cosas asombrosas, pero no me preguntéis lo que es, pues si os lo digo no soy un verdadero ateniense. Os lo diré sin omitir nada, exactamente como ha pasado.

CARTABÓN. — Cuéntanos, amable Lanzadera.

LANZADERA. — Nada sacaréis de mí. Sabréis tan sólo que el duque ha comido ya. Id a caracterizaos; ataos bien las barbas; poneos cintas nuevas en los escarpines y reuníos en seguida en el palacio; repase cada cual su papel, pues lo blanco y lo negro de la cuestión es que nuestro drama va a representarse. En todo caso, que Tisbe lleve ropa blanca y que el encargado del papel de león no se recorte las uñas, pues harán las veces de garras de la bestia. Y todos vosotros, queridos actores, habéis de procurar no comer cebollas ni ajos, porque importa que tengamos la palabra dulce, y así no dudo que oiremos decir que nuestra pieza es la mejor de las comedias. Ni una palabra más. Marchemos, adelante. *(Salen.)*





ACTO QUINTO

(Entran Teseo, Hipólita, Filostrato, señores y acompañamiento.)

HIPÓLITA. — Es muy extraño, querido Teseo, lo que cuentan esos amantes.

TESEO. — Más extraño que verídico. No podré nunca dar crédito a esas antiguas fábulas ni a esas diversiones mágicas. Dejemos a los amantes y a esas imaginaciones ardientes, a esas extravagantes fantasías que ven más allá de lo que la razón puede percibir. El loco, el amante y el poeta son todo imaginación; el uno, el loco, ve más demonios de los que el infierno puede contener; el amante, no menos insensato, ve la belleza de Elena en la frente de una gitana; la mirada del ardiente poeta, en su hermoso delirio, va alternativamente de los cielos a la tierra y de la tierra a los cielos; y como la imaginación produce formas de objetos desconocidos, la pluma del poeta los personifica y les asigna una morada etérea y un nombre. Los caprichos de una imaginación alucinada son tales, que si le ocurre a ésta sentir un acceso de alegría, encarga a un ser de su creación que sea el portador; o si en la noche se forja algún miedo, ¡con cuánta facilidad toma un zarzal por un oso!

HIPÓLITA. — Pero todo cuanto nos han contado de esa noche, la transfiguración de las facultades intelectuales de esas distintas personas, dan testimonio de que hay en ello algo más que imágenes de la fantasía, y toma gran consistencia la historia. Mas, como quiera que fuere, es extraño y admirable.

(Entran Lisandro, Demetrio, Hermia y Elena.)

TESEO. — Aquí vienen los amantes, ebrios de felicidad y de alegría.
¡Felicidad, gentiles amigos! ¡Felicidad y risueños días de amor
acompañen a vuestros corazones!

LISANDRO. — ¡Más que a nosotros, acompañen a vuestros regios pa-
sos, a vuestra mesa y lecho!

TESEO. — Veamos ahora; ¿qué mascarada, qué baile tendremos para
pasar esta eternidad de tres horas que media entre el cenar y el
acostarse? ¿Dónde se halla el director ordinario de nuestras fies-
tas? ¿Qué diversiones hay a mano? ¿No hay ninguna comedia para
distraer el fastidio de esta hora de tortura? Llamad a Filostrato.

FILOSTRATO. — Aquí estoy, poderoso Teseo.

TESEO. — Dime; ¿de qué pasatiempo dispones para esta noche?
¿Qué mascarada? ¿Qué música? ¿Cómo engañaremos al perezoso
tiempo sino con alguna diversión?

FILOSTRATO. — *(Dándole un papel.)* Aquí tengo una lista de los rego-
cijos preparados. Vuestra alteza escogerá el que debe ir primero.

TESEO. — “La batalla de los centauros, cantada al arpa por un eu-
nucio ateniense”. No querernos nada de esto. Ya lo he referido a
mi amada en honor de mi pariente Hércules. “La sublevación de
las ebrias Bacantes, desgarrando en su furia al cantor de Tracia”.
Ése es un tema anticuado, que fue puesto en escena cuando volví
de Tebas victorioso. “Las tres veces tres Musas, condolidas por
la muerte del Saber, fallecido recientemente en la miseria”. Eso
es alguna sátira acerba y punzante, que no cuadra bien con una

ceremonia nupcial. “Breve y enojosa escena del joven Píramo y su amante Tisbe. Sainete muy trágico”. ¡Broma y trágica! ¡Enojosa y breve! Esto es, hielo caliente y nieve negra. ¿Cómo concordaremos estas disonancias?

FILOSTRATO. — Es una pieza, señor, que apenas pasará de diez palabras, cosa la más breve que conozco en cuanto a representaciones. Pero así y todo, señor, con diez palabras es demasiado extensa, lo que la hace fastidiosa, porque en toda ella no hay palabra oportuna ni actor adecuado. Y es trágica, a no dudar, noble señor, pues en ella se suicida Píramo. Por lo que, cuando vi el ensayo, confieso que se me humedecieron los ojos. Pero a fe que jamás las lágrimas provocaron risa tan alegre.

TESEO. — ¿Quiénes son los que representan esto?

FILOSTRATO. — Hombres rudos; menestrales de aquí, de Atenas, que jamás ejercitaron la mente y que ahora han recargado su rústica memoria con semejante pieza en homenaje a vuestro casamiento.

TESEO. — Y que los veremos representar.

FILOSTRATO. — No, noble señor; no es digno de vos. He oído la obra y no es nada, nada de particular; a menos que os divierta su buena voluntad, el sobrehumano esfuerzo y la crudelísima labor que se han echado a cuestras para servirlos.

TESEO. — Quiero oír esa representación, porque nada me parece mal cuando lo inspiran la llaneza y el deber. Ve a traerlos; y tomad asiento, señoras.

(Sale Filostrato.)

HIPÓLITA. — No gusto de ver fracasar a la desgracia ni sucumbir, humillado, al deber.

TESEO. — ¡Cómo, dulce amada mía! No veréis semejante cosa.

HIPÓLITA. — Dice que no son capaces de hacer nada aceptable en este género.

TESEO. — Mayor será nuestra bondad al darles las gracias por nada. Nuestra diversión consistirá en advertir sus disparates, pues cuando el buen deseo es impotente para agradar, el recto juicio busca la intención, no el mérito. Adondequiera que fui, las mayores eminencias me recibieron con bienvenidas premeditadas; los he visto temblar y palidecer, atascarse en medio de las frases, ahogar en su temor sus acostumbrados acentos y, en conclusión, quedar mudos, no dándome bienvenida alguna. Pues, dulce prenda, ese mismo silencio constituía para mí la bienvenida más cordial; y en su lealtad sencilla y temerosa leía yo más que pudiera expresar la lengua bulliciosa de una eminencia audaz e impertinente. Por ello el amor y la muda sencillez, a mi juicio, se entienden más cuanto menos hablan.

(Vuelve a entrar Filostrato.)

FILOSTRATO. — Con permiso de Vuestra Gracia, el Prólogo está dispuesto.

TESEO. — Avísale que entre.

(Trompetería festiva.)

(Entra Cartabón, haciendo de Prólogo.)

PRÓLOGO. — *Si os ofendemos, es con nuestra mejor intención.*

*Eso debéis pensar, que no venimos a ofender,
sino de buena voluntad. Mostrar nuestro deseo de serviros,
he aquí el verdadero principio de nuestro fin.
Considerad, pues, que no venir a cansaros.
Sería no venir a complaceros,
nuestro verdadero intento. En obsequio de vuestro deleite.
No hemos venido aquí para enfadaros.
Los actores están dispuestos; y por sus muestras
sabréis cuanto os gustaría saber.*

TESEO. — Este mozo no hace mucho caso de la puntuación.

LISANDRO. — Ha pasado por su prólogo como un potro desbocado:
no conoce parada. Excelente enseñanza, señor; no basta hablar,
sino hablar con propiedad.

HIPÓLITA. — Verdaderamente, ha ejecutado su prólogo como un
niño en un caramillo: notas, pero sin compás.

TESEO. — Su discurso parecía una cadena deslabonada; no faltaba
ningún anillo, pero todos en desorden. ¿Qué sigue ahora?

*(Entran, como en pantomima, Píramo y Tisbe, Muro, Claro de Luna
y León.)*

PRÓLOGO. — *Amable auditorio, quizá os admiréis de esta pantomima;
pero admiraos hasta que la verdad lo esclarezca todo.*

*Este hombre es Píramo, si queréis saberlo;
 y esta bella señora es Tisbe, a no dudar.
 Este hombre lleno de cal y toscamente caracterizado*
[representa
*el Muro, ese vil muro que separaba a los amantes.
 Ya través de las grietas del muro, pobrecillos, se contentaban
 con cuchichear, cosa de que nadie ha de asombrarse.
 Este hombre, con su linterna, perro y un haz de espinos,
 representa el Claro de Luna; porque, si lo queréis saber,
 estos amantes no desdeñaron hallarse bajo un claro de luna
 junto al sepulcro de Nino, para allí, allí galantearse.
 Esta fiera alimaña, cuyo supremo nombre es León,
 asustó o más bien espantó
 a la fiel Tisbe, que de noche fue la primera en llegar;
 y, como huyera, hizo caer su manto,
 que el vil león manchó con su sangrienta boca.
 En seguida llega Píramo, bello y arrogante mozo,
 y halla el manto de su fiel Tisbe ensangrentado.
 Con lo cual, con su acero, con su culpable y sanguinario*
[acero,
*se atraviesa el hirviente y purpúreo corazón.
 Y Tisbe, escondida a la sombra de un moral,
 desenvaina su daga y se da muerte. En cuanto a lo demás,
 el León, el Claro de Luna, el Muro y ambos amantes
 os lo contarán por extremo, en tanto permanezcan aquí.*

(Salen el Prólogo, Píramo, Tisbe, León y Claro de Luna.)

TESEO. — ¡Me asombra que hable el león!

DEMETRIO. — No hay que asombrarse, señor; un león puede hacer lo que hacen tantos asnos.

EL MURO. — *En este mismo intermedio acontece
que yo, Hocico de nombre, represento un muro,
y un muro exactamente, quisiera que os imaginaraís,
cuya pared tiene una grieta o agujero,
por entre el cual los amantes Píramo y Tisbe
charlan a menudo muy secretamente.
Esta cal, esta argamasa y piedra representan
que soy el propio muro; tal es la verdad;
y por estas aberturas, a derecha e izquierda,
cuchichean los amantes temerosos.*

TESEO. — ¿Querríaís que la cal y la peluca se expresaran mejor?

DEMETRIO. — Es la relación más ingeniosa que he escuchado en mi vida, señor.

TESEO. — Píramo se acerca al muro. ¡Silencio!

(Vuelve a entrar Píramo.)

PÍRAMO. — *¡Oh, noche espantosa! ¡Oh, noche de color tan negro!
¡Oh, noche, que lo eres cuando no es de día!
¡Oh, noche! ¡Oh, noche! ¡Ay, ay, ay!
Tengo miedo de que Tisbe olvide su promesa.*

¡Y tú, oh, muro! ¡Oh, dulce, amado muro!
Que te alzas entre el terreno de su padre y el del mío.
¡Oh, muro; oh, muro! ¡Oh, dulce y adorado muro!
Muéstrame tus grietas para a través de ti echar una mirada.

(El Muro extiende sus dedos.)

¡Gracias, cortés muro! ¡Protéjate Júpiter por esto!
Pero, ¿qué atisbo? ¡Que no está Tisbe atisbo!
¡Oh, malvado muro, por entre el cual no veo la dicha!
¡Malditas sean tus piedras que así me han engañado!

TESEO. — Puesto que el muro está dotado de palabra, debiera maldecirle a su vez.

PÍRAMO. — No por cierto, señor; no debiera hacerlo. “Me han engañado” es el apunte de Tisbe. Ella entra ahora y yo he de espiar por entre el muro. Ya lo veréis: ocurrirá todo exactamente como lo he dicho. Ahí viene.

(Vuelve a entrar Tisbe.)

TISBE. — *¡Oh, muro! ¡Cuántas veces has oído mis lamentos*
por tenerme separada de mi hermoso Píramo!
Mis labios de cereza han besado tus piedras a menudo,
tus piedras con cal y pelo entretejidas.

PÍRAMO. — *Veo una voz. Ahora voy a la abertura
a espiar para poder oír el rostro de mi Tisbe.
¡Tisbe!*

TISBE. — *¡Amor mío! Eres mi amor, presumo.*

PÍRAMO. — *Presume lo que quieras. Yo soy la gracia de tu amor;
y, como “Limandro,” siempre te soy fiel.*

TISBE. — *Y yo, como Elena, hasta que los Hados me asesinen.*

PÍRAMO. — *No fue “Sáfalo” tan fiel a “Procro.”*

TISBE. — *Pues yo te soy tan fiel como Procro a Sáfalo.*

PÍRAMO. — *¡Oh! ¡Bésame por entre el agujero de esta vil pared!*

TISBE. — *Beso el agujero del muro; pero no tus labios por completo.*

PÍRAMO. — *¿Quieres encontrarme en seguida en el túmulo de Nino?*

TISBE. — *En vida o muerte, voy sin dilación.*

(Salen Píramo y Tisbe.)

EL MURO. — *Así, yo, Muro, he desempeñado ya mi parte, y
habiéndose ésta concluido, se retira el Muro. (Sale.)*

TESEO. — *Ahora está caída la muralla entre los dos vecinos.*

DEMETRIO. — *No había otro remedio, señor, cuando hay paredes
que oyen sin avisar.*

HIPÓLITA. — *Ésta es la tontería más grande que he oído jamás.*

TESEO. — *Las mejores obras de este género no son sino fantasías, y
las peores no son lo peor si la imaginación las enmienda.*

HIPÓLITA. — *Entonces, a tu imaginación se debe y no a la de ellos.*

TESEO. — *Si imaginamos de ellos lo que ellos de sí mismos imaginan,*

pasarán por personas excelentes. Aquí llegan dos nobles bestias:
un hombre y un león.

(Entran el León y Claro de Luna.)

EL LEÓN. — Vosotras, señoras, vosotras, cuyos tímidos corazones
[amedrenta
el monstruoso ratoncete que se arrastra por el piso,
tal vez pudierais temblar aquí y estremeceros
cuando ruge colérico un león salvaje.
Por tanto, debéis saber que yo, Berbiqué el ebanista, no soy
ni león feroz, ni siquiera leona;
porque, si viniese como león de veras
a este lugar, no habría compasión para mi vida.

TESEO. — He aquí una bestia humilde y de mucha conciencia.

DEMETRIO. — Es la bestia más grande que he visto, señor.

LISANDRO. — Por su valor, este león es un verdadero zorro.

TESEO. — Cierto; y por su discreción, un ganso.

DEMETRIO. — No, señor, pues su valor no aventaja a su discreción
como el zorro al ganso.

TESEO. — Seguro estoy de que su discreción tampoco aventaja a
su valor, como el ganso al zorro; pero está bien; dejémosle a su
discreción y oigamos a la luna.

LUNA. — *Esta linterna representa los cuernos de la luna...*

DEMETRIO. — Debiera llevar los cuernos sobre su cabeza.

TESEO. — No está en creciente, y por eso los cuernos van invisibles
dentro de su disco.

LUNA. — *Esta linterna representa los cuernos de la luna;
yo mismo al hombre de la luna me asemejo.*

TESEO. — He aquí el mayor error de todos. Este hombre debiera introducirse en la linterna. ¿Cómo, si no, va a ser el hombre de la luna?

DEMETRIO. — No entra allí de miedo a la vela; pues miradle ya encendido.

HIPÓLITA. — ¡Ya estoy cansada de esta luna; quisiera que mudara!

TESEO. — A juzgar por la escasa luz de su inteligencia, parece que está en menguante, pero por amabilidad y cortesía, dejémosle acabar su giro.

LISANDRO. — Prosigue, Luna.

LUNA. — Todo lo que tengo que decir es que la linterna es la luna: yo, el hombre de la luna; este manojo de espinos, mi manojo de espinos, y este perro, mi perro.

DEMETRIO. — Pues todo ello debiera introducirse en la linterna, porque está en la luna. Pero ¡silencio! Aquí viene Tisbe.

(Vuelve a entrar Tisbe.)

TISBE. — *Ésta es la tumba del vetusto Nino. ¿Dónde está mi amor?*

EL LEÓN. — *(Rugiendo.) ¡Oh!...*

(Tisbe huye.)

DEMETRIO. — ¡Buen rugido, León!

TESEO. — ¡Buena huida, Tisbe!

HIPÓLITA. — ¡Buen alumbrado, Luna! Verdaderamente, la Luna ha brillado con mucha gracia.

(El León destroza el manto de Tisbe y sale.)

TESEO. — ¡Bien roído, León!

DEMETRIO. — Y luego llega Píramo.

LISANDRO. — Y con esto, el León desaparece.

(Vuelve a entrar Píramo.)

PÍRAMO. — *¡Dulce luna, gracias por tus rayos solares!
Gracias, luna, que brillas ahora con tanto fulgor,
pues con tus graciosos, dorados y chispeantes torrentes
confío saborear la mirada de la muy fiel Tisbe.
Mas detengámonos, ¡oh desgracia!
Pero observemos, ¡pobre doncel!
¡Qué horroroso espectáculo!
Ojos, ¿veis?
¿Cómo puede ser esto?
¡Ánade encantadora! ¡Oh, amada mía!
Tu delicado manto,
¡cómo! ¡Manchado de sangre!
¡Acercaos, vosotras, infernales Furias!
¡Oh, Hados, venid, venid;
cortad hilos y estambres;
agostad, aplastad, concludid y matad!*

TESEO. — Este arrebató de pasión y la muerte de una querida amiga casi podrían poner triste a cualquiera.

HIPÓLITA. — Subleva mi corazón, pero compadezco a ese hombre.

PÍRAMO. — ¡Oh! ¿Por qué forjaste al león, Naturaleza?

*Pues que un león mancilló aquí a mi amada,
que es —¡no, no!— que era la dama más hermosa
que amó, vivió, gustó y puso alegre rostro.*

¡Venid, lágrimas, destruidme!

¡Sal, espada, y hiere

la tetilla de Píramo!

¡Sí, la tetilla izquierda,

bajo la cual late el corazón!

¡Así muero! ¡Así, así, así!

(Se hiere.)

Ya estoy muerto,

ya me evaporé;

mi alma está en el cielo.

¡Lengua, pierde tu fuego!

¡Luna, márchate luego!

(Sale Claro de Luna.)

¡Ahora muero, muero, muero, muero, muero! (Muere.)

DEMETRIO. — ¡La muerte se ha dado! Y como el dado puede ser un as...

LISANDRO. — As... no es; murióse; ya no es nada.

TESEO. — Con ayuda de un cirujano, podría aún quedar sano y al transformarse resultar asno.

HIPÓLITA. — ¿Cómo es que el Claro de Luna se marcha antes que vuelva Tisbe y encuentre a su amante?

TESEO. — Ya lo hallará a la luz de las estrellas. Aquí viene, y su desolación dará fin a la obra.

(Vuelve a entrar Tisbe.)

HIPÓLITA. — Me parece que no será muy larga para semejante Píramo. Espero que acabe pronto.

DEMETRIO. — Una paja haría inclinar la balanza entre cuál es mejor, si Píramo o Tisbe. Él, como hombre, ¡Dios nos ampare! Ella, como mujer, ¡Dios nos asista!

LISANDRO. — ¡Ya lo ha visto con sus dulcísimos ojos!

DEMETRIO. — Y ella se lamentará así, videlicet.

TISBE. — *¿Duermes, amor mío?*

¿Cómo, muerto, amor mío?

¡Oh, Píramo, levántate!

¡Habla, habla! ¿Estás mudo?

¡Muerto, muerto! ¡Una tumba

debe cubrir tus lindos ojos!

¡Esos labios de lirio,

esa nariz de cereza,

esas mejillas de amarillenta retama

se han ido, se han ido!
¡Gemid, amantes!
¡Sus ojos eran verdes como los puerros!
¡Oh, Parcas,
venid, venid a mí,
con manos pálidas como la leche!
¡Teñidas de coágulos,
ya que habéis cortado
con vuestras tijeras su hilo sedoso!
¡Lengua, ni una palabra más!
¡Ven, fiel espada!
¡Ven, hoja, enváinate en mi pecho!

(Se hiere.)

¡Y adiós, amigos;
así acaba Tisbe;
adiós, adiós, adiós! (Muere.)

TESEO. — El Claro de Luna y el León se quedan para enterrar los muertos.

DEMETRIO. — Sí, y el Muro también.

LANZADERA. — Os aseguro que no. El muro que separaba la casa de sus padres fue derribado. ¿Deseáis ver el Epílogo, o preferís un baile bergomasquino, bailado por dos cómicos de nuestra compañía?

TESEO. — Epílogo, no, por favor; vuestra pieza no necesita excusa. Nada de excusas, pues cuando todos los cómicos están muertos,

no hay a quien echar la culpa. Caramba, si el autor hubiera representado a Píramo y se hubiera ahorcado con una liga de Tisbe, habría resultado una magnífica tragedia; y con todo lo es, verdaderamente, y muy bien desempeñada. Pero vamos, vengan esos bergomasquinos; dejad el Epílogo a un lado.

DANZA. — *La lengua de hierro de la medianoche ha dado las doce.*

Amantes, al lecho; es casi la hora de las hadas.

*Temo que durmamos hasta muy entrada la mañana,
que esta noche ha sido larga nuestra vela.*

*Esta grotesca farsa ha acelerado
el paso perezoso de la noche. Queridos amigos, a dormir.
Dos semanas celebraremos nuestra solemnidad,
con fiestas nocturnas y deleites nuevos. (Salen.)*

ESCENA SEGUNDA.

(Entra Puck.)

PUCK. — *Ahora ruge el león hambriento*

*y el lobo ladra a la luna;
mientras ronca el cansado labrador,
abrumado bajo su ruda tarea.*

*Ahora crepitan los últimos tizones,
mientras el búho, chillando agudamente,
trae al desgraciado que yace en la congoja
la remembranza del sudario.*

*Ésta es la hora de la noche
en que las tumbas abren del todo sus rugientes bocas
para vomitar cada una su espectro,
que se desliza por el sendero del camposanto.
Y nosotros, los trasgos, que seguimos
las huellas del triple carro de Hécate,
para huir de la presencia del sol,
acompañando a las tinieblas como un sueño,
bromeamos ahora. Ni un ratón
perturbará esta casa consagrada.
Me han enviado delante, escoba en mano,
para barrer el polvo detrás de la puerta.*

(Entran Oberón y Titania con sus séquitos.)

OBERÓN. — *Que brille la casa con luz indecisa
junto a la lumbre medio apagada.
Cada duende y espíritu encantado
salte tan ligero como ave sobre el zarzal.
Y siguiéndome después,
canten y dancen jocosamente.*

TITANIA. — *Primero, ensayad vuestro cántico de memoria,
acompañando cada palabra con melodioso trino.
Mano en mano, con gracia hechicera,
cantaremos y bendeciremos este sitio.*

(Canción y danza.)

OBERÓN. — *Ahora, hasta rayar el día,
que cada hada vague por este hogar a su capricho.
Nosotros iremos a nuestro mejor lecho nupcial,
el cual bendeciremos;
y la familia allí procreada
siempre será venturosa.
Así, todas las tres parejas aquí reunidas
se tendrán fidelidad de amor.
Y las manchas de manos de Naturaleza
no prenderán en su línea.
Ni granos, ni hocico de liebre, ni cicatrices,
ni señal prodigiosa, como tantas
hacen aborrecer el nacimiento,
se mostrarán en sus hijos.
Con este rocío campestre consagrada,
cada hada se ponga en movimiento
y bendiga las divinas habitaciones
de este palacio con dulce paz.
Reinará mansa quietud
y el dueño será bendito.
Idos lejos;
no os detengáis;
nos encontraremos al rayar el día.*

(Salen Oberón, Titania y el séquito.)

PUCK. — *Si nosotros, vanas sombras, os hemos ofendido,
pensad sólo esto, y todo está arreglado:
que os habéis quedado aquí durmiendo
mientras han aparecido esas visiones.
Y esta débil y humilde ficción
no tendrá sino la inconsistencia de un sueño;
amables espectadores, no nos reprendáis;
si nos concedéis vuestro perdón, nos enmendaremos.
Y, a fe de honrado Puck,
que si hemos tenido la fortuna
de escaparnos ahora del silbido de la serpiente,
procuraremos corregirnos lo antes posible.
De lo contrario, llamad a Puck embustero.
Así, pues, buenas noches a todos.
Dadme vuestras manos, si es que somos amigos,
y Robin os restituirá indemnizándoos. (Sale.)*

FIN

Índice

ANTÍGONA	12
----------------	----

SUEÑO DE UNA NOCHE DE VERANO

Acto Primero	68
Acto Segundo	82
Acto Tercero	98
Acto Cuarto	126
Acto Quinto	138

Esta edición se terminó de imprimir en
Borsellino Impresos,
Ovidio Lagos 3653, Rosario, Santa Fe. Argentina,
en el mes de enero de 2018

Después de leer un libro se transforma lo que sabemos, lo que creemos, lo que sentimos sobre cada pedacito del mundo. Aun en el acto individual de la lectura hay un sentido colectivo que se fortalece, moviliza el encuentro con otros para compartirla...
Así, el libro y la escuela se dan la mano en una alianza indisoluble e infinita.